

74247

**notas
técnicas**

CIEPLAN

91

diciembre/1986

**Del populismo al leninismo y
la "inevitabilidad del conflicto":
el Partido Socialista de Chile
(1933 - 1973)**

Ignacio Walker



**ARCHIV
74247**

SINTESIS

La Vía Allendista al Socialismo, en "democracia, pluralismo y libertad", no encontró en el seno de la izquierda, y especialmente en el propio Partido Socialista, el correlato de un socialismo democrático claramente definido y articulado. Nuestra hipótesis central es que la ausencia de esta concepción socialista democrática privó a Allende del necesario apoyo político al interior de la coalición de partidos que lo condujo al poder, contribuyendo al fracaso de la Vía Allendista al Socialismo.

El Partido Socialista había evolucionado desde una etapa marcadamente populista, con una visión mas bien instrumental de la democracia, hacia una postura crecientemente leninista, de franca y creciente oposición al régimen democrático de gobierno. Sólo marginalmente existió, al interior de dicho partido, una auténtica concepción socialista democrática, como lo demuestran los casos de Eugenio González y del propio Salvador Allende. Pero mientras las tesis del primero no prosperaron, éste último permaneció como minoría al interior de su propio partido.

I N D I C E

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCION	
1. EL IMPULSO POPULISTA (1933-1946)	4
La crisis oligárquica	4
El Grovismo	15
El Frente Popular	17
Las influencias externas	25
2. EL PERIODO INTERMEDIO (1946-1955)	29
Los años de división	29
El pensamiento de Eugenio González	34
3. EL PROCESO DE LENINIZACION (1955-1973)	42
El Frente de Trabajadores	42
Los nuevos referentes externos	47
Nuevamente las elecciones; un factor adicional:	
La Democracia Cristiana	54
Tres Congresos: Linares (1965); Chillán (1967) y	
La Serena (1971)	62
Allende y el Partido Socialista	84
CONCLUSION	110
NOTAS	114
BIBLIOGRAFIA	136

La Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica es una institución de derecho privado sin fines de lucro y con fines académicos y científicos. Con domicilio en Av. C. Colón 3494, Santiago de Chile, autorizada por decreto N°1102 del Ministerio de Justicia, con fecha 17 de Octubre de 1975.

**DEL POPULISMO AL LENINISMO Y LA "INEVITABILIDAD DEL CONFLICTO":
EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (1933-1973)**

Ignacio Walker

NOTAS TECNICAS N°91

Diciembre de 1986

Esta serie de documentos de trabajo, es de circulación interna, y tiene el propósito de contribuir a la discusión de las investigaciones de CIEPLAN.

Las opiniones que se presentan en los documentos, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Corporación.

DEL POPULISMO AL LENINISMO Y LA "INEVITABILIDAD DEL
CONFLICTO": EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (1933-1973)*

Ignacio Walker

INTRODUCCION

La Vía Allendista al Socialismo, en "democracia, pluralismo y libertad", no encontró en el seno de la izquierda, y especialmente en el propio Partido Socialista, el correlato de un socialismo democrático, claramente definido y articulado. El partido, que en sus orígenes había vivido una etapa marcadamente populista, caracterizada por una visión más bien instrumental de la democracia, había evolucionado hacia una postura declaradamente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones democráticas. Esa fue la fase en que lo sorprendió el triunfo electoral de Allende, en 1970.

Paradójicamente, dicho proceso evolutivo coincidió con una etapa de sostenida democratización de la política chilena. En 1933, año de la formación del Partido Socialista, se habían inaugurado en Chile cuarenta años de transferencia pacífica y ordenada del poder, en el marco de un sostenido proceso de profundización democrática.

El Partido Socialista no fue impermeable a este proceso y, desde sus inicios, su práctica política se insertó de lleno -más allá de toda retórica- en el proceso democrático. Esa práctica, que a lo largo de todo el período en estudio dio cuenta de una clara tendencia hacia el elec

* Este trabajo forma parte del programa de CIEPLAN sobre "Desarrollo y Democracia", que ha contado con el apoyo de la Fundación Ford. Se agradecen los comentarios de Eduardo Palma, Jorge Arrate, Eduardo Ortiz, Luis Alvarado, Rodrigo Alvaray, Oscar Waiss, Carlos Briones, Alan Angell, Nancy Bermeo y Paúl Sigmund. Muy en especial agradezco los comentarios de Renato Julio, quien falleciera recientemente.

toralismo y el parlamentarismo, fue sin embargo permanentemente cuestionada y sometida a revisión desde el interior del partido. En definitiva se dio el triunfo de las tesis más radicales, marcadas generalmente por una actitud de sospecha, cuando no de decidida oposición, hacia la democracia y sus instituciones.

Este proceso alcanzó un nivel crítico bajo el gobierno de la Unidad Popular (1970-73). La Vía Allendista chocó entonces con un Partido Socialista que se había acercado paulatina pero sostenidamente a las definiciones leninistas, hasta desembocar en la tesis de la "inevitabilidad del conflicto", una profecía auto-cumplida que contribuyó significativamente al fracaso del proyecto de Allende, incidiendo a la vez en el quiebre del régimen democrático de gobierno.

Lo que podríamos denominar una concepción socialista democrática sólo existió marginalmente al interior del Partido Socialista. El caso más notable en este sentido fue el de Eugenio González, una de las figuras de mayor estatura intelectual al interior del partido. Otro caso más evidente en el plano intuitivo y de la práctica política que en el de la sofisticación intelectual fue el del propio Salvador Allende, quien, pese a sus múltiples tensiones y contradicciones internas, se mostró convencido de la necesidad de un socialismo "a la Chilena", en "democracia, pluralismo y libertad". Pero, mientras las tesis del primero cayeron en el olvido en el desarrollo posterior del partido, las posiciones del segundo permanecieron sistemáticamente como minoría al interior de su propia colectividad.

Es al estudio de este proceso que dedicaremos las próximas líneas, explorando las posibilidades y tensiones en torno a la viabilidad de un proyecto socialista democrático, al interior de un partido rico en contradicciones internas, que jugó un papel central en la política chilena de las últimas décadas.

Nuestra hipótesis central es que la inexistencia de una concepción socialista democrática, claramente definida y articulada, al inte-

rior de un partido que había evolucionado desde una postura marcadamente populista hacia una definición crecientemente leninista, privó a Salvador Allende de un apoyo político sólido al interior de la coalición de partidos que lo condujo al poder, contribuyendo significativamente al fracaso de la Vía Allendista al Socialismo.

Nos hemos basado tanto en fuentes primarias (entrevistas a los más altos dirigentes socialistas y consulta de documentos partidarios) como secundarias. La mayoría de éstas últimas corresponden a visiones desde el interior del propio partido. Para atenuar el riesgo de sesgo que ello significa, hemos sido especialmente cuidadosos en procurar una confrontación crítica de dichos textos con los antecedentes escritos y orales que hemos reunido. La nuestra es una visión desde afuera que puede tener la ventaja de una mayor objetividad pero que presenta el inconveniente de no poder captar cuestiones que sólo pueden apreciarse desde dentro, en un partido de una vida interna tan rica, intensa y compleja como la del Partido Socialista.

1. EL IMPULSO POPULISTA (1933-46)

El antecedente fundamental del Partido Socialista de Chile fue el putsch militar que dio lugar a la efímera República Socialista, del 4 al 16 de junio de 1932. Su gestor, el Comodoro del Aire Marmaduke Grove, fue hasta 1943 el principal líder del nuevo Partido Socialista. La organización, definida como marxista, privilegió un proyecto nacional y popular que la llevó a comprometerse con la estrategia industrializadora del Frente Popular, hacia fines de los años treinta. Dicho proceso coincidió con el surgimiento y desarrollo del populismo latinoamericano, donde descolló el Aprismo Peruano, de gran influencia en el Partido Socialista Chileno.

El surgimiento y desarrollo del Partido Socialista en este período debe ser visto en el marco general de la crisis oligárquica de los años veinte, presente tanto en Chile como en América Latina. Fue como respuesta a esta crisis que surgió en Chile un socialismo con un importante componente populista, y de signo anti-oligárquico y anti-imperialista. Aunque el partido era declaradamente marxista, fue el carácter nacional y popular, y no clasista de su proyecto, el que atrajo a las masas hacia él. La oposición "pueblo-oligarquía", y no la oposición "burguesía-proletariado" fue lo que caracterizó al socialismo chileno en este período, imprimiéndole una orientación más nacionalista y latinoamericanista, que clasista.

La crisis oligárquica

El estallido de la llamada "cuestión social", a comienzos del siglo XX, fue el primer signo de la crisis del sistema de dominación oligárquica en Chile. Un movimiento obrero cada vez más poderoso y la incorporación creciente de las clases medias al proceso político, fueron erosionando el predominio oligárquico, basado en un régimen de tipo parlamentario que, vía control del Estado, permitía a los grupos dominantes el acceso a los excedentes de la poderosa industria del salitre, en una economía depen-

diente de tipo primario-exportadora.

La crisis salitrera de la primera mitad de los años veinte, y la crisis económica de fines de esa década, repercutieron en forma especialmente poderosa en una economía como la chilena, fuertemente dependiente del comercio exterior, y terminaron por enterrar el tipo de economía primario-exportadora, desplazando a los sectores oligárquicos del aparato estatal.

El modelo de "crecimiento hacia afuera" fue reemplazado entonces por un modelo de "crecimiento hacia adentro", en el marco de una industrialización sustitutiva de importaciones, de marcado signo estatista. El Estado oligárquico fue cediendo terreno al llamado Estado de Compromiso, todo ello en el escenario de una democracia cada vez más estable, con claro predominio de los partidos políticos. La industrialización y democratización, que recibieron un gran impulso desde los gobiernos radicales del período del Frente Popular, fueron, pues, los dos polos de esta fase, y de alguna manera caracterizaron el proceso político chileno hasta 1973 1/.

Los años que van desde 1920 a 1932 marcaron un período de transición entre el predominio oligárquico y el advenimiento de la república mesocrática (con predominio de las clases medias), bajo la forma del Estado de Compromiso. En dicho período fue la capacidad para influir en la cúpula militar lo que permitió el acceso al control del Estado. A esas alturas Chile contaba con unas Fuerzas Armadas altamente profesionalizadas, y con una oficialidad joven en el ejército cada vez más sensible a la cuestión social. Desde las filas de dicha oficialidad emergieron dos de los tres caudillos que llenaron el vacío político producido en este período: Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove.

El tercer caudillo, civil y no militar, emergido desde el interior de la clase política chilena, pero con un discurso populista y reformista, fue Arturo Alessandri, quien gobernó entre 1920 y 1924. Alessandri fue (cronológicamente) el primero de los tres en captar el nuevo fenómeno de masas en la política chilena, lo que queda de manifiesto en la oposición que

él mismo planteó entre la "querida chusma" y la "canalla dorada". En Alessandri cifró el pueblo sus primeras esperanzas de oposición real al predominio oligárquico.

Es el caudillismo, pues, el que marcó el tránsito entre el Estado oligárquico y el Estado de Compromiso. En este contexto los sectores populares aún carecían de un genuino órgano de representación política que les permitiera enfrentar la crisis oligárquica desde su propia perspectiva y en forma organizada. El Partido Comunista, fundado en 1922, engarzado con el desarrollo del movimiento obrero y al que podría considerarse como su legítimo representante político, estaba sumido en una ácida disputa interna entre estalinistas y trotskistas, reflejo a su vez de la disputa al interior de la Tercera Internacional, a la que se encontraba estrechamente ligado. Es así que, como señala Faletto, "en el momento de la crisis, los sectores populares aún carecen de agentes representativos propios" 2/.

Estos tres caudillos se constituyeron en depositarios de la confianza popular, y uno de ellos, Marmaduke Grove, logró imprimir un carácter socialista a su proyecto.

Apoyado por la "Alianza Liberal", una heterogénea coalición política representativa de los intereses de la nueva burguesía industrial de sectores de las clases medias y del proletariado industrial, Arturo Alessandri había logrado vencer por estrecho margen al candidato conservador, apoyado por "Unión Nacional", una coalición de fuerzas de derecha, en las elecciones de 1920. No obstante, a poco andar, y debido a dificultades económicas acuciantes y a una implacable oposición conservadora desde el senado, las masas, inicialmente atraídas por el discurso electrizante del caudillo popular, vieron frustradas sus esperanzas de transformaciones sociales y económicas de corte anti-oligárquicas.

Un debate en el Congreso Nacional sobre el establecimiento de una "dieta parlamentaria", a comienzos de septiembre de 1924, sirvió de pretexto a la alta oficialidad del ejército, encabezado por el General Altamirano, para intervenir directamente en la política nacional -lo que no hacía

desde 1891- exigiendo la promulgación de una serie de reformas sociales y económicas. El congreso, ante la presión militar, promulgó rápidamente dicha legislación, mientras que el Presidente de la República, Arturo Alessandri, se asilaba en la embajada de Estados Unidos.

Pese a su impulso reformista inicial, la nueva Junta de Gobierno instalada en el poder fue adoptando una posición cada vez más conservadora, lo que dio lugar a un nuevo pronunciamiento militar, encabezado ahora por la oficialidad joven del ejército, el 23 de enero de 1925. Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove aparecieron como los líderes de dicho movimiento. Estos dos oficiales exigieron el retorno de Alessandri, el que llegó a Chile en marzo de 1925, para abocarse a la tarea de elaborar una nueva Constitución Política del Estado, la que fue finalmente aprobada en agosto del mismo año. Esta rigió, con algunas transformaciones, hasta 1973.

Habiéndose apoderado del Ministerio de Guerra, Ibáñez fue adquiriendo cada vez mayor poder: fue así como Arturo Alessandri abandonó nuevamente la Presidencia de la República, al constatar que no tenía el mando de la nación. En octubre de 1925 fue elegido como nuevo Presidente de Chile, Emiliano Figueroa, (1925-27), apoyado por una amplia coalición política, formada por el propio Ibáñez, que obtuvo el 71% de la votación.

Este aparente retorno a la civilidad democrática, sin embargo, no fue tal. Ibáñez pasó del Ministerio de Guerra al Ministerio del Interior, hasta llegar a una posición tal de poder que forzó la renuncia a la Presidencia de Emiliano Figueroa, a comienzos de 1927. Ante este nuevo vacío de poder, Ibáñez se hizo elegir Presidente de la República con el 98% de los votos, estableciendo una dictadura personal hasta 1931.

Pese a que impulsó una serie de medidas modernizadoras, Ibáñez no pudo hacer frente en forma adecuada a la crisis económica de 1929, la que repercutió con especial virulencia en una economía de tipo primario-exportadora como la chilena, causando una serie de trastornos sociales. Encabezado por estudiantes, profesionales y otros, un gran levantamiento popular hizo finalmente que Ibáñez abandonara el poder en julio de 1931.

Ese mismo año, Juan Esteban Montero, encabezó un segundo intento de restauración del gobierno civil, nuevamente con un amplio apoyo político, conformado esta vez por la "Unión Cívica", una coalición amplia de liberales, conservadores y radicales, con la que obtuvo el 64% de los votos. La demanda opositora había puesto el énfasis en dos cuestiones fundamentales: disolución de la COSACH (Cía. de Salitre de Chile), que había otorgado privilegios especiales a compañías americanas sobre la explotación del salitre nacional, y la disolución del llamado "Congreso Termal", un pseudo-parlamento designado bajo la dictadura de Ibáñez. Ninguna de estas demandas fueron, sin embargo, satisfechas, lo que hizo que numerosos grupos, entre ellos ibañistas y alessandristas, junto a una serie de agrupaciones socialistas, que se habían formado entre 1930 y 1932, comenzaran a combatir contra el presidente constitucional.

A esto hay que añadir los grandes trastornos sociales provocados por la crisis económica, que se sumaban a la creciente decepción de las masas por el incumplimiento de las promesas reformistas que habían realizado tanto Alessandri como Ibáñez. Marmaduque Grove se sumó a este descontento, y en él depositaron nuevamente su confianza los sectores postergados.

Grove también había cifrado sus esperanzas en Alessandri, en 1920, y luego en Ibáñez en 1924, habiendo incluso cedido el liderazgo a este último en el movimiento del 23 de enero de 1925. Sintió la misma decepción que los sectores populares al constatar que ninguno de los dos pudo realizar las transformaciones anti-oligárquicas que el pueblo demandaba. Bajo la dictadura de Ibáñez, Grove había sido destituido del ejército y, tras regresar a Chile en forma semi-clandestina en 1930, fue arrestado y exiliado a Isla de Pascua 3/. De vuelta al continente, tras la caída de Ibáñez y la instauración del nuevo gobierno constitucional, Juan Esteban Montero lo nombró Comandante en Jefe de la Aviación, en febrero de 1932, a fin de neutralizar a los ibañistas. No obstante, creyéndolo equivocadamente participante de actividades conspirativas, lo destituyó nuevamente el 3 de junio de

1932.

Esto provocó en él una gran indignación, pero ello no lo hizo su marse de inmediato a la conspiración. Fue el apoyo que le brindó la ofi cialidad de la aviación, reunida en la base aérea de El Bosque, lo que lo hizo ver la necesidad de deponer a Montero, a fin de llevar a cabo las tan ansiadas y postergadas reformas anti-oligárquicas. Carente de una posición ideológica consistente, fue Eugenio Matte, Gran Maestro de la Masonería y líder de la "Nueva Acción Popular" (NAP) -uno de los partidos socialistas surgidos hacía poco- quien le infundió un ideario socialista de mayor con sistencia, al que Grove ya se había sentido atraído con anterioridad.

Apelando al apoyo recibido en la aviación y en algunos sectores del ejército que así lo manifestaron, y contando con el respaldo de Matte y los Napistas, Grove decidió encabezar el derrocamiento de Montero. Le pidió a Matte que se hiciera cargo de la preparación de un programa de gobierno pues consideraba que éste "ha dedicado su vida desde joven a luchar por el bienestar de la clase obrera. Es un sincero idealista, socialista y revolu cionario" 4/.

Acto seguido Grove pronunció un encendido discurso ante la oficia lidad de la aviación reunida en El Bosque, donde anunció la instauración de la "República Socialista", con el grito de "pan, techo y abrigo". Seña ló que el nuevo gobierno socialista estaría empeñado en "transformar total mente la estructura económica y social de la República" 5/. Había llegado el momento, según dijo, de dar solución definitiva a las legítimas aspira ciones de las grandes mayorías nacionales.

A este movimiento se había sumado un sector encabezado por Carlos Dávila, ex-embajador de Ibáñez en Estados Unidos y hombre de muchas influen cias. Junto a los oficiales de la aviación, unidades del ejército, Napis tas y Davilistas, Grove se dirigió el 4 de junio de 1932, a la Moneda a fin de deponer a Montero. Consciente de su escaso apoyo, y en medio de una cre ciente efervescencia popular, estimuladas por panfletos repartidos desde el aire, Montero no opuso resistencia y se instauró la "República Socialista" 6/.

El Acta de Deposición de Juan Esteban Montero expresa fielmente el espíritu que animaba a los rebeldes, y la nueva legitimidad que iban alcanzando las ideas socialistas. Dicha Acta señaló que el gobierno de Montero "es un gobierno oligárquico que no responde fielmente al sentir de las necesidades sociales". Añadió que la legislación vigente había sido dictada para "beneficiar directamente a las clases oligárquicas, con lamentable abandono de los intereses del pueblo", y llamó al "estudio, organización y fomento de las actividades productoras nacionales", tendientes a garantizar un "mínimo de bienestar económico y social" 7/.

Las ideas socialistas emergentes en ese período y presentes en este tipo de documentos, deben entenderse como la expresión de un sentimiento generalizado de protesta anti-oligárquica y de demandas mínimas de bienestar económico y social. El Estado era visto como el vehículo fundamental para la satisfacción de estas legítimas aspiraciones. Este era el tipo de socialismo que Grove y los líderes de la República Socialista tenían en mente, y el que fue legitimándose cada vez más al interior de vastos sectores populares. Como señala Drake, "el socialismo, entendido como una vaga idea de acción positiva del estado en cuanto mecanismo de salvación de los desposeídos, se convirtió en la nueva piedra de toque" 8/.

Un Manifiesto del 5 de junio de 1932 señalaba como objetivos de la República Socialista, "organizar técnicamente la fuerza productora bajo el control del Estado, establecer ampliamente la justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y al trabajo" 9/.

El Programa de Acción Inmediata propuesto por la nueva Junta de Gobierno integrada por Eugenio Matte, Carlos Dávila y el coronel (R) Arturo Puga, recogió estas aspiraciones en un tono claramente anti-oligárquico y anti-imperialista. En dicho programa se sostiene que la clase oligárquica nacional entregó las riquezas básicas, como el salitre, al extranjero, con trastando la prodigalidad de dicha clase con el "doloroso pauperismo de nuestra clase proletaria". Se adopta además una crítica frontal al liberalismo económico, "injusto e inmoral" pues permite que los fuertes destruyan

a los débiles, y se denuncia la "explotación irritante del capitalismo internacional". Ante ello el programa postulaba el "colectivismo económico", según el cual "toda sociedad se organiza precisamente para impedir que los más fuertes destruyan a los más débiles". A este respecto, se señalaba que "corresponde a los gobiernos intervenir en la gestión económica", alrededor de un programa tendiente a "alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo" 10/.

En cuanto a la forma de gobierno, ésta decía relación con la naturaleza misma del putsch militar que depuso al gobierno constitucional de Montero, procediendo luego a disolver el congreso. El programa de gobierno señalaba que el desarrollo capitalista de occidente había convertido a Chile en una "colonia económica", a la cual se mantenía "dentro de un régimen de libertad política más aparente que real". Añadía que, como en el caso de guerra, cuando lo exigía la "salvación del pueblo", "todos los derechos individuales pueden ser conculcados y todos los privilegios abolidos" 11/. No fue pues un régimen de libertades públicas y derechos individuales, más propios de la democracia liberal, el medio del que surgió el antecedente fundamental de lo que sería después el Partido Socialista.

Junto a Matte, en la Junta de Gobierno, y a Grove, quien había asumido como Ministro de Guerra, asumieron en el gabinete como Secretario General de Gobierno y Ministro de Educación, Oscar Schnake y Eugenio González, respectivamente, ambos de antecedentes anarquistas y adscritos a la "Acción Revolucionaria Socialista" (ARS). Los cuatro, Grove, Matte, Schnake y González serían los principales fundadores del Partido Socialista en 1933.

A pesar de sus nobles intenciones, del fervor popular, y de algunas medidas inmediatas de tipo anti-oligárquico y anti-imperialista, Grove y Matte, los artífices principales de la República Socialista, comenzaron pronto a sufrir los efectos de su precaria base de sustentación en el poder.

El coronel (R) Arturo Puga jamás asistió a las sesiones de la Junta de Gobierno. Por su parte, Carlos Dávila, ligado al ibañismo y con claras ambiciones personales, comenzó a los pocos días a complotar contra Matte y Grove, desde el interior mismo de la Junta de Gobierno. Finalmente logró la destitución de éstos últimos, el 16 de junio, poniendo fin a la efímera República Socialista, que había durado sólo 12 días. Para recibir el necesario apoyo de las Fuerzas Armadas, Dávila había sostenido que Grove y Matte, a través de la República Socialista, estaban introduciendo ideas comunistas. Lo cierto era que el Partido Comunista, aún sumido en su disputa interna entre leninistas y trotskistas, y adscrito a la estrategia de una guerra de "clase contra clase" establecida por la Tercera Internacional, en el llamado "tercer período", había atacado tenazmente a Grove y Matte, a quienes había acusado de ser la "otra cara" del imperialismo y la oligarquía. Pese a que era evidente que el ideario de la República Socialista distaba mucho del comunismo, el propio Grove se encargó de aclarar la situación: "No hay tal señores. La diferencia con el comunismo es profunda. Nunca seré comunista, ni ninguno de los que estamos en el gobierno. Así como no somos comunistas, tampoco somos anti-comunistas" 12/. De nada valieron estos argumentos pues el contragolpe se consumó y Grove y Matte fueron relegados a la Isla de Pascua.

El exilio de los máximos líderes de la República Socialista les sirvió para llevar a cabo una profunda reflexión acerca de las razones del fracaso y el curso de acción a seguir en el futuro. Ambos estuvieron de acuerdo en que la experiencia se frustró debido al hecho de "haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que le apoyara y colaborara en el gobierno" 13/. De esta manera, la creación de un partido de masas aparecía como la gran tarea por delante.

Se opinaba asimismo, que el Partido Comunista no era una alternativa nacional y popular, no sólo por sus estériles disputas internas, sino por su estrecha adhesión a la Tercera Internacional. De ese modo, el vacío político debía ser llenado, según Matte, por un "Partido Socialista Chileno,

con una doctrina marxista, con un programa absolutamente nacional, sin sujeción a la autoridad de ninguna Internacional" 14/.

En medio de estas reflexiones, en un lugar apartado como Isla de Pascua, los exiliados fueron avisados que podían retornar al continente pues se habían fijado elecciones presidenciales para octubre de 1932. La sucesión de intervenciones militares entre 1924 y 1932 se encontraba agotada, y surgía la necesidad de dotar al país de instituciones democráticas estables. Si las reflexiones de los líderes socialistas habían avanzado bastante la idea de un gran partido socialista, nacional y popular, el resultado de dichas elecciones presidenciales aclaró definitivamente el panorama. Sin saberlo, Marmaduque Grove había sido incluido como candidato presidencial, y obtuvo el segundo lugar con el 18% de los votos 15/. En las elecciones parlamentarias del mismo año los distintos grupos socialistas eligieron 3 senadores y 5 diputados.

Convertido en el líder indiscutido del socialismo chileno, Grove concurrió a la formación del Partido Socialista el 19 de abril de 1933. Junto a la NAP, encabezada por Matte, y a la ARS, encabezada por Schnake y González, concurrieron también a dicho acto, entre otros, el "Partido Socialista Marxista" y "Orden Socialista", dos de los muchos grupos socialistas que habían surgido en esos años.

Oscar Schnake fue elegido como secretario general del partido y desempeñó dicho cargo hasta 1938. Junto con destacar que "las bases del partido provienen de la clase obrera y de los sectores medios", Schnake definió al Partido Socialista como una unión de "trabajadores manuales e intelectuales" 16/. Con ello quería enfatizar la necesidad de una alianza entre sectores medios y trabajadores, para hacer frente a las tareas de tipo anti-oligárquicas que estaban pendientes. Schnake añadía que, "nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos reconocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar al pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacio-

nal" 17/.

Pese a que es cada vez más evidente que el Partido Socialista surgió como una alternativa nacional y popular ante la crisis oligárquica, en momentos de agotamiento de la intervención militar y de creación de un gobierno civil sustentado en instituciones democráticas, la Declaración de Principios de 1933 suscita una imagen distinta. La tensión que comienza a tener lugar entre la retórica (revolucionaria) y la práctica (reformista) de un partido rico en contradicciones internas, se detecta en su origen y se extiende después, durante décadas 18/.

La Declaración Constitutiva señalaba que el partido adoptó, como "método de interpretación de la realidad" el marxismo, "enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social". Reconocía la "lucha de clases" como realidad fundamental del desarrollo capitalista y veía en el estado un "organismo de opresión de una clase sobre otra". Llamaba a sustituir la propiedad privada por una de tipo "colectiva", a través de lo que denominaba una "dictadura de trabajadores organizados". Señalaba que "la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible". Finalmente, afirmaba el "carácter internacional" de la doctrina socialista, y el carácter "anti-imperialista" del partido 19/. En otras palabras recogía una concepción bastante ortodoxa, aunque no dogmática, del marxismo.

La práctica real del Partido Socialista fue, sin embargo, muy distinta a la de los principios proclamados en 1933. El mismo Grove había anticipado en 1932, al regresar desde su exilio en Isla de Pascua y constatar su gran apoyo electoral, que los socialistas lucharían a través de los medios legales y electorales proporcionados por la nueva institucionalidad: "No hablo de tomar el poder por asalto, sino de prepararnos para conquistar el poder en la forma en que lo hacen los partidos burgueses. Trabajaremos a la luz del día y triunfaremos" 20/.

Esa fue una lúcida anticipación de lo que sería la práctica política del Partido Socialista en los años siguientes. Sólo a fines de los años

cuarenta se inició una revisión bastante radical de dicha práctica, para reafirmar el carácter revolucionario del partido. Ello desembocó, finalmente, en una posición clasista irreductible hacia fines de los años cincuenta, con lo que el partido se apartó del carácter nacional y popular que tuvo en su primer período.

Eugenio Matte falleció en 1934, y Schnake y Grove asumieron la dirección del partido hasta 1943. Esos diez primeros años fueron un período de significativo crecimiento electoral y de colaboración con los gobiernos radicales del Frente Popular. Junto con ello, y en relación con ambos aspectos, tuvo lugar una intensa disputa interna entre "colaboracionistas" y "anti-colaboracionista". La discusión se vinculaba con los costos y beneficios de participar al interior de gobiernos de signo burgués, en una democracia representativa. Un tercer grupo, los "inconformistas", se retiró del partido en 1940, por estimar que éste había perdido su perfil revolucionario.

Durante el primer período, al menos, la disputa interna fue resuelta en favor de una práctica parlamentarista de colaboración con los gobiernos radicales del Frente Popular. Pese a la vigencia de una retórica marxista bastante ortodoxa, aunque no dogmática, y a una visión más bien instrumental de la democracia, fue el carácter nacional y popular del proyecto socialista; esto es, su perfil anti-imperialista y anti-oligárquico, el que concitó el apoyo de las masas.

La realidad de la primacía de esta tendencia en el primer período es corroborada, además de lo dicho anteriormente por tres factores que pasamos a analizar brevemente: el Grovismo como fenómeno populista, la experiencia del Frente Popular, y las influencias externas en el Partido Socialista 21/.

El Grovismo

No se puede entender el surgimiento y desarrollo inicial del Partido Socialista sin referirse a su figura principal. Como señala Jobet: "para miles de ciudadanos, el socialismo se confundía con la persona de Marma

duque Grove" 22/. De los tres caudillos protagonistas del proceso político chileno en los años veinte, Marmaduke Grove, de quien se dijera que tenía "una irreductible inclinación mesiánica" 23/, supo representar fielmente las aspiraciones socialistas de vastos sectores populares.

Desde la cúpula militar primero, y desde la estructura partidaria después, pero siempre en su calidad de caudillo y por encima de cualquiera estructura, supo encauzar las demandas populares de transformaciones anti-oligárquicas y anti-imperialistas.

Es probable que Grove sea el único chileno que haya pertenecido a las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Estuvo en la armada, en el ejército y en la fuerza aérea. Después de dos años en la Escuela Naval (1878-1880), fue expulsado por solidarizar con algunos compañeros en huelga. Luego de ingresar al ejército siguió cuatro años de perfeccionamiento en Alemania, llegando a ser Subdirector de la Escuela Militar en Santiago. Junto a la oficialidad joven del ejército encabezó el movimiento del 23 de enero de 1925, tras lo cual fue nombrado Comodoro del Aire. Luego de ser destituido de este cargo por Ibáñez, fue nombrado nuevamente en el mismo por Montero.

Destituido nuevamente por éste último, y considerando que no se había cumplido con el "espíritu" de los movimientos de septiembre de 1924 y enero de 1925, Grove encabezó la efímera República Socialista de junio de 1932. Cuatro meses después alcanzó el segundo lugar en la elección presidencial y en 1933 contribuyó a formar el Partido Socialista. En 1934, encontrándose en prisión dispuesta por Alessandri, fue elegido senador por Santiago, ocupando la vacante dejada a la muerte de Eugenio Matte. Tras ser nombrado candidato a la Presidencia de la República en 1938, retiró su candidatura para apoyar a Pedro Aguirre Cerda, abanderado del Frente Popular, del cual el Partido Socialista formaba parte desde 1936. En 1939, al ser designado Oscar Schnake como Ministro de Fomento bajo la administración de Aguirre Cerda, Grove pasó a ocupar la secretaría general del Partido Socialista, la que ejerció hasta 1943, al ser derrotado internamente. Como para

reafirmar su calidad de caudillo indiscutido por sobre las estructuras partidarias, abandonó ese mismo año el Partido Socialista, con el que prácticamente había llegado a confundirse. En 1944 fundó el "Partido Socialista Auténtico" (PSA), de efímera existencia. Perdió una elección senatorial en 1949 y murió en 1954.

Nacido a la vida pública como un partido heterogéneo, el Partido Socialista ganó homogeneidad y presencia de masas gracias al estilo de Grove. No fue su consistencia ideológica, sin embargo, lo que transformó a Grove en el conductor natural del partido por una década, y en un líder de masas. Como señala Jobet, "Grove no era un doctrinario abstracto, ni un dialéctico; era un socialista idealista, generoso, y un hombre de acción, de gran coraje y de admirable abnegación partidaria, para quien el Partido Socialista se confundía estrechamente con el pueblo" 24/.

Grove no creía en determinismos económicos ni en la lucha de clases. El socialismo era para él más un ideal que una ciencia, y creía más en la nación, desde la perspectiva de los pobres, que en el proletariado, desde la perspectiva marxista. Una publicación de 1937 lo retrató fielmente: "Grove significa unidad del pueblo, liberación de los trabajadores" 25/.

No compartía la idea de que el Partido Socialista fuese exclusivamente el partido del proletariado. En una línea similar a la de Schnake, veía más bien al partido como "un gran conglomerado de trabajadores manuales e intelectuales, de clase obrera y campesina, y pequeña burguesía" 26/.

Esto fue pues, en esencia, lo que representó el grovismo como etapa inicial en el desarrollo del Partido Socialista. Como señala Zemelman, "la etapa del grovismo tiene el significado de una alianza entre capas medias y trabajadores conformando un bloque de oposición con el núcleo oligárquico con rasgos populistas" 27/.

El Frente Popular

Si el fenómeno del Grovismo nos ayuda a definir ciertos rasgos populistas característicos de la primera etapa del Partido Socialista, la experiencia del Frente Popular, en base a los gobiernos radicales, nos enseña

algo más acerca del proyecto nacional y popular del socialismo chileno en este primer período.

La colaboración de los socialistas con los gobiernos radicales, bajo la fórmula del Frente Popular, fue uno de los puntos más debatidos al interior del socialismo chileno. La situación aludía a la vieja cuestión de si los partidos socialistas debían o no participar en gobiernos de signo burgués, al interior de una democracia de tipo representativa. En función de este debate el Partido Socialista experimentó grandes divisiones entre "colaboracionistas" y "anti-colaboracionistas". El triunfo, en definitiva, para el segundo de estos grupos daría lugar a una auto-crítica radical acerca de la práctica política del partido.

En estas líneas, sin embargo, queremos intentar una lectura distinta de dicha experiencia, en un sentido positivo, y en el marco general de una respuesta socialista, dentro de un proyecto nacional y popular, a la crisis oligárquica que, como hemos dicho, definió el carácter del partido en este período.

El proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, de marcado signo estatista, y bajo una fórmula de coalición poli-clasista (Frente Popular), al interior del Estado de Compromiso, fue una respuesta positiva a la crisis oligárquica que iba quedando atrás. Se articuló como una alianza entre las clases medias, representadas por el Partido Radical, y los sectores populares, representados por comunistas y socialistas, con hegemonía de los radicales, para desplazar a la oligarquía del aparato del estado. Este último adquirió cada vez mayor autonomía y se transformó paulatinamente en un lugar de negociación y compromiso, impulsando un proceso de desarrollo que otorgaba una mayor autonomía a la economía nacional, junto con avanzar la causa de los sectores medios y populares 28/.

Los historiadores socialistas suelen señalar que el Partido Socialista se resistió inicialmente a ingresar al Frente Popular habida cuenta de que el carácter "reformista" de este último, conduciría a postergar las aspiraciones revolucionarias del partido" 29/. Nos inclinamos a pensar,

sin embargo, que fue más bien la constatación de que una coalición del tipo del Frente Popular beneficiaba más que nada a radicales y comunistas, lo que hizo que inicialmente el partido resistiera dicha iniciativa. Ello no obsta, sin embargo, a que ciertos sectores al interior del partido sí se opusieron al ingreso al Frente Popular, por razones ideológicas.

Como sabemos, la estrategia del Frente Popular surgió como respuesta de la Tercera Internacional a la amenaza fascista en Europa, al imponerse las tesis de Dimitrov (en el VII Congreso de la Internacional, en 1935). Se trataba de generar una amplia unidad anti-fascista en base a fuerzas progresistas. Esta tesis fue rápidamente adoptada por los partidos comunistas de distintos países, y llevada a la práctica en lugares como España y Francia. Los comunistas chilenos vieron en dicha estrategia una ventaja adicional. Agotadas en sus disputas internas prácticamente se habían aislado del acontecer nacional. Mientras permanecían sumidos en un ostracismo total el Partido Socialista crecía rápidamente, concitando la adhesión cada vez mayor de vastos sectores populares 30/. Decidido a romper con su aislamiento y frente a la amenaza fascista y a la presencia cada vez más marcada del nazismo en Chile, el PC optó por avanzar la estrategia frentista.

Para ello vio con muy buenos ojos la posibilidad de una alianza con el Partido Radical, partido reformista, con fuerte arraigo en las clases medias, y de gran presencia parlamentaria. Este, a su vez, se retiraba decepcionado de su alianza con liberales y conservadores, con quienes había sostenido a Alessandri en el poder, en momentos en que éste último adoptaba una posición marcadamente conservadora y crecientemente represiva. El Frente representaba, pues, para el Partido Radical, una gran oportunidad para renovar se y afirmar su cuota electoral, a sabiendas de que ocuparía un rol predominante en una coalición de este tipo.

No hay que mirar en menos las posibilidades de reformas significativas que ofrecía una coalición del tipo frentista. Al considerar la propuesta comunista, en marzo de 1936, y dando su aprobación a ella, el propio Partido Radical concordaba con que el Frente Popular debía tener las siguientes

características: "contra la opresión y en favor de la restauración de las libertades democráticas"; "contra el imperialismo y para que Chile sea para los chilenos"; "contra la miseria material e intelectual del pueblo y en favor de la realización de una justicia socio-económica moderna en beneficio de las clases medias y de trabajadores" 31/.

Aunque desde diciembre de 1934 el Partido Socialista había comprometido su participación en el "Block de Izquierda", en torno a la idea de un "frente único de trabajadores", concurrió a la formación del Frente Popular el 2 de abril de 1936. Se dio cuenta con toda claridad que no podía sustraerse a una iniciativa de ese tipo, pese a la doble constatación de que el frente beneficiaría especialmente a radicales y comunistas, y que demandaba algunos sacrificios ideológicos. Por otra parte, el gobierno de Alessandri (1932-1938) había evolucionado en una dirección marcadamente conservadora, y en base al uso de facultades extraordinarias, había adquirido un carácter crecientemente represivo, especialmente en perjuicio de socialistas y comunistas, y del movimiento sindical en general. En este contexto, una coalición del tipo del Frente Popular aparecía como una alternativa real al intento de restauración oligárquica del Alessandrismo.

En todo caso, como para precaverse de una posible desviación de sus principios revolucionarios y para mantener su propio perfil ideológico, dando así tranquilidad a los sectores dentro del partido que eran reticentes a una fórmula de este tipo, al ingresar al Frente Popular el Partido Socialista advirtió que la "democracia política era sólo un instrumento útil y temporal que no conduciría al proletariado al poder" (el subrayado es nuestro) 32/. Con ello ratificaba la Declaración de Principios de 1933 en virtud de la cual se consideraba que la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no era posible. Junto con confirmar una noción más bien instrumental de la democracia, contradecía así de manera flagrante su propia práctica política, cada vez más marcadamente parlamentarista y electoralista.

Ese mismo año (1936) el movimiento sindical dio un significativo pa

so adelante al formarse la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), una organización que en el marco del Frente Popular significó un nuevo impulso desde abajo a las aspiraciones de cambio político y de transformaciones socio-económicas. Por otro lado, la pugna interna en el Partido Comunista había significado el triunfo de la línea estalinista de Elías Lafertte, pasando el ala trotskista de Manuel Hidalgo, Humberto Mendoza y otros, conocida como "Izquierda Comunista", a formar parte del Partido Socialista en 1937. De esta manera, una nueva tendencia -el trotskismo- pasaba a engrasar las filas de un partido que ya desde sus inicios contó con una gran diversidad interna.

En 1937 prevalecía en la política chilena un clima electoralista. Las elecciones parlamentarias de ese año dieron un nuevo impulso al Partido Socialista, al elegir 3 senadores y 17 diputados (entre ellos Salvador Allende, elegido diputado por Valparaíso). No obstante, la gran atracción la constituía la elección presidencial de 1938. El partido, casi por unanimidad, designó a Marmaduke Grove como candidato. Este último seguía apareciendo como el líder de masas indiscutido del Partido Socialista, el que cifraba grandes esperanzas en las próximas elecciones presidenciales.

No obstante, en la convención del Frente Popular para la designación del candidato presidencial, Pedro Aguirre Cerda, el abanderado del Partido Radical, y con el apoyo del Partido Comunista, recibió la mayoría de las preferencias. Nuevamente radicales y comunistas no dejaron alternativa a los socialistas, y en un gesto de gran generosidad, reconocido por todos, Grove retiró su candidatura para apoyar a Aguirre Cerda.

Aunque para los que ya se perfilaban como "inconformistas" al interior del Partido Socialista el retiro de la candidatura de Grove apareció como una verdadera "capitulación" 33/, lo cierto es que Grove dio un apoyo activo y entusiasta a Aguirre Cerda, convirtiéndose en el jefe de su campaña. Con el lema "pan, techo y abrigo", similar al de la República Socialista de 1932, Aguirre Cerda (1938-41) venció por estrecho margen al candidato de la derecha, Gustavo Ross, convirtiéndose en el nuevo Presidente de Chile

y abriendo las esperanzas de vastos sectores populares.

El Partido Socialista pasó inmediatamente a formar parte del nuevo gabinete, al que se incorporaron Salvador Allende como Ministro de Salud, Rolando Merino como Ministro de Tierras y Colonización, y Oscar Schnake como Ministro de Fomento. Este último puesto era clave para la nueva estrategia de industrialización, y Schnake resultó una pieza fundamental de dicho proceso. Marmaduke Grove pasó a desempeñarse como secretario general del Partido Socialista.

La viga maestra del gobierno frentista era el proceso de industrialización a través de un rol más activo del estado. Tras la consecución de dicho fin, y dentro de las normas de negociación propias del Estado de Compromiso, el Frente Popular renunció a llevar a cabo la sindicalización campesina, -ni hablar de reforma Agraria- a fin de no provocar una reacción golpista en la derecha. Por cierto que para el inconformismo socialista esta fue una nueva señal de claudicación, pues significaba postergar aspectos básicos de las transformaciones de tipo socialista 34/.

La actitud cautelosa de Aguirre Cerda, apoyada por comunistas y radicales, recibió también el respaldo oficial de los socialistas. Un intento golpista de sectores de la derecha, en 1939, encabezado por el coronel Ariosto Herrera y con el apoyo desde Buenos Aires de Ibáñez, reforzó este criterio de cautela, pues demostraba que la derecha estaba dispuesta a reconquistar posiciones perdidas por cualquier medio.

Al poco andar, sin embargo, la posición inconformista fue haciéndose más visible al interior del Partido Socialista. Sus mentores estimaban que la defensa de la institucionalidad democrática, erigida en dique de contención frente a la reacción y al fascismo, demandaba sacrificios ideológicos y programáticos sencillamente inaceptables. El dilema de la fidelidad a los principios ideológicos y de la participación al interior de una coalición policlasista en un gobierno de tipo reformista, estaba en el centro del debate.

Finalmente, esta tendencia inconformista, con componentes anarquis

tas y trotskistas, encabezada por César Godoy Urrutia, fue expulsada del partido en 1940, pasando a formar el "Partido Socialista de Trabajadores" (PST) 35/. Pese a esta división, el debate sobre la colaboración con los radicales continuó con la misma intensidad entre los socialistas, los que finalmente optaron por retirarse del Frente Popular, aunque no así del gobierno, en 1941 36/. La decisión de seguir en el gobierno se reforzó con el éxito obtenido en las elecciones parlamentarias de ese mismo año, en las que el Partido Socialista alcanzó un 18% de los votos, comparados favorablemente con el 11% obtenido en 1937. Los comunistas, por su parte, subieron desde un 4% en 1937 a un 12% en 1941, triplicando su votación anterior y confirmando las sospechas de algunos socialistas de que éstos aparecían como los principales beneficiarios de la estrategia frentista. El Partido Radical se mantuvo adelante con un 21% de los votos.

Pese a la alta votación de los partidos que hasta hacía poco integraban el Frente Popular (los votos sumados sobrepasaban el 50%), las disputas al interior del Partido Socialista continuaron. En 1941 falleció Aguirre Cerda y las nuevas elecciones presidenciales de 1942 dieron como ganador a Juan Antonio Ríos (1942-46), abanderado del Frente Popular, quien triunfó contra Ibáñez, apoyado por la derecha. El Partido Socialista, que había elegido como candidato presidencial a Oscar Schnake, nuevamente debió renunciar a sus pretensiones propias, para apoyar a Juan Antonio Ríos y evitar así el triunfo de Ibáñez.

Pero esta vez el apoyo no duró mucho. Aunque en el VIII Congreso de 1942, los colaboracionistas, encabezados por Grove, Schnake y Bernardo Ibáñez, máximo líder de la CTCH, habían derrotado a los anti-colaboracionistas (entre los que destacaba Raúl Ampuero, líder de la Juventud Socialista), el giro a la derecha del gobierno de Ríos y la postergación de las demandas populares, llevaron al Partido Socialista a retirarse del gobierno en 1943.

Ríos, declaradamente anti-comunista, había señalado que la "democracia debe ser preservada por un gobierno fundado en el orden público, la autoridad y la disciplina" 37/. Por otra parte, el gobierno frentista no ha-

bía cumplido con buena parte de su plataforma programática (aparte del impulso industrializador que fue, vía creación de CORFO, uno de los grandes logros), y el propio Aguirre Cerda así lo había reconocido. Su gobierno había beneficiado claramente a las clases medias, mientras que, vía inflación e impuestos indirectos, había perjudicado a los sectores populares, lo que contribuyó a fortalecer el anti-colaboracionismo socialista. En una de sus últimas actuaciones públicas Aguirre Cerda aludió a esta realidad hidalgamente: "Prometimos sacar al pueblo de su miseria, y elevar su nivel social, económico y moral. Aparte de la inteligencia y de la acción constructiva de algunos de mis ministros, hemos perdido tiempo en largos debates y discusiones sin que nunca llegáramos a soluciones prácticas y efectivas para los grandes problemas 38/.

Todos estos elementos contribuyeron a que en 1943, en el IX Congreso del partido, los "colaboracionistas" fueran derrotados, aunque sólo fuera para volver a asumir la dirección entre 1944 y 1946, ya no bajo el liderazgo de Grove, quien se retiraría del partido, sino de Bernardo Ibáñez. Salvador Allende fue elegido secretario general del partido en 1943 (nunca más lo sería), retirando al partido del gobierno radical. Un documento del PS señalaba lo siguiente: "ninguno de los problemas fundamentales han sido resueltos. El gobierno de la izquierda sólo significó un cambio de caras, la sustitución de la burocracia derechista por la burocracia radical y la sustitución de la oligarquía reaccionaria por la burguesía de terratenientes radicales" 39/.

Grove, derrotado, se retiró del partido para formar el "Partido Socialista Auténtico" (PSA), mientras que Schnake se fue de embajador a México para no volver nunca más a la política activa. Se iniciaba al interior del Partido Socialista una revisión profunda de su práctica política (reformista) y una reafirmación de sus principales doctrinarios (revolucionarios), lo que sólo quedaría a firme en 1946. Sin embargo, como veremos, el impulso populista no había muerto al interior del partido, como lo demostrará su apoyo a Ibáñez en la elección presidencial de 1952.

Cualesquiera hayan sido los resultados de la experiencia del Frente Popular, queremos enfatizar que para el Partido Socialista ello representó la posibilidad de avanzar un proyecto nacional y popular, a través de una estrategia industrializadora de marcado signo estatal, desde el interior de una coalición policlasista y en base a una alianza entre capas medias y trabajadores. Como veremos a continuación, ello tenderá a coincidir con un proceso más vasto que se extendió por distintos países de América Latina y que en muchos de ellos asumió la forma del populismo 40/.

Las influencias externas

Nuestro análisis sería incompleto si no ubicáramos este proceso en el contexto latinoamericano y, en general, en el marco de la inserción internacional del Partido Socialista. Dicho contexto, y las influencias externas en el partido, refuerzan la tesis del carácter nacional y popular que el PS tuvo en su primer período.

Fue de América Latina más que de Europa de donde el socialismo chileno recibió sus influencias. Lo cierto es que el socialismo europeo del período entre guerras no tenía mucho que ofrecer al exterior. Como señala Hochwald, el "socialismo europeo se encuentra ideológicamente agotado hacia los años 30". La autora añade que los partidos políticos de la izquierda europea no pasaban entonces, de ser "tranquilas agencias burocráticas" 41/. Fue pues de América Latina de donde el Partido Socialista extrajo sus influencias más importantes.

En el escenario latinoamericano, fue el fenómeno populista el que ejerció la influencia más decisiva entre los socialistas chilenos. De difícil definición, concepto a veces confuso y no exento de ambigüedades, el populismo latinoamericano era una respuesta a la crisis oligárquica. Como señala Faletto, "el núcleo del populismo es el enfrentamiento con la oligarquía; es una forma de enfrentar la crisis del régimen oligárquico" 42/. El fenómeno respondía a un intento por incorporar al proceso político a través del Estado, y al interior de una estrategia industrializadora, a los sectores medios y populares emergentes, priorizando una estrecha relación entre

ellos. Este proceso solía caracterizarse por la identificación entre la masa y un líder o caudillo, y su forma variaba de un lugar a otro.

Numerosas experiencias latinoamericanas dan cuenta de este fenómeno, especialmente en los años 30 y 40.

Cual más cual menos, Lázaro Cárdenas en México, Haya de la Torre y el Aprismo peruano, el Varguismo en Brasil, Velasco Ibarra en Ecuador, Perón en Argentina, Acción Democrática y Betancourt en Venezuela y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia, entre otros, y a pesar de sus diferencias, fueron expresión de este fenómeno populista, que emergió como respuesta a la crisis de los Estados oligárquicos.

Al centro de los proyectos estuvo la "cuestión nacional" y de allí derivó su carácter anti-imperialista y anti-oligárquico (pues se estimaba que las oligarquías latinoamericanas eran anti-nacionales y aliadas del imperialismo). Faletto señala que el populismo "puede llamarse en sus ideas y en su lucha material la conciencia, aunque no la representación autorizada de las grandes aspiraciones nacionales" 43/. Fue, pues, su carácter nacional y popular, y por lo tanto anti-imperialista y anti-oligárquico, lo que caracterizó a estos partidos o movimientos.

El Partido Socialista chileno desarrolló contactos permanentes con casi todos los movimientos mencionados, y en especial con los Adecos de Venezuela y el MNR de Bolivia. Fue así como, en octubre de 1940, organizó en Santiago una reunión de partidos latinoamericanos democráticos y populares a la que concurrieron representantes de diversos países. La influencia directa más notable, sin embargo, fue la del Aprismo peruano, fundado en 1924 por Raúl Haya de la Torre. Desde la insignia del partido, hasta su carácter marcadamente latinoamericanista, anti-imperialista y anti-oligárquico, los socialistas chilenos de este primer período fueron fuertemente influenciados por el Aprismo peruano. En su momento, tanto la NAP como la ARS y el "Partido Socialista Marxista", todos los cuales concurrieron a formar el Partido Socialista en 1933, recibieron influencias directas del APRA, el que incluso envió delegados a sus congresos 44/. El concepto de "segunda independencia

nacional" y la idea de la unión de los "trabajadores manuales e intelectuales", ambos introducidos por Schnake en 1933, tienen su origen precisamente en el Aprismo peruano 45/.

Si la inserción internacional del Partido Socialista debe entenderse en el contexto del populismo latinoamericano, que influencia directamente a dicho partido y es su marco general de referencia, es igualmente interesante destacar la experiencia de Roosevelt, en Estados Unidos, para comprender la participación del Partido Socialista en el impulso industrializador, vía Estado, en el período del Frente Popular.

Después de una fase de marcada hostilidad hacia los Estados Unidos, el nuevo giro adoptado por la administración de F.D. Roosevelt cambió visiblemente la actitud de los socialistas chilenos, al punto que la experiencia Rooseveltiana se constituyó en "uno de los modelos de referencia social con los cuales se identificaba" el Partido Socialista 46/. Las políticas del Buen Vecino y el Nuevo Trato, así como el fortalecimiento del principio de No-intervención, impulsados por Roosevelt, cambiaron el clima de las relaciones con América Latina. Ante ello, el Partido Socialista adquirió una visión más "compleja" de los Estados Unidos y, sobre todo, miró con gran interés la gestión estatal modernizante impulsada por Roosevelt, en el marco de una política de bienestar.

La oposición permanente de Wall Street y los grandes centros financieros a Roosevelt no hizo sino aumentar las simpatías de los socialistas chilenos hacia el gobernante americano. Grove llegó a decir, en 1934, que "los objetivos de la República Socialista de 1932 eran los mismos que ha implementado la administración del gran presidente Roosevelt en Norteamérica" 47/. La emergencia del fascismo y más tarde la Segunda Guerra Mundial, llevaron a estrechar filas con los Estados Unidos y las instituciones democráticas.

Por otro lado, en dirección inversa, el Pacto Hitler-Stalin de 1939 llevó al Partido Socialista a criticar fuertemente a los comunistas, por su adhesión incondicional a la URSS. Bernardo Ibáñez, líder de la CTCH y diri

gente socialista, mantuvo por entonces estrechos contactos con las organizaciones sindicales norteamericanas. Por su parte Schnake, quien como Ministro de Fomento había desempeñado un rol protagónico en el impulso industrializador bajo la administración de Aguirre Cerda, mostró mucha admiración por el gobierno de Roosevelt. Fue así como en 1940 concurrió a la Conferencia Interamericana en La Habana y emprendió una gira por los Estados Unidos, a fin de estrechar vínculos económicos con dicho país, todo lo cual le significó recibir fuertes críticas de parte de los comunistas chilenos.

Grove, Schnake e Ibáñez pues se mostraron grandes partidarios de la experiencia Rooseveltiana. En ese marco debemos también entender la participación de los socialistas en el Frente Popular. El mismo Grove señalaba en la revista CONSIGNA del Partido Socialista, que "el Frente Popular es el que está más cerca del gobierno de Roosevelt en América Latina" 48/.

De esta manera, el nuevo referente externo, el de la administración de Roosevelt, nos enseña algo más sobre lo que era el proyecto socialista chileno. Ello, al menos hasta los años 1945-46, cuando la administración de Truman y los inicios de la Guerra Fría llevaron al Partido Socialista a reafirmar su postura anti-imperialista, entendida como contraria a los intereses norteamericanos.

El Grovismo, en cuanto fenómeno populista, la experiencia del Frente Popular y las influencias externas en el Partido Socialista -muy especialmente la del populismo latinoamericano- nos ayudan a entender el carácter nacional y popular que tuvo el proyecto socialista en su primer período. El partido surgió y se desarrolló inicialmente como respuesta a la crisis oligárquica, conducida por un caudillo popular, y comprometido con una estrategia industrializadora, de marcado signo estatal, desde el interior de una coalicción poli-clasista.

2. EL PERIODO INTERMEDIO (1946-1955)

Los años que van desde 1946 a 1955 están marcados por una profunda revisión de la práctica política del partido, junto con un intento de redefinición de su propio perfil político-ideológico. Esta última fue la tarea que asumió Eugenio González -máxima figura intelectual del PS- el que intentó superar la ambigüedad respecto del tema de la democracia, con una postura muy cercana a una auténtica concepción socialista democrática. No obstante, sus ideas fueron desoídas. Las posteriores divisiones internas y la baja electoral dejaron prácticamente en el olvido el aporte ideológico rico y original de González. Superadas las divisiones internas, hacia fines de los años 50, el PS no sólo se apartó de dicho intento renovador, de hondo contenido democrático, dejando atrás también los rasgos populistas de su primera etapa, sino que se encaminó en una dirección de franca y creciente oposición a las instituciones democráticas. Sólo en Allende, más en el plano de la intuición que en el de la sofisticación intelectual, encontraremos luego algunos de los elementos esenciales contenidos en el pensamiento de Eugenio González.

Los años de división

El período comprendido entre 1946 y 1955 estuvo marcado por fuertes divisiones internas y por una notable baja electoral. Pese a que los colaboracionistas habían perdido la dirección del partido en 1943, en el X Congreso, de julio de 1944, Bernardo Ibáñez, líder sindical de abierta actitud pro-norteamericana, volvió a recuperar para éstos la dirección del partido, la que mantuvo hasta 1946.

En esos años los socialistas experimentaron la mayor baja electoral de su primera etapa. El retiro de Grove de las filas del partido había privado a éste de su figura más popular. Por otra parte, en la primera mitad de los años cuarenta, junto al Partido Socialista, compitieron por el voto socialista el "Partido Socialista de Trabajadores", formado en 1940 por Godoy Urrutia, y el "Partido Socialista Auténtico", formado

en 1944 por Grove. Aunque la gran división habría de producirse en 1948, estas escisiones de principios de la década contribuyeron a erosionar la base electoral del partido.

Fue así como en las elecciones parlamentarias de 1945 el Partido Socialista obtuvo el 7% de los votos, cifra comparada desfavorablemente con el 18% obtenido en 1941; mientras que en las presidenciales de 1946, Bernardo Ibáñez, el candidato socialista, obtuvo sólo el 2,5% de la votación 49/.

Un punto crítico se alcanzó cuando, en febrero de 1946, el Partido Socialista decidió reincorporarse al gobierno de Juan Antonio Ríos, del que se había retirado en 1943. Bernardo Ibáñez, apoyado por Juan Bautista Rossetti, decidió la incorporación de tres ministros socialistas al gobierno encabezado por el Vicepresidente Alfredo Duhalde, en ausencia de Juan Antonio Ríos quien se encontraba enfermo y luego falleciera. Paralelamente comenzó a advertirse una creciente tensión entre socialistas y comunistas, en momentos en que empezaban a sentirse los primeros efectos del clima de guerra fría. Esta tensión repercutió negativamente en el mundo sindical culminando con la división de la CTCH, dirigida por Bernardo Ibáñez, en 1946.

Fue en el XI Congreso de Concepción, en octubre de 1946, cuando el oficialismo, encabezado por Ibáñez y Rossetti, fue definitivamente derrotado por los anti-colaboracionistas, encabezados esta vez por el nuevo líder indiscutido del partido, Raúl Ampuero. Este último había alcanzado el liderazgo de la juventud del partido -la "Federación Juvenil Socialista" (FJS)- en 1942, fecha desde la cual encabezó el movimiento recuperacionista. La incorporación de tres ministros socialistas al gabinete de Ríos había sido el último acto de colaboración oficial con los radicales, y a partir de 1946 el partido adquirió paulatinamente una filosofía distinta 50/.

También había aquí de por medio un problema generacional. La primera generación de líderes (Grove, Matte y Schnake), había quedado

atrás, y una nueva generación encabezada por Ampuero, y con la participación de González y otros, asumía la conducción de un partido definido en el Congreso de 1946 como "revolucionario y de clase" 51/.

Ya desde sus inicios el partido había adquirido un perfil ideológico declaradamente marxista, clasista y revolucionario, como lo señalaba la Declaración de Principios de 1933. La gran auto-crítica hacia fines de los años cuarenta, advertía que el partido había desdibujado dicha postura ideológica, asumiendo una posición reformista, y de marcado signo electoralista. El anticolaboracionismo al interior del Partido Socialista no hacía sino exigir lealtad a los postulados ideológicos del partido, los que se habrían visto opacados por una práctica política inconsecuente. Este fue la postura que finalmente se impuso en 1946, bajo la dirección de Raúl Ampuero.

Ante la gran confusión ideológica reinante en el partido, avalada por lo que se estimaba era una práctica inconsecuente de más de una década, una de las primeras decisiones fue llamar a una Conferencia Nacional de Programas para 1947. Dicha tarea se le encomendó a Eugenio González, el que tuvo a su cargo la redacción del programa que en definitiva fue oficialmente aprobado.

Sin embargo, los acontecimientos posteriores marcaron un rumbo distinto. En efecto, en 1948 tuvo lugar la gran división del Partido Socialista, de la que resultó la formación de dos partidos: el "Partido Socialista Popular" (PSP), y el "Partido Socialista de Chile" (PSCH), dejando prácticamente en el olvido el programa de 1947. En los años inmediatamente siguientes el partido jugó su última carta populista, al apoyar al caudillo Carlos Ibáñez en la elección presidencial de 1952.

Antes de detenernos en el contenido del Programa de 1947 y en el pensamiento de Eugenio González, conviene revisar brevemente el desarrollo de los acontecimientos que influyeron en la marcha del Partido entre 1947 y 1953.

En 1946 fue elegido Presidente de la República Gabriel González

Videla (1946-1952), con el apoyo de radicales y comunistas, y con la mayoría de la votación socialista que no apoyó la candidatura de Bernardo Ibáñez. Pese a que los comunistas apoyaron entusiastamente a González Videla, con tres ministros en el gabinete, al poco tiempo, en consideración a la alta votación obtenida por éstos, lo que quedó demostrado en el 17% obtenido en las elecciones municipales de 1947, y a las presiones de Estados Unidos, en pleno período de guerra fría, González Videla expulsó a los comunistas de su gabinete.

Con la intensificación de las tensiones internacionales, y ante la necesidad de contar con el apoyo económico de Estados Unidos, González Videla pasó derechamente a la persecución de los mismos comunistas que lo habían puesto en el poder, dictando en 1948 la Ley de Defensa de la Democracia. Con ello se proscribió al Partido Comunista de la vida institucional, a la que sólo regresaría en 1957, cuando dicha ley fue derogada.

Lo que resultó inadmisibile para el Partido Socialista fue que miembros de dicho partido, encabezados por Ibáñez y Rossetti, no sólo apoyaran dicha ley represiva, sino que se sumaran activamente a la cruzada anti-comunista de González Videla. Esto provocó la expulsión de los últimos colaboracionistas, produciéndose la división entre el PSCH, formado por éstos últimos, y el PSP, encabezado por Ampuero. Gracias al apoyo del gobierno los primeros lograron quedarse con el nombre del partido, pero fueron éstos últimos sin lugar a dudas los continuadores históricos del socialismo chileno.

Por ese entonces la política partidista en Chile experimentaba un desgaste muy marcado. No sólo porque el último de los gobiernos radicales estaba frustrando una vez más las esperanzas de vastos sectores populares, sino porque en la opinión pública comenzaba a surgir una reacción contraria a la política de partidos. En ese contexto, la población se volcó hacia quien con mayor vigor había denunciado la práctica agotada del partidismo, Carlos Ibáñez, a quien pasó a llamársele el "General de la Esperanza".

Por razones distintas, aunque relacionados con lo anterior, el liderazgo del PSP comenzó también a girar en torno a quien algunos años atrás lo había perseguido y encarcelado. Los socialistas encontraron en Ibáñez la llama aún viva del anti-imperialismo, junto a un sentimiento anti-oligárquico que jamás se había extinguido. El impulso populista en el Partido Socialista no había muerto y fue así como en el XIV Congreso de mayo de 1952, el PSP decidió oficialmente dar su apoyo a Ibáñez en las elecciones presidenciales que se realizarían ese mismo año.

El apoyo socialista a Ibáñez no era nuevo si consideramos que a comienzos de los años veinte el propio Grove le había entregado su respaldo, y que en 1937 un grupo de militantes socialistas, encabezados por Ricardo Latchman, había abandonado el partido para apoyar al caudillo militar en la elecciones presidenciales de 1938, pasando a formar la "Unión Socialista".

Por otro lado, no dejaba de estar presente, en no pocos socialistas, una cierta asociación entre Ibáñez y el Peronismo argentino, un clásico ejemplo de populismo latinoamericano por el que muchos socialistas se habían sentido atraídos en algún momento. Como señala Muñoz, "cuando Perón asumió el poder en Argentina en 1945, el Partido Socialista sintió simpatía por este líder que parecía simbolizar la búsqueda de un proyecto nacionalista y popular para su país. La admiración inicial de los socialistas hacia Perón, residía en su propósito de oponerse a la oligarquía, en la legislación laboral progresista que promulgaría y en su apoyo al movimiento sindical" 52/. Habría que añadir la independencia de Perón frente a las potencias mundiales, lo que resulta muy importante para un PSP marcadamente nacionalista, latinoamericanista y anti-imperialista, para entender las simpatías iniciales de los socialistas chilenos por el peronismo, su asociación con Ibáñez y el apoyo de éste último.

No obstante, hubo algunos socialistas al interior del PSP que se negaron a apoyar a quien algunos años antes los había perseguido. Entre ellos Salvador Allende. Enfrentados a la elección presidencial de 1952

y contrarios a la decisión del PSP, los integrantes de este sector pasaron a fusionarse con el PSCH, sin que Bernardo Ibáñez y Rossetti, ex-ca becillas de los colaboracionistas, concurrieran a dicha fusión. El Partido Comunista, por su parte, aún fuera de la ley y en la clandestinidad, pero con cierta capacidad de desplazamiento, apoyó la idea de levantar la candidatura presidencial de Allende, la que se formalizó a través del llamado "Frente del Pueblo", integrado por el PSCH y el PC. Fue la primera de las cuatro candidaturas presidenciales de Allende; en la que obtuvo, no obstante, una muy escasa votación.

Ibáñez arrasó en la elección, recibiendo casi la mitad de los votos, procediendo luego a integrar a dos dirigentes del PSP como ministros en su gabinete, junto con asignar algunas subsecretarías y repartir otros tantos puestos en la administración pública a militantes de dicho partido. A los pocos meses una elección parlamentaria (1953) hizo aumentar considerablemente la cuota electoral del PSP. Este último, identificado con el Ibañismo, eligió 4 senadores y 18 diputados, con un 10% de la votación, contra 1 senador (Salvador Allende) y 5 diputados del PSCH, el que obtuvo sólo el 1,5% de los votos.

Sin embargo, la alianza quedó disuelta ese mismo año, al constatar el PSP que el viejo caudillo se apartaba del programa que lo había llevado al poder, y que había justificado el apoyo de los socialistas. Estos últimos habían jugado su última carta populista y las lecciones de dicha experiencia, sumadas a las anteriores del Frente Populismo, imprimieron en el nuevo Partido Socialista de fines de esa década un perfil radicalmente distinto.

El pensamiento de Eugenio González

De origen anarquista, al igual que Schnake, y junto a éste último militante originario de la ARS, Eugenio González pasó a ocupar el cargo de Ministro de Educación en la efímera República Socialista de junio de 1932. Participó activamente en la campaña electoral de Grove en octubre del mismo año, y concurrió a la formación del Partido Socialista en abril

de 1933. Escritor después, se desempeñó como activo militante socialista, hasta llegar a ser miembro del Comité Central en 1946, y secretario general del partido en 1948. Elegido senador entre 1949 y 1957, se retiró de la política activa en este último año, para dedicarse a la vida académica, en la que llegó a ser rector de la Universidad de Chile.

Como ninguna otra figura en el socialismo chileno Eugenio González desarrolló un marco teórico consistente y acabado de lo que podríamos identificar como un auténtico socialismo democrático, y desde la propia perspectiva marxista 53/.

Hemos dicho que durante su primer período, lo que caracterizó al Partido Socialista fue su carácter marcadamente populista, junto a una visión más bien instrumental de la democracia. El trabajo de González tiene valor, entre otras cosas, por cuanto trató justamente de superar dicha visión instrumental, llegando a sostener, como tesis central, que la democracia tiene un valor en sí misma y que es inseparable del socialismo.

De alguna manera, la noción instrumental de la democracia del Partido Socialista emanaba, por entonces, de sus mismos rasgos populistas. No es un matrimonio fácil el de populismo y democracia. Tampoco lo es el de populismo y marxismo 54/. Algunas experiencias populistas latinoamericanas han sido marcadamente autoritarias (Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Rojas Pinilla en Colombia); mientras que otras se han acercado más a una orientación democrática (Acción Democrática en Venezuela, el APRA en Perú). Lo primero es, pues, afirmar que en el populismo hay por definición una tensión no resuelta con la democracia, o al menos con lo que conocemos como democracia liberal. Como señala Falletto, "el populismo intentó ser una respuesta a la crisis de la dominación oligárquica, pero constituyó también un divorcio con la visión liberal de la democracia" 55/.

En el caso chileno la realidad no era muy distinta. El antecedente fundamental del Partido Socialista fue un putsch militar, encabezado

por un oficial de las Fuerzas Armadas. La organización no emergió del juego democrático liberal. Aunque más tarde su práctica fue insertando se de lleno en las reglas del sistema democrático, el partido mantuvo una ambigüedad permanente sobre el tema de la democracia. Hemos dicho que la Declaración de Principios de 1933 negó la posibilidad de una transformación evolutiva por medio del sistema democrático, y que al ingresar al Frente Popular en 1936 el partido advirtió que la democracia burguesa era sólo un "instrumento temporal útil", que no conduciría a la conquista del poder por parte del proletariado.

Fuertes críticas se dirigieron contra la "democracia política" en los Congresos de 1941, luego del abandono del Frente Popular, y de 1943, tras dejar el gobierno 56/. Por cierto que estas declaraciones no correspondían a una práctica política inserta de lleno en el juego democrático, desde que en 1932 se reiniciara un ciclo de transferencia pacífica del poder político. Pero destaca claramente en este período una cierta ambigüedad, por decir lo menos, sobre el problema de la democracia. Drake sintetiza muy bien esta visión instrumental de la democracia y su carácter contradictorio con la práctica política de dicho partido: "Oficialmente, el partido siempre sostuvo que su adhesión a la democracia burguesa era sólo tentativa y un medio para avanzar al socialismo. Enfrentados a ser marxistas o populistas, revolucionarios o reformistas, muchos militantes no estaban decididos de si trabajar desde adentro o en contra del sistema imperante. De hecho, lo que ocurrió fue que el Partido Socialista nunca se preparó para la revolución armada y optó por las elecciones" 57/.

Uno de los aspectos que destacan a este respecto, fue la falta de percepción por parte de no pocos socialistas de que la democracia comenzaba cada vez más a identificarse con la lucha popular. Grove había tomado conciencia de este punto desde 1932 en adelante, y al llegar al poder en 1938 muchos socialistas enfatizaron la necesidad de transformar a la democracia en un dique de contención frente al fascismo y la reacción, junto

con avanzar la causa de los sectores populares. Pero la ambigüedad sobre la democracia permaneció durante los años cuarenta. Tal vez este fue el motivo por el cual Haya de la Torre escribió sobre los socialistas chilenos en 1946: "Ellos desprecian la democracia porque no les ha costado nada adquirirla. Si sólo conocieran la verdadera cara de la tiranía" 58/.

El primer intento serio de romper esta ambigüedad y superar esta visión instrumental de la democracia creemos encontrarlo en Eugenio González. Su punto de partida fue el marxismo, pero en una visión no dogmática. Fue así como en el Programa de 1947 sostenía que el socialismo es una "necesidad histórica" que emerge de las contradicciones internas del capitalismo y como superación del mismo. Añadía que la lucha de clases constituye "el factor dinámico por excelencia de la vida histórica". Afirmaba que el capitalismo "se encuentra agotado" y que el mundo ha entrado en un período de "revolución social" 59/.

Pero junto a una concepción "científica" del socialismo y del desarrollo capitalista, -que irá perdiendo intensidad- encontramos también allí una concepción ética, que corresponde a lo que él mismo denominaba "humanismo socialista". Señalaba González que, "el socialismo es, en su esencia, humanismo". Ello emana de su misma concepción del "hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras".

La "revolución socialista", señalaba González no surge en oposición a la "revolución burguesa", sino como profundización de la misma: "El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano". Se trataba, por lo tanto, de superar el carácter limitado de la revolución burguesa, que concentraba los bienes materiales y culturales en una minoría: el socialismo "no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas".

Esto estaba relacionado también con su visión del liberalismo y la vinculación de éste con el socialismo. González no veía al socialismo en oposición al liberalismo y destacaba elementos de continuidad entre ambos, que conducían a la superación de este último. En un debate en el congreso, Eugenio González decía en 1953 lo siguiente: "no hay oposición entre el liberalismo político y el socialismo democrático. Por el contrario, el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político" 60/.

La oposición de González fue más hacia el capitalismo que hacia el liberalismo como forma política. Pero, junto con oponerse con tenacidad al "capitalismo financiero", desató una crítica frontal al "comunismo soviético", el que "sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso". Al capitalismo, que "ha dejado de ser útil", y al comunismo, de claro afán hegemónico, oponía el "socialismo revolucionario", que aspiraba "a la efectiva liberación económica y política de las masas trabajadoras del mundo entero".

Sin desconocer la gran trascendencia de la revolución de octubre, González pensaba que ella devino "en una mera estatización, que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora". Había pues una oposición tajante entre el "socialismo revolucionario" que postulaba González, y el "comunismo soviético". El carácter "totalitario" de éste último, "ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista", habiéndose convertido los partidos comunistas en servidores de "la política de expansión del Estado soviético".

Tampoco hay en el proyecto socialista, dice González, una "deificación del Estado". Aunque la conquista del estado es una condición para la revolución socialista, añadía, la socialización de los medios de producción deberá evitar caer en una "centralización burocrática". Para ello

el socialismo debía asentarse en la democracia política, y "fundamentar la democracia política en la seguridad económica". En 1953, en el debate ya señalado, González afirmaba que para el socialismo era tan imperativa la defensa de los trabajadores frente al poder económico del capitalismo monopolista, como frente "a las tendencias absorventes del totalitarismo estatal" 61/.

No dejó tampoco allí de denunciar el carácter "meramente formal" de la "pseudodemocracia actual", lo que consideraba inherente a las insuficiencias de la "democracia liberal". En efecto, en el Programa de 1947 señalaba que, "la democracia concebida así, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como expresión abstracta de la soberanía no pasa de ser una ficción metafísica". Ante ello contraponía una democracia "real" o "verdadera", a la que denominaba en forma algo confusa "democracia orgánica", en la que "los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y la necesidad".

Sin embargo, cualquiera confusión que pudiera existir en torno a este concepto de "democracia orgánica", y en torno a la relación entre socialismo y democracia, desaparecía completamente en su discurso de despedida del senado en 1957. En dicho discurso González resumía magistralmente los elementos básicos de lo que a lo largo de su vida había ido definiendo como auténtico socialismo democrático 62/.

El socialismo ya no fue presentado como una necesidad histórica ineludible, sino como "imperativo insoslayable de la conciencia moral"; como "esperanza de superación humana"; como "fuerza ética". Hacer posibles conjuntamente la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual era el desafío socialista: "planificación económica dentro del Estado democrático con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana, tal podría ser la fórmula expresiva del pensamiento socialista".

El socialismo aspiraba a "continuar y a superar" la tradición cul

tural de occidente, y no a negarla, teniendo como objetivo la "dignificación del hombre". Ello implicaba fundamentalmente adecuar los medios a los fines. Era así como "el socialismo es revolucionario por sus objetivos", pero ellos no podrán lograrse a través de métodos "dictatoriales", de la "violencia estatal", o de la "violencia erigida en sistema", ni menos bajo la forma del "Estado totalitario". Es en este contexto en donde se planteaba la relación entre socialismo y democracia: "de ahí que no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún: sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados".

Se trataba, pues, de profundizar la democracia y no de sustituirla, teniendo como centro la dignificación de la persona humana: "la democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del estado o del progreso de la economía".

Era en este marco que el socialismo chileno y latinoamericano debía plantearse sus tareas, "con criterio realista, liberándose internamente del lastre dogmático que entraba su expansión en amplios sectores de los pueblos y de las juventudes". Junto con ello el socialismo debía propender al fortalecimiento de las instituciones democráticas: "He aquí el primer deber del socialismo en América Latina: esforzarse por la vigencia del régimen democrático, por implantarlo donde nunca ha existido, por restablecerlo cuando haya sido abrogado, por perfeccionarlo si tiende a anquilosarse obstruyendo el progreso social. Aunque sobremanera defectuosa, la actual democracia tiene en sí misma los factores de su perfeccionamiento ulterior".

Hemos querido citar ampliamente a Eugenio González, porque sus propias palabras han descrito con singular elocuencia y profundidad los principales elementos de un auténtico socialismo democrático, que tiende a su-

perar una noción meramente instrumental de la democracia, como la que ca racterizó al Partido Socialista durante su primer período.

Quisiéramos terminar estas líneas con una visión profética del gran pensador socialista, que habría de encontrar trágica constatación en el ulterior desarrollo de la política chilena. Si, en general, hemos considerado que los conceptos vertidos por Eugenio González no encontraron suficiente eco al interior del Partido Socialista, la advertencia for mulada en la parte final de su discurso fue desoída en los años siguientes por todos los partidos democráticos, a los que él mismo denominó "par tidos de avanzada social".

Ya en 1953, en su medio natural, el Senado , Eugenio González se había preguntado: "¿Existe algún obstáculo insalvable para que los parti dos de avanzada social, afines en sus concepciones económicas, coincidentes en sus principios libertarios, similares en sus métodos políticos, re presentativos, en su conjunto, de la inmensa mayoría nacional, encuentren las bases positivas de una acción solidaria en el Parlamento y en el Go- bierno?" 63/. Cuatro años después, en el mismo escenario, y llamándoles de la misma manera, "partidos de avanzada social", González advirtió: "De ellos depende, fundamentalmente, que nuestra democracia representativa -de la cual tanto nos enorgullecemos, a pesar de sus graves tergiversaciones- siga su curso regular, perfeccionando las instituciones libres y a- briendo cauce a las transformaciones económico-sociales, o vaya a desembo car en conflictos que imposibiliten la continuidad del Estado de Derecho". Una lúcida anticipación del dilema que enfrentó la política chilena en los años siguientes.

3. EL PROCESO DE LENINIZACION (1955-1973)

La "Vía Allendista" al socialismo en "democracia, pluralismo y libertad" (1970-73), no encontró suficiente eco al interior de su propio partido; un Partido Socialista que había evolucionado hacia una postura declaradamente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones democráticas.

En efecto, a partir de la década del 50, y a contar de su retiro del gobierno de Ibáñez, el que había asumido una orientación conservadora y pro-norteamericana, el Partido Socialista reconsideró radicalmente sus posiciones, adoptando una definición clasista, primero, y luego leninista, alejándose así del carácter nacional y popular de su primer período. En torno a la tesis del Frente de Trabajadores y bajo la influencia de la revolución cubana, el partido adoptó el marxismo-leninismo como definición, desembocando en la tesis de la "inevitabilidad del conflicto", una profesía auto-cumplida que contribuyó poderosamente al quiebre democrático de 1973.

El Frente de Trabajadores

El período que va de 1953 a 1957 fue un tiempo de definiciones y de unidad tanto para el Partido Socialista como para la izquierda en general, y el movimiento sindical. En 1953 se formó la "Central Unica de Trabajadores" (CUT), dando un nuevo impulso al movimiento sindical, tras la disolución de la CTCH en 1946. En 1955, en su XVI Congreso de Valparaíso, el PSP adoptó oficialmente la tesis del Frente de Trabajadores, la que logró también imponerse en la creación del "Frente de Acción Popular" (FRAP), una alianza entre el PSCH, el PSP y el PC, en 1956. Finalmente, esta tesis también prevaleció en el XVI Congreso de Unidad de 1957, en que el PSCH y el PSP se refundieron en un solo partido.

En torno a la tesis del Frente de Trabajadores, y en base a la coalición socialista-comunista (FRAP), el Partido Socialista fue desarrollando un nuevo perfil clasista y revolucionario. Mientras que en los

congresos de 1959 y 1961 se ratificó el carácter central en la política del partido tanto del FRAP como del Frente de Trabajadores, este último en un tono más "cubanizado", los congresos de 1965, 1967 y 1971, enfatizaron la nueva modalidad leninista del partido. Una tensión no resuelta emergerá bajo el gobierno de la Unidad Popular entre dicha línea y la Vía Allendista al Socialismo.

El punto de partida de la tesis del Frente de Trabajadores lo encontramos en el propio programa de 1947, redactado por Eugenio González. Dicho programa señalaba, en una de sus partes, lo siguiente: "Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa -reforma agraria, industrialización, liberación nacional- se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista" 64/.

La discusión partió, pues, como un cuestionamiento de la clásica tesis marxista de la revolución por etapas; esto es, la idea que la revolución socialista era precedida por una revolución democrático-burguesa. González sostuvo que dicha tesis sólo era aplicable a los países capitalistas avanzados, que contaban con una burguesía autónoma, capaz por lo tanto de realizar las reformas modernizadoras de tipo anti-feudal y anti-oligárquicas. Ello no era posible en países "semicoloniales y dependientes", como los de América Latina, que carecían de burguesías de esas características. Estas últimas eran más bien aliadas de las oligarquías y jamás realizarían, por lo tanto, las transformaciones propias de la revolución democrático-burguesa.

Era necesario, según el propio González, "acortar etapas", y sólo "la voluntad organizada del pueblo mismo, a través de los partidos nacionales que efectivamente lo representen con sentido revolucionario y conciencia responsable", sería capaz de dichas reformas. La revolución socialista tendría que realizar a la vez sus tareas propias (socialización de los medios de producción) y las de la revolución democrático-burguesa (reforma agraria, industrialización y liberación nacional).

El PSP optó en definitiva por definir el carácter de la revolución latinoamericana en términos de una "revolución democrática de trabajadores"; esto es, una situación intermedia entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista, con miras a la formación de una "República Democrática de Trabajadores". Ante la incapacidad de la burguesía para realizar las reformas modernizadoras al interior de una economía semi-feudal y dependiente, serían la clase trabajadora y los partidos que la representaban, los encargados de realizar dicha tarea.

Desechada, pues, la concepción mecanicista de la revolución por etapas, el PSP optó por una solución intermedia, representada por la tesis de la "revolución democrática de trabajadores". Salomón Corbalán, secretario-general del partido entre 1957 y 1961, definió las principales características de dicha revolución en los siguientes términos: se trata de una revolución "hacia el socialismo"; esto es, que sin ser socialista, debe crear las condiciones para el socialismo; de carácter anti-imperialista y anti-feudal; clasista, pues es la clase trabajadora la que dirige el proceso; democrática, pues aspira a la ampliación de la soberanía popular; profundamente humana, en cuanto tiende a la dignificación del hombre, y americana, pues responde a características comunes de América Latina 65/.

La revolución en América Latina no era, pues, ni "burguesa", ni "socialista", sino "democrática" y era la clase trabajadora la encargada de crear las condiciones para la sociedad socialista a través de la denominada República Democrática de Trabajadores. Esta era, en esencia, la tesis del Frente de Trabajadores, adoptada oficialmente por el PSP en 1955, por el FRAP en 1956, y por el PS reunificado en 1957. El aspecto tal vez más característico de esta tesis era su carácter clasista. En el fondo emergió como una respuesta socialista a su propia frustración por la experiencia poli clasista del Frente Popular.

La implicancia política de esta tesis era evidente: no habría

más alianzas con fuerzas burguesas o pequeño-burguesas al interior de una coalición poli clasista. Sería el eje socialista-comunista, conformado por las únicas fuerzas representativas de la clase trabajadora, el encargado de implementar la tesis del Frente de Trabajadores. El instrumento concreto sería el FRAP, creado el 1° de marzo de 1956.

No fue fácil que prevaleciera esta tesis al interior del FRAP, pues las diferencias estratégicas entre socialistas y comunistas eran notorias. Estas diferencias quedarían en evidencia una y otra vez en el curso de los años siguientes. En efecto, a la tesis del Frente de Trabajadores de los socialistas, los comunistas oponían la tesis del Frente de Liberación Nacional. Mientras aquella respondía a la concepción de la revolución democrática de trabajadores, ésta correspondía a la concepción de la revolución democrático-burguesa, siguiendo la clásica tesis de la revolución por etapas. De acuerdo a la tesis del Frente de Liberación Nacional, defendida por los comunistas, el énfasis debía ponerse en la lucha antiimperialista y antioligárquica, lo que implicaba contar con el concurso de sectores de la burguesía nacional, cuyos intereses se suponían opuestos a los de la oligarquía 66/.

No deja de llamar la atención que el Partido Comunista esperara contar con fuerzas burguesas progresistas para la tarea de liberación nacional, en momentos en que se encontraba en la clandestinidad, declarado fuera de la ley y perseguido por los mismos eventuales aliados progresistas, los radicales. Ello resulta aún más sorprendente si consideramos que, bajo las mismas circunstancias, los comunistas habían optado en favor de la "vía pacífica" como forma para llegar al poder. Según veremos más adelante, al referirnos al problema de las "vías de acceso al poder", esta era una discusión de tantos alcances como aquella sobre el "carácter de la revolución".

Lo cierto es que el PSP logró que predominara, en definitiva, su tesis del Frente de Trabajadores, tanto en la formación del FRAP en 1956, al que se definió como la unión de fuerzas que están por un "programa anti

imperialista, antioligárquico y antifeudal", como en el congreso de unidad socialista en 1957 67/.

En este último congreso, que logró refundir al PSCH y al PSP en un solo partido, prevaleciendo las tesis de éste último, y que eligió como secretario general a Salomón Corbalán, miembro del Comité Central del PSP desde 1953, se avanzó aún más en las definiciones ideológicas. Se aprobó por aclamación el voto presentado por Julio César Jobet, quien fue elegido a la vez miembro del Comité Central del nuevo partido. Dicho voto recogía la idea de González de oponer el "socialismo revolucionario" al imperialismo norteamericano y a la burocracia soviética, y reafirmaba el compromiso del partido con el Frente de Trabajadores y el FRAP.

Añadía, sin embargo, un lenguaje relativamente distinto, enfatizando el carácter clasista y, por primera vez, vanguardista del partido. Señalaba que el socialismo chileno inició una "nueva etapa", caracterizada por su posición de "vanguardia de las clases populares". Agregaba que Chile era un "país semifeudal y semicolonial", en que "las clases dominantes, burguesía y sectores medios" eran incapaces de lograr "un efectivo desarrollo de la democracia", a la vez que denunciaba "el carácter formal y fraudulento de la democracia existente". Buena parte de dicho voto fue dedicada a denunciar a los radicales, partido "centrista, socialmente híbrido", de "contenido deliberadamente confusionista y reaccionario", al que se consideraba como "el peor freno para una efectiva democratización del país". Finalmente llamaba al FRAP a concentrarse en las próximas elecciones presidenciales de 1958, de alta transcendencia para las clases asalariadas, "en su lucha revolucionaria para la conquista del poder" 68/.

Era, pues, en lo que se percibía como fuerzas burguesas de centro donde el Partido Socialista comenzó a ubicar "el peor freno para una efectiva democratización del país", tesis que el PC no compartía. La posición clasista del PS lo llevaría a excluir cualquiera alianza con fuerzas de este tipo (con radicales en ese momento y con los demócratacristianos después), privilegiando las alianzas con los representantes de la cla

se trabajadora, lo que en la práctica suponía fortalecer el eje socialista-comunista.

Curiosamente, no había sido el PSP, el que había dado su apoyo a Carlos Ibáñez, sino el PSCH, en torno a Allende y con el apoyo comunista, el que primero había sostenido la necesidad de un eje socialista-comunista, en la elección presidencial de 1952. Seis años después, en las elecciones presidenciales de 1958, pero ahora con una izquierda unificada en torno al FRAP, se repetía el esquema de este eje de izquierda, apoyando la segunda candidatura presidencial de Salvador Allende. Por separado, los dos partidos socialistas habían mantenido una cuota electoral cercana al 10% en las elecciones parlamentarias de 1957. Unidos en torno a Allende, y con el apoyo comunista, dieron un salto cualitativo importante en 1958, cuando el candidato socialista obtuvo el segundo lugar, con el 29% de los votos, porcentaje muy cercano al 31% obtenido por el candidato de la derecha, Jorge Alessandri, nuevo Presidente de Chile (1958-1964) 69/.

Los nuevos referentes externos

Es imposible comprender la evolución ideológica y política del Partido Socialista en este período, sin tomar en cuenta su inserción internacional y el efecto que determinadas influencias externas tuvieron en su desarrollo. Así como el primer período se insertó de lleno en la emergencia y desarrollo del populismo latinoamericano, con el Aprismo peruano como la influencia externa más directa en el Partido Socialista, este segundo período estuvo marcado principalmente por la decisiva influencia de la revolución cubana, entre otras de menor importancia.

Atrás quedaban los rasgos populistas que habían terminado prácticamente por consumarse luego de la frustración con Ibáñez, y atrás quedaba también la experiencia Rooseveltiana como uno de los referentes externos importantes. Las influencias externas en este segundo período se dieron en el marco de la guerra fría y de la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El "socialismo revolucionario" emergió como

respuesta al "imperialismo" norteamericano y al "bloque" soviético (ya no se le llamará "totalitarismo" como lo hacía Eugenio González), en apoyo de las luchas de liberación nacional. Yugoslavia, Cuba, China y Vietnam, entre otros, eran algunos de los nuevos referentes externos del Partido Socialista.

La política de "contención" iniciada por Truman después de la guerra, con su elemento de defensa hemisférica (TIAR en 1947 y OEA en 1948), y el planteamiento inicial de la doctrina de la seguridad nacional, entre otros, llevaron a los socialistas chilenos a una postura contraria a la política de bloques, y crecientemente anti-norteamericana. La administración de Eisenhower no mejoró las cosas. Desde Estados Unidos se fortalecieron los pactos militares con distintos países latinoamericanos, y se confundió el nacionalismo y el socialismo (que iban de la mano en América Latina) con el comunismo, propiciando el golpe que derrocó a Jacobo Arbenz en Guatemala, en 1954; se apoyó a las dictaduras de Trujillo, Somoza y Batista, y se adoptó una postura hostil frente a la revolución cubana tan pronto como Castro llegó al poder.

La oposición a la política de bloques también condujo al Partido Socialista a una postura contraria a la URSS. La demostración más clara de esto fue la gran solidaridad y el estrechamiento de los vínculos políticos y de amistad con el proceso yugoslavo. Como señala Muñoz, "el Partido Socialista comenzó a prestar creciente atención a modelos externos que trascendiesen el populismo y apuntasen a la materialización de un socialismo flexible, no-alineado y alternativo al esquema Stalinista" 70/. Yugoslavia aparecía como un caso ideal, no sólo por su singular experiencia en el campo de la auto-gestión sino también por su claro no-alineamiento internacional.

Excluida Yugoslavia del COMINFORM en 1948, por decisión de Stalin, el proceso yugoslavo atrajo de inmediato el interés de los socialistas chilenos. En momentos de mayor distensión internacional, coincidiendo con el viaje de Khrushchev a Belgrado en 1955, a fin de mejorar las relaciones

con Yugoslavia, tres socialistas chilenos, Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Oscar Waiss, visitaron dicho país y regresaron favorablemente impresionados.

Esta relación de socialistas y yugoslavos intensificó las tensiones con el Partido Comunista Chileno, especialmente luego de que la URSS rompió nuevamente relaciones con Yugoslavia en 1958. Los comunistas chilenos denunciaron públicamente el "revisionismo yugoslavo", lo que no hizo sino aumentar las simpatías de los socialistas por dicho proceso. Las tensiones entre socialistas y comunistas también se habían visto agravadas por la invasión soviética a Hungría en 1956. Los factores externos, pues, presentaban una importante incidencia interna, especialmente en las relaciones entre comunistas y socialistas.

Algo similar ocurrió con la disputa sino-soviética a comienzos de la década del 60. Aunque en dicho conflicto los socialistas chilenos optaron en definitiva por no tomar partido, una tendencia encabezada por Clodomiro Almeyda estuvo por enfatizar las coincidencias con el proceso Chino. En todo caso, este nuevo episodio demostraba la independencia de los socialistas chilenos frente a la política de bloques, y su tendencia a buscar afinidades con caminos hacia el socialismo distintos a los indicados por la URSS 71/.

Pero, sin duda alguna, el caso que más influyó en el desarrollo del Partido Socialista en este período fue el de la revolución cubana. Ello por varias razones: se trataba de una experiencia latinoamericana, lo que significaba que "el socialismo se comenzaba a construir en español" 72/; demostraba que era posible "saltarse etapas" y comenzar a construir el socialismo desde ya, teniendo como eje a la clase trabajadora y cuestionando así la tesis de la revolución por etapas; se trataba, en fin, de una experiencia nacionalista, americanista y anti-imperialista, no adscrita, inicialmente al menos, a la política de bloques.

Todos estos factores fueron tenidos en cuenta por el Partido Socialista, con una consideración adicional que la futura evolución del

partido se encargaría de confirmar: que aparte de confirmar las tesis de los socialistas sobre el carácter de la revolución en América Latina, cuestionaba radicalmente la "vía pacífica" como camino de acceso al poder. Tal vez fuera este el impacto más importante de la revolución cubana entre los socialistas chilenos, y un factor adicional en la pugna socialista-comunista.

Una permanente disputa tuvo lugar entre ambos partidos sobre la cuestión de las "vías de acceso al poder". Mientras los comunistas ponían el énfasis en la "vía pacífica", siguiendo las conclusiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, de 1956, recogidas por el PC en su X Congreso del mismo año, los socialistas dirigían cada vez con mayor decisión una crítica frontal a la "vía pacífica", a la que identifican con la "vía electoral", cuestionando, en definitiva, el valor de las propias instituciones democráticas.

Esto, como hemos anticipado, incidió directamente en el conflicto entre Allende y el Partido Socialista bajo el gobierno de la Unidad Popular.

El proceso que se inició en estos años, de cubanización o leninización del Partido Socialista, se comenzó a reflejar muy claramente en las intervenciones de Salomón Corbalán, secretario-general del partido entre 1957 y 1961, y en la revista ARAUCO, del mismo partido, que comenzó a editarse precisamente en 1959.

Al señalar el propósito de la revista, el primer editorial de ARAUCO, en 1959, junto con advertir el "agotamiento de los modelos formalistas de la democracia burguesa", especialmente desde 1938 en adelante, bajo lo que denomina el "frente populismo", indicaba: "aparece esta revista en un momento en que el eco de la revolución cubana agita y conmueve a las masas trabajadoras del continente, encendiendo las esperanzas y dándoles la oportunidad de aprovechar sus fecundas lecciones" 73/ Dicha editorial confirmaba la tesis del Frente de Trabajadores y señalaba al FRAP como el instrumento adecuado de la lucha política. Hasta 1966, la revista

dedicó decenas de números a la revolución cubana, los que permiten ver cómo se fue recepcionando entre los socialistas chilenos ese proceso revolucionario latinoamericano 74/.

Una carta de Salomón Corbalán al Partido Comunista, de octubre de 1960, señalaba que la revolución cubana inició en América Latina una nueva etapa, indicando el camino que las masas debían seguir: "El ejemplo de Cuba está golpeando intensamente la conciencia popular y le está abriendo los ojos a las masas indicándoles el camino que puede ayudarlos en su empresa de liberación. La revolución cubana no puede ser considerada aisladamente del proceso de liberación latinoamericano ... La revolución cubana inicia un verdadero proceso en cadena de la revolución en América Latina" 75/.

En un informe sobre la situación política nacional, dirigido al pleno del Comité Central, en agosto de 1961, el mismo Salomón Corbalán abordó el tema en forma mucho más explícita. Allí señalaba la importancia de la revolución cubana para el proceso chileno, tanto en cuanto al problema del carácter de la revolución en América Latina, como frente al asunto de las vías del acceso al poder. Indicaba que la revolución cubana, "que nació rompiendo los esquemas de unidad nacional, de colaboración de clase, que barrió con la idea de fortalecer la revolución democrático-burguesa, es la expresión práctica de la política que sostenemos". Se trata añadía, de que "en nuestro país, de acuerdo a nuestra realidad, debemos buscar el enfrentamiento de la clase trabajadora con la clase enemiga sin propiciar el entendimiento o la vía pacífica" 76/.

Este último aspecto era analizado más adelante en forma detenida y se aclaraba: "No estamos resignados a esperar pacientemente y a enseñar a las masas la espera por una contingencia electoral para producir el cambio que el país reclama. Creemos que si este cambio ha de producirse será cuando las condiciones objetivas se presenten propicias y sobre la base de la insurgencia popular". Junto con cuestionar la "vía pacífica", que era considerada un "camino de conciliación", y la "vía electoral", que

correspondía "a las reglas del juego dictadas por la democracia burguesa", Corbalán concluía en forma perentoria: "el enfrentamiento de clase debe producirse y nosotros lo buscamos".

Pocos meses antes, en una línea similar, Raúl Ampuero, varias veces secretario general del partido entre 1946 y 1965, señalaba lo siguiente sobre el tema de la violencia: "su presencia en nuestras luchas políticas parece ineludible y sería un pecado de lesa optimismo el suponerla ajena a las tradiciones de nuestras clases dominantes y una ingenuidad imperdonable incurrir en la idealización de los instrumentos electorales" 77/. Ampuero realizaba estas consideraciones pues advertía que uno de los grandes vacíos en el análisis político al interior del Partido Socialista, era "el insuficiente desarrollo de la tesis del 'Frente de Trabajadores', en relación con los métodos de lucha". Junto con estimar que la presencia de la violencia era ineludible en la lucha política, se refería a la "contienda electoral" como a "una batalla de gran valor táctico", que no resuelve problemas de fondo.

Estos documentos acusaban un lenguaje notoriamente distinto en el Partido Socialista, especialmente en boca de dos de sus secretarios generales. Las resoluciones del pleno de agosto de 1961 recogieron un lenguaje similar. Un acápite de las mismas, basado "sobre todo" en el "triumfante proceso de la revolución cubana", sostenía lo siguiente: "si no es hoy, será mañana. Por una vía o por otra se acerca un enfrentamiento decisivo que ha de hacer posible la revolución socialista en Chile". Dichas resoluciones, junto con solidarizar activamente con Cuba, hacían notar "la profunda coincidencia entre la política del Gobierno Revolucionario de Cuba y nuestra línea del Frente de Trabajadores" 78/.

Esta suerte de identificación entre la tesis del Frente de Trabajadores, adoptada desde 1955, con la revolución cubana de 1959 fue confirmada en el informe de Salomón Corbalán al XIX Congreso del partido, realizado en noviembre de 1961. Junto con advertir un mayor acercamiento entre socialistas y comunistas, señalaba que la tesis del Frente de Traba-

jadores "ha recibido su confirmación cabal como tesis válida para nuestro continente en la revolución cubana. Allí se ha cumplido fielmente esto de que no es una revolución burguesa, de que sólo la puede realizar la clase trabajadora, obreros, asalariados y campesinos, y que desemboca fatalmente en transformaciones socialistas" 79/.

De esta manera, la revolución cubana se fue convirtiendo en el principal referente externo, con enormes implicancias para el desarrollo político del Partido Socialista. Junto con confirmar las tesis de la "revolución democrática de trabajadores" y del Frente de Trabajadores, ambos en un tono más cubanizado, el partido comenzó a alejarse de la "vía electoral" o "vía pacífica", insinuando la posibilidad de lo que más tarde sería la vía insurreccional y que a esas alturas Salomón Corbalán denominaba "insurgencia popular".

Las influencias externas habían variado desde el populismo latinoamericano alrededor de un proyecto socialista, nacional y popular, en el primer período, hasta la revolución cubana en este segundo período, confirmando lo que ya se insinuaba como un proyecto socialista, clasista y revolucionario, destinado a adquirir en el futuro un perfil más marcadamente leninista e insurreccional.

Las influencias externas adquirirían, de esta manera, una significativa importancia para el desarrollo político del partido. El propio Salomón Corbalán reconocía esta nueva dirección, en la sección destinada a la política internacional de su informe al XIX Congreso: "nuestras relaciones internacionales han venido variando especialmente en el panorama latinoamericano". Señalaba que hasta la década del 50 las relaciones privilegiadas eran con el MNR, "actualmente sometido a querellas internas"; el APRA, que "se ha transformado en punta de lanza del imperialismo", y Acción Democrática, que "ha tolerado el entreguismo imperialista de su gobierno" 80/. De esta manera, los referentes externos de la primera etapa pasaban al olvido y, Yugoslavia primero, pero sobre todo Cuba, pasaban a ser las nuevas influencias, con enorme implicancias políticas internas.

Nuevamente las elecciones; un factor adicional: la Democracia Cristiana

La tesis del Frente de Trabajadores había logrado consolidarse al interior del Partido Socialista, siendo ratificado en el XVIII Congreso de 1959 y el XIX Congreso de 1961, aunque marcada ahora por el impacto de la revolución cubana. No obstante, en esos años y en los siguientes, la práctica del partido estuvo atravesada por un claro signo electoralista. Bajo la secretaría general de Raúl Ampuero, entre 1961 y 1965, la tensión interna entre una retórica revolucionaria en torno al Frente de Trabajadores, que pretendía enfatizar el carácter clasista del partido, y una realidad mucho más compleja, de marcado signo electoralista afloró, como otras tantas veces. Sólo en el congreso de Linares, en 1965 y luego del triunfo demócratacristiano que condujo a Frei al poder, se reafirmó el carácter revolucionario y clasista del partido, el que adoptó una crítica frontal a las instituciones democráticas y, por primera vez, una definición leninista. Esta tendencia sería confirmada y profundizada en los congresos de Chillán, en 1967 y de La Serena en 1971.

El año 1962 estuvo marcado para el PS, por un espíritu bastante combativo, el que fue disminuyendo a medida que el país se sumía en una verdadera vorágine electoral, teniendo por delante las elecciones municipales de 1963, presidenciales de 1964, y parlamentarias de 1965. Fue así como, en un intercambio de cartas entre Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, y Raúl Ampuero, del Partido Socialista, a comienzos de 1962, éste último cuestionó decididamente la "vía pacífica" adoptada por los comunistas. Junto con rechazar una vez más la política de bloques a la que adhería el PC, Ampuero señaló que la vía pacífica tendía "a crear en las masas una falsa confianza en lo que pudiéramos llamar la 'normalidad' de las instituciones democráticas ... mientras nosotros, por el contrario, estamos convencidos de que, por la propia profundidad de la crisis social que vivimos, toda la formalidad del sistema republicano tradicional está siendo dolosamente barrenada para perpetuar en el poder a las minorías oligárquicas" 81/.

Una editorial de la revista ARAUCO, de febrero de 1962, consideraba la próxima elección presidencial como una consulta de "hondo contenido revolucionario" 82/, mientras que dos meses después Jaime Ahumada, secretario general de la juventud del partido, señalaba que se estaba "jugando la última carta dentro del marco de esta fraudulenta democracia representativa" 83/. Por su parte, Ampuero sentenciaba, en julio del mismo año, que las próximas elecciones presidenciales serían "la consagración formal de un irresistible movimiento revolucionario" 84/. El mismo Ampuero, en el pleno del Comité Central de diciembre de 1962, junto con rechazar la posibilidad de un entendimiento electoral con el PDC, por mostrarse éste último partidario de la Alianza para el Progreso, afirmaba: "si somos capaces de desafiar la formalidad de las instituciones burguesas en crisis, estamos convencidos de realizar una faena revolucionaria" 85/.

La intensidad de este espíritu combativo fue, sin embargo, disminuyendo con el tiempo. Las referencias a la revolución cubana fueron prácticamente eliminadas, especialmente frente a la siniestra campaña del terror montada por la derecha, que hacía ver los peligros que significaba el advenimiento de un régimen de tipo comunista. Las elecciones municipales de 1963 demostraron que la izquierda iba en ascenso, y se extremaron aún más los cuidados en el discurso político.

Aunque en las elecciones parlamentarias de 1961 el Partido Socialista había obtenido una votación casi idéntica a las anteriores de 1957 (10,7%), había razones suficientes para esperar buenos resultados en 1964. Allende había llegado segundo en la elección presidencial de 1958, a escaso margen de Alessandri; la izquierda estaba unida detrás de su candidatura para 1964; y se estimaba que una elección a tres bandas (derecha, centro e izquierda), unida a los magros resultados de la segunda mitad del gobierno de Alessandri, debían dar por seguro vencedor al candidato del FRAP.

El propio Allende tomó la iniciativa, procurando mostrar que la

campana del terror montada por la derecha, con el apoyo norteamericano, no tenía fundamento. En una entrevista concedida a la revista CUADERNOS, en enero de 1964, Allende señalaba que en el contexto latinoamericano, Chile era un "caso interesante, excepcional y hasta aleccionador" de lo que era "una correcta democracia representativa", añadiendo que lo que se necesitaba era "fortificarla en sus elementos reales". Aclaraba que la revolución chilena tendría lugar sin alterar "los hábitos cívicos que imperan", enfatizando la necesidad de un "perfeccionamiento de nuestro sistema electoral" 86/.

Allende no estaba con declaraciones como esta, creando una apariencia de legalismo y moderación que ocultara intenciones de signo contrario. Era su convicción, y lo fue siempre, que el socialismo era una profundización de la democracia y no una alternativa a la misma. Su tesis, que en cierto modo rompía con la tendencia que se venía insinuando anteriormente en el Partido Socialista, logró imponerse sorpresivamente en el XX Congreso de febrero de 1964, muy marcado por la proximidad de las elecciones presidenciales.

Dicho congreso descartó la vía insurreccional y señaló su confianza en el resultado de las próximas elecciones. El informe del Comité Central al congreso señalaba: "Enfrentamos las elecciones, pues, porque existen condiciones favorables para ganarlas, y porque, ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la revolución chilena. Además, porque objetivamente no existe otra opción" 87/.

Este congreso, que desde Linares en adelante sería enjuiciado por el propio partido en la forma más severa, señalándolo como un período de "reflujo" y "descenso", fue también el motivo por el cual un grupo de jóvenes (FJS) de Concepción, abandonó el partido. En 1965 pasarían a formar el "Movimiento de Izquierda Revolucionaria" (MIR). Señalaron dichos jóvenes que, ante las próximas elecciones presidenciales, el Partido Socialista había sustituido la línea revolucionaria por el oportunismo, y que la "vía pacífica se ha mostrado como la pantalla revisionista para

encubrir la colaboración de clases, el sometimiento a las instituciones democrático-burguesas y la seguridad de un gobierno no socialista, sumiendo de este modo al movimiento popular en un cretinismo electoral". Llamaban finalmente a "restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del revisionismo" 88/.

En marzo de 1964, una elección complementaria en el sur de Chile, cambió significativamente el panorama electoral. El abanderado de la izquierda, Oscar Naranjo, fue elegido diputado por un importante margen electoral, lo que hizo que la derecha, aterrorizada, optara en definitiva por apoyar en las próximas elecciones al candidato demócrata cristiano, Eduardo Frei. Ello significó que lo que había sido concebido en un principio como una elección a tres bandas, se transformara en una contienda a dos bandas, perjudicando las expectativas de la izquierda. Ello significó también, bajar aún más la intensidad ideológica en el debate público para conquistar a los sectores que pudieran no ver con buenos ojos la elección de un candidato del PDC apoyado por la derecha.

El pleno del Comité Central del Partido Socialista, en mayo de 1964, reflejó este nuevo tono, al señalar en una declaración pública dirigida "al pueblo de Chile", lo siguiente: el socialismo, "usando de las reglas del juego de una democracia formalista y tradicional, busca hacer los cambios reales que abran la perspectiva hacia la construcción de una sociedad más justa. Un camino legal, pero revolucionario, porque alterará las estructuras básicas en que se cimentan nuestras relaciones de producción. Sabemos que el socialismo es un proceso. Queremos llegar al socialismo, pero no buscando el camino brusco y violento" 89/.

Este tono mesurado también se refleja en una entrevista televisiva a Allende, en agosto del mismo año, un mes antes de las elecciones. Allende indicó allí que lo que su candidatura pretendía era, "dentro de los márgenes de la Constitución, fortalecer y ampliar las garantías individuales y establecer los derechos sociales". Añadía que la revolución chilena no sería como la cubana, "con sabor a ron y gusto a azúcar", si-

no con "sabor a empanadas y vino tinto". Insistió en que no se pretendía llevar a cabo la instauración de un régimen marxista, sino "democrático, nacional, popular y revolucionario", de transición al socialismo. Señaló que "no están dadas las condiciones para llegar al socialismo", y que, "nuestra posición tiene un sentido claramente nacional y no obedece a una posición marxista". Finalmente, al preguntársele por su opinión sobre Pedro Aguirre Cerda, ex-abanderado radical del Frente Popular, de quien Allende fuera ministro, señaló: "Espero, si soy elegido Presidente, dejar un recuerdo parecido. El fue un hombre leal al pueblo, a su programa y a sus convicciones" 90/.

Este lenguaje moderado, que estuvo presente en la vida del partido entre 1962 y 1964, y que procuraba morigerar la tendencia que venía desarrollándose en torno al Frente de Trabajadores, marcado a su vez por el impacto de la revolución cubana, no fue, sin embargo, exitoso. Eduardo Frei, el candidato de la Democracia Cristiana, apoyado por la derecha, obtuvo la mayoría absoluta de los votos, alcanzando el 56%, contra un 39% de Allende, convirtiéndose así en el nuevo Presidente de la República (1964-1970).

El ascenso de la Democracia Cristiana al poder habría de tener una importancia decisiva en el proceso de radicalización de la izquierda, en general, y del Partido Socialista en particular. Ello, por tres razones fundamentales: en primer lugar, porque la percepción de los socialistas era que el PDC, bajo la apariencia de un discurso progresista, formaba parte de los planes de Estados Unidos para América Latina, y representaba intereses de clase que, en definitiva, no podían ser diferentes de los de la derecha que la había apoyado electoralmente. La nueva fuerza en el gobierno era pues, ante los ojos de los socialistas, la "otra cara" del imperialismo y la "nueva cara" de la derecha. En segundo lugar, porque aunque lo anterior correspondía a la percepción de los socialistas, lo cierto es que la Democracia Cristiana arrebató a los socialistas, y a la izquierda en general, una buena parte de sus banderas

de lucha, con una dosis no despreciable de arraigo popular. Políticas como la sindicalización campesina, la reforma agraria, y la chilenización o nacionalización del cobre, entre otras, impulsados desde el gobierno, correspondían a consignas largamente proclamadas por los partidos de izquierda. En tercer lugar, porque la Democracia Cristiana ocupó el centro político chileno de un modo aplastante y excluyente, lo que contribuyó a empujar a la izquierda más hacia la izquierda y a la derecha más hacia la derecha.

Estos tres elementos contribuyeron poderosamente a la ulterior radicalización del Partido Socialista. Aunque los rasgos más sobresalientes de dicha radicalización ya estaban bastante definidos a comienzos de la década del 60, la elección de Frei, en 1964, y el ascenso al poder del gobierno demócrata cristiano, con las características ya señaladas, llevaron al Partido Socialista a acentuar aún más sus posiciones, para diferenciar claramente su propio perfil ideológico (revolucionario) de la experiencia demócrata-cristiana (reformista). Fue así como, para el Partido Socialista, el reformismo pasó a ser el peor enemigo de la revolución. De allí la famosa frase del nuevo secretario general del Partido Socialista, Aniceto Rodríguez, sobre la actitud de los socialistas frente al gobierno demócrata-cristiano: "le negaremos la sal y el agua".

El tema de la revolución cubana y la solidaridad de los socialistas chilenos con dicho proceso, estaba nuevamente en la discusión. En efecto, la primera actitud de rechazo de los socialistas hacia el PDC provino de las simpatías de éste último por la "Alianza para el Progreso". Para los socialistas, esta era la respuesta del imperialismo a la revolución cubana, y la DC se sumaba a dicha estrategia. Surgía la Alianza para el Progreso, según la opinión del secretario general del Partido Socialista, Salomón Corbalán, "por el terror que siente el imperialismo por el ejemplo de Cuba" 91/. Ante el XIX Congreso del partido, el mismo Corbalán llamó a la Alianza para el Progreso, "la nueva careta del impe-

rialismo". Señaló que se trataba de una "tercera alternativa", distinta de la "continuista" y la "revolucionaria", encaminada a producir reformas importantes (agraria, tributaria, etc.) para contener el avance comunista 92/.

Aunque Corbalán estaba pensando en los radicales (1961) como los aliados del imperialismo al interior de esta nueva estrategia, pronto los socialistas llegaron a la conclusión de que el verdadero socio de Estados Unidos era el PDC. Fue así como descartaron una alianza electoral en 1962 con este partido, considerando que el apoyo del PDC a la Alianza para el Progreso era incompatible con la política del FRAP.

Pero más allá de las simpatías del PDC por Estados Unidos y la Alianza para el Progreso, o el hecho de ser percibido como la "nueva cara" de la derecha, fue el carácter progresista de dicho partido, que postulaba la "Revolución en Libertad", lo que hizo temer a los socialistas que pudiera erosionárseles su propia base electoral, arrebatándoles sus banderas de lucha. Una editorial de ARAUCO, dos meses después de la elección presidencial, resumió elocuentemente este punto: "Pocas veces el movimiento de izquierda se había encontrado frente a una disyuntiva más peligrosa que el enfrentamiento a un gobierno de las características del de la DC" 92/. El congreso de Linares, en 1965, confirmó esta impresión, llamando a no subestimar el apoyo popular con que cuenta el PDC: "Tenemos que enfrentarnos por primera vez a un gobierno que, con objetivos distintos a los nuestros, moviliza al pueblo con un programa que en muchos aspectos es nuestro programa" 94/.

Había, pues, que demostrar a toda costa que la DC representaba una línea de continuidad con el pasado, y que más allá de toda apariencia ésta expresaba un interés de clase no sustancialmente distinto del de la derecha, y un proyecto concordante con los planes de Estados Unidos para América Latina. Esto era lo que la DC representaba para los socialistas y que un editorial de ARAUCO comparó con el caso del Gato Pardo: "es necesario que algo cambie para que todo permanezca igual" 95/.

Desde la perspectiva socialista se trataba de demostrar que, a lo más, el reformismo DC era un cambio de tipo cosmético y que las grandes transformaciones socio-económicas quedaban pendientes. Ello permitiría reafirmar el perfil propio para diferenciarlo del de la DC. Haciendo un balance de los dos primeros años del gobierno de Frei, Carlos Altamirano, miembro del Comité Central del Partido Socialista desde 1965 y posterior secretario general del partido, señalaba: "El gobierno demócrata cristiano no es el primer gobierno reformista de Chile: es el último de un ciclo iniciado en 1938, con el advenimiento al poder del Frente Popular" 96/.

A lo anterior hay que agregar que el carácter aplastante del triunfo demócrata cristiano, lo condujo a una práctica política excluyente. Aunque la mayoría absoluta obtenida por Frei en 1964 fue el producto del apoyo de la derecha, la mayoría obtenida en las elecciones parlamentarias de 1965 correspondió a la votación propia del PDC. En el lapso de cuatro años el partido en el gobierno logró casi triplicar su votación anterior, pasando de un 15% en las elecciones parlamentarias de 1961, a un 42% en 1965. Esto afirmó su pretensión de gobernar como partido único, pues pasó a contar con una mayoría absoluta de diputados en la Cámara, aunque no de senadores, los que se renovaban cada cuatro años en forma parcial.

Pero no fue sólo el carácter aplastante del triunfo electoral lo que condujo al PDC a una política excluyente. El carácter de dicho partido, altamente ideológico, introdujo claramente una nueva dinámica en el sistema de partidos chileno. Como partido ideológico, el PDC incorporó un grado de rigidez e inflexibilidad incompatible con las reglas del Estado de Compromiso, que hasta entonces había descansado en la capacidad de negociación de las fuerzas políticas. Ello había sido posible, en gran parte, por la gravitación en el centro de un Partido Radical altamente flexible y pragmático, que había buscado aliados tanto hacia la derecha como hacia la izquierda. La tesis del "camino propio" del PDC, en

cambio, suponía que era posible avanzar transformaciones profundas sin aliados en el poder, a través de un proyecto globalizante y, por lo mismo, excluyente. Con el triunfo contundente de la DC, un centro flexible fue reemplazado por un centro ideológico y rígido, que empujó a la izquierda hacia la izquierda y a la derecha hacia la derecha, impulsando fuerzas centrífugas al interior del sistema político, el que adquirió un grado de extrema polarización. Tal vez como ninguno otro el Partido Socialista se integró a esta nueva dinámica 97/.

Tres Congresos: Linares (1965); Chillán (1967) y La Serena (1971)

Hemos puesto el énfasis en tres aspectos que estimamos determinantes en el proceso de leninización del Partido Socialista, proceso que se perfiló aún más claramente en los congresos de Linares, Chillán y La Serena, creando una tensión no resuelta con la Vía Allendista al Socialismo: la decepción con el "frente populismo", que abarca desde Aguirre Cerda hasta Ibáñez; la influencia de la revolución cubana, y la elección presidencial de 1964 que llevó a la Democracia Cristiana al poder.

A través de estos tres elementos, y en torno a la tesis del Frente de Trabajadores, ahora en un tono más cubanizado, el Partido Socialista fue adoptando cada vez más una posición de cuestionamiento radical de la "vía electoral", y de las propias instituciones democráticas. Los congresos de Linares, Chillán y La Serena adoptaron como definición ideológica el leninismo, con creciente predominio interno- especialmente en el Comité Central- de elementos trotskistas y guerrilleros, con lo que aumentaron las contradicciones internas de un partido cuya práctica política seguiría resistiéndose al nuevo giro ideológico.

Un pleno del Comité Central del Partido Socialista, convocado para diciembre de 1964, dos meses después de la elección presidencial, inició el proceso de auto-crítica. La resolución de dicho pleno señaló que había que enfatizar la línea revolucionaria del Frente de Trabajadores, desdibujada en las jornadas de la campaña electoral de 1964. Añadía que, "esos resultados (electorales) han echado por la borda las formas tradi-

cionales y el espíritu que han presidido las acciones de la izquierda" 98/.

Esta actitud recibió una absoluta confirmación en el XXI Congreso de junio de 1965, llamado comúnmente el "Congreso de Linares", convocado luego de las elecciones parlamentarias de marzo del mismo año, en las que el PDC obtuvo el 42% de los votos, contra el 10% de los socialistas. Ello confirmaba, según las resoluciones de dicho congreso, las escasas o nulas posibilidades de acceder al poder por el camino electoral.

El voto aprobado en dicho congreso fue el redactado por Adonis Sepúlveda, representante del ala trotskista del partido, miembro del Comité Central desde 1964, y próximo subsecretario general del PS 99/. Sepúlveda señaló que la campaña presidencial de 1964 desdibujó la política del FRAP en torno al Frente de Trabajadores, adoptada como tesis de la izquierda desde 1957 en adelante. Añadía que la derrota de 1964 demostró el "callejón sin salida del democratismo burgués". Fuimos arrastrados, dice, "por una puerta falsa, al respeto de la institucionalidad burguesa y a la política de las 'vías pacíficas' ". Fustigó al partido por haber optado, en su XX Congreso de 1964, por lo que denominó "la ilusión de la 'vía pacífica' que pregona el Partido Comunista, pero jamás nuestra legítima línea del Frente de Trabajadores".

Haciendo alusión al "camino legal" de Allende, señaló que los que creyeron en "el veredicto democrático de las urnas", deben "asumir también, ahora, la cuota de responsabilidad que les corresponde en la derrota". Concluía indicando que, "nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder".

El voto de Sepúlveda advertía que "la no conducción de la lucha social hacia un enfrentamiento decisivo de clases y su orientación exclusiva por la vía electoral, presentando este camino como una etapa de la revolución chilena, dejó a ésta sin otra posibilidad que el triunfo en las urnas". Añadía que "no hay ni puede haber sino una revolución: la que lleve al poder a la clase obrera y al pueblo para realizar a través de un solo

proceso las tareas incumplidas de la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista. La respuesta ... es la transformación revolucionaria del régimen actual por la clase obrera convertida en clase gobernante".

Junto con señalar que el dilema de la "vía electoral" o la "vía insurreccional" era falso, pues los métodos de lucha los determina el proceso revolucionario, agregaba: "La insurrección se tendrá que producir cuando la dirección del movimiento popular comprenda que el proceso social, que ella misma ha impulsado, ha llegado a su madurez y se disponga a servir de partera de la revolución".

Este voto fue aprobado por el congreso en referencia e incluido en las resoluciones del mismo 100/. El documento central de dicho congreso concluía que las condiciones "objetivas" para la revolución en Chile estaban dadas pero no así las "subjetivas", las que eran de responsabilidad de la "vanguardia" de la clase obrera. Señalaba que el período entre 1961 y 1964, caracterizado por un electoralismo exacerbado, era de "descenso" ("reflujo político" lo llama Jobet 101/) y llamaba, como se ha dicho, a la transformación revolucionaria del régimen vigente por la clase obrera convertida en clase gobernante. Indicaba que "sólo una concepción revolucionaria, una concepción marxista-leninista consecuente, nos permitirá una congruencia efectiva entre la estrategia y la acción diaria". Llamaba, finalmente, a transformar al Partido Socialista en una "vanguardia"; un "partido de cuadros fundido a la lucha de las masas para conducir a la conquista del poder" 102/.

Hemos querido citar extensamente los documentos y resoluciones del Congreso de Linares, basados en el voto presentado por Adonis Sepúlveda, para enfatizar el nuevo lenguaje que el partido va adoptando oficialmente, en la fase en que comienza a asumir una línea declaradamente leninista.

Esta tendencia se acentúa aún más en el período comprendido entre el congreso de Linares, en 1965, y el XXII Congreso, de noviembre de 1967, también conocido como el "Congreso de Chillán". En dicho período el Partido Socialista nuevamente volvió su mirada a la revolución continental

y readecuó su estructura interna a las nuevas definiciones ideológicas. También experimentó, como veremos, nuevas divisiones internas.

Luego del congreso de Linares, una delegación del Partido Socialista concurre a la reunión tricontinental celebrada en La Habana, en enero de 1966, la que reunió a representantes del movimiento revolucionario mundial y continental 103/. Dicha reunión contó con la presencia de partidos y movimientos revolucionarios de Asia, Africa y América Latina, y la delegación de los socialistas chilenos estuvo conformada por Salvador Allende, Clodomiro Almeyda, y Walterio Fierro.

Aunque la delegación chilena en su conjunto no suscribió los acuerdos de la conferencia, fundamentalmente por la oposición del PC a algunas de sus conclusiones, la delegación socialista asumió un rol muy activo. A instancias de sus tres delegados se decidió la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), a fin de estrechar los lazos del movimiento revolucionario latinoamericano. Reunida por primera vez -y por última también- en julio-agosto de 1967 en La Habana, la organización consagró la "vía armada" como línea fundamental, aunque no única, para la "liberación latinoamericana" 104. Pese a su impulso inicial, la OLAS perdió toda importancia al poco tiempo.

La actitud de cierta reticencia que había adoptado el Partido Comunista en la reunión tricontinental, demostraba el poco entusiasmo que en esos momentos dicho partido sentía por cierto tipo de estrategias revolucionarias, lo que se reflejó también en un nuevo intercambio de cartas entre el Partido Comunista y el Partido Socialista chileno. A mediados de 1966, Aniceto Rodríguez, secretario general del partido, escribió una carta a Luis Corvalán, en la que indicaba que en el pasado reciente, había sido un error táctico haber preferido el "triunfo de las urnas" a un "enfrentamiento decisivo de clases" 105/. Ratificando lo dicho sobre la importancia de la elección de 1964, Rodríguez señalaba que dicho acontecimiento creó "una nueva situación política que determina ritmos distintos y métodos también diferentes de trabajo". Pese a las diferencias, llamaba a socialistas y a comunistas a fortalecer su alianza como

representantes de la clase trabajadora.

En agosto de 1966 tuvo lugar la Conferencia Nacional de Organización, cuya realización había sido acordada en el Congreso de Linares. Su preparación estuvo a cargo de Adonis Sepúlveda y tuvo por objeto readecuar los estatutos y la estructura partidaria a las definiciones ideológicas del congreso anterior 106/. Estos estatutos, y la estructura partidaria que de ellos resultó, fueron aprobados en el Congreso de Chillán, en noviembre de 1967.

Dichos estatutos afirmaron como doctrina del partido el "marxismo-leninismo", concepto que correspondía al "Conjunto del pensamiento" de los fundadores del "socialismo científico" (se cita a Marx, Engels y Lenin), a la vez que definía al Partido como "vanguardia revolucionaria" de los trabajadores y partido de clase. La vida interna del PS pasó a ser regida por los principios del "centralismo democrático". De esta manera se buscaba contar con un partido funcional a las definiciones ideológicas y programáticas del congreso de Linares. Sin embargo, ello no impidió, como veremos más adelante, que el partido siguiera inmerso en una práctica discordante con dichos principios, eligiendo directivas que poco tenían que ver con los mismos.

1967 fue un año de reafirmación de este nuevo perfil ideológico, y de divisiones internas. Lo primero estuvo dado por la realización del Congreso de Chillán, y lo segundo por la expulsión de Raúl Ampuero y otros, los que pasaron a formar, en octubre del mismo año, la Unión Socialista Popular" (USP).

Es difícil encontrar la verdadera razón de la expulsión de Ampuero, varias veces secretario-general del partido entre 1946 y 1965, y de quienes solidarizaron con él. Buena parte de las explicaciones parecen referirse a problemas de liderazgos internos en el PS. 107/

En una entrevista en la revista PUNTO FINAL, Ampuero aludió a discrepancias con un Comité Central que, según él, carecía de línea propia y se encontraba dividido. Acusó a dicho Comité Central de abolir la

democracia interna y de abandonar progresivamente la línea del Frente de Trabajadores. Ello decía relación, entre otras cosas, con cierta falta de decisión en cuanto a un rechazo más tajante hacia los radicales desde la propia perspectiva "antiimperialista, clasista y revolucionaria". Hay que recordar que Ampuero ganó la secretaría general del partido para los anti-colaboracionistas, en 1946, y que fué el que con mayor vigor impulsó la línea del frente de Trabajadores desde la década del 50. Por último, en dicha entrevista, el dirigente no eludió cierto grado de rivalidad con Allende, pensando en las cercanas elecciones presidenciales de 1970.

En un libro suyo de 1969, "La Izquierda en Punto Muerto", Ampuero también se refería a la división de 1967. Acusaba a Allende y al FRAP, en especial a los comunistas, de haber incurrido en un marcado "electoralismo" y de ser demasiado "contemporizadores", careciendo de "auténtica voluntad revolucionario". Advirtió, asimismo, una pugna entre el "personalismo" de Allende y el propio partido, y acusaba a este último de haber incurrido en una "dictadura burocrática", en la segunda mitad de los años sesenta. Señalaba que el FRAP "está cualitativa y numericamente debilitado", y que el Allendismo, así como el FRAP, exhibían un estado de "senectud precoz" 108/. De todo lo anterior, concluía, y de ahí el título del libro, que la izquierda se encontraba en "punto muerto", y que en esas condiciones no podía enfrentar con éxito las elecciones de 1970.

Ampuero había participado muy decididamente en la auto-crítica del partido tras la derrota electoral de 1964. Parte de su posición posterior, se explica por su eterna rivalidad con Allende, pero el grueso de su argumento era la necesidad de variar la línea del partido. Algunos años más tarde diría lo siguiente sobre dicho proceso: "sentimos la necesidad, frente a la segunda derrota electoral del FRAP, de abandonar la vía pacífica y de enfocar nuestra atención en la lucha armada como la única manera a través de la cual el proletariado podría alcanzar el poder" 109/.

El hecho es que por actitudes de oposición interna y por razones de disciplina, los senadores Ampuero y Chadwick fueron expulsados del par

tido en 1967. Solidarizaron con ellos, entre otros, los diputados Oscar Naranjo y Ramón Silva Ulloa, y en conjunto concurrieron en octubre de 1967, a la formación de la USP, partido que alcanzó más adelante una insignificante cuota electoral.

Sin duda que ese año el gran acontecimiento en la vida interna del Partido Socialista fue el Congreso de Chillán, celebrado en noviembre. Descartada la vía electoral como mecanismo de acceso al poder en el Congreso de Linares, el que adoptó el leninismo como definición ideológica, llamando a convertir a la clase obrera en clase gobernante, el Congreso de Chillán dio un nuevo paso adelante en esta misma línea 110/.

Lo primero fue rechazar el apoyo solicitado por los radicales para la candidatura de Alberto Baltra, representante de la izquierda de dicho partido para una elección complementaria que elegía senador por tres provincias del sur. Reafirmando la incompatibilidad del FRAP y del Frente de Trabajadores con cualquiera alianza, política o electoral, con los radicales, el voto aprobado calificó dicha petición, apoyada por los comunistas, "como una maniobra que pretende reconstituir la caduca combinación del Frente Popular". Ello conduciría a generar nuevas "ilusiones electoralistas", a la vez que aseguraría la supervivencia de un "partido caduco" 111/.

El voto aprobado en dicho Congreso, junto con definir al Partido Socialista como "organización marxista-leninista", señaló que "la violencia revolucionaria es inevitable y legítima". Es más, se aseguró, constituía la "única vía" que conduce a la toma del poder, mientras que las "formas pacíficas o legales de lucha" no conducían por sí mismas al poder; eran más bien, "instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada". El voto ratificó la adhesión al FRAP y al Frente de Trabajadores y señaló que la revolución cubana había dado lugar a acontecimientos que iban "continentalizando el proceso revolucionario y desplazándolo al terreno de la violencia". La creación de la OLAS, manifestación de esta tendencia, "refleja la nueva

dimensión continental y armada que ha adquirido el proceso revolucionario latinoamericano". Rechazó la conciliación entre las clases y señaló que, "en resumen, se están desgastando con extraordinaria rapidez las bases del régimen democrático burgués, hasta ahora relativamente estable en nuestro país" 112/.

¿Quién ganó y quién perdió en el Congreso de Chillán? El gran derrotado fue Allende, a quien incluso se le impidió formar parte del nuevo Comité Central. El Allendismo, identificado con el "electoralismo" fue el gran perdedor. También Aniceto Rodríguez fue políticamente derrotado -en cuanto representante del ala moderada del partido- aunque no así orgánicamente, pues fue reelegido como secretario general. Esta manifiesta contradicción puede explicarse por varias razones: a esas alturas el secretario general aún era elegido por la Asamblea General (desde 1971 sería elegido por el Comité Central), y en las bases Aniceto Rodríguez era bastante popular; a su lado estaba Adonis Sepúlveda, lo que daba garantías al sector radicalizado cuya línea política se había impuesto; y, finalmente, la designación de Aniceto evitaba una eventual división del partido, pues era hombre de consenso.

¿Quién ganó en dicho Congreso, entonces? El gran vencedor fue lo que podríamos denominar el "polo revolucionario" del partido, conformado, entre otros, por la juventud, ciertos regionales claves (Santiago Cordillera, Concepción, Chillán, etc), algunos elementos del tronco trotskista como Adonis Sepúlveda y otros, personalidades importantes como Clodomiro Almeyda y, en general, sectores radicalizados del partido 113/.

Junto con las contradicciones internas del propio partido, que en ambos congresos (Linares y Chillán) eligió a un secretario general del ala más moderada como era el caso de Aniceto Rodríguez, y pese a las categóricas definiciones ideológicas, una vez más el partido se sumió de lleno en el proceso electoral, ante la proximidad de las elecciones parlamentarias que se celebrarían en 1969: "la aplicación de la línea revolucionaria aprobada en el Congreso de Chillán se encontró entrabada por la proxi

midad de las elecciones parlamentarias" 114/.

No obstante, hubo quienes al interior del Partido Socialista estuvieron por implementar en forma más consistente la nueva línea del partido, fijada en 1965 y 1967 y que se venía perfilando desde 1955. El caso más notable fue el de Carlos Altamirano quien, pese a ser diputado desde 1961 y senador desde 1965, fustigó duramente al parlamento, en cuanto expresión de la "institucionalidad democrático-burguesa". Lo hizo en un documento desde el interior de la cárcel, en la que se encontraba en 1968, luego de haber sido desaforado como parlamentario a raíz de unas declaraciones aparentemente ofensivas para las Fuerzas Armadas.

Esta actitud de Altamirano, quien asumiría como secretario general del partido en 1971, era bastante poco usual, pues uno de los pilares del Partido Socialista había sido, desde 1932 en adelante, la "Brigada Parlamentaria". Ella gozaba de gran prestigio, y por las bancas del Congreso Nacional habían pasado los más destacados personeros socialistas. Hasta marzo de 1973, al interior de dicha brigada se podían distinguir los parlamentarios socialistas del ala más moderada, dirigidos por Aniceto Rodríguez.

El artículo de Altamirano señalaba que el parlamento había perdido "poder efectivo", por lo que se refería al mismo como "tigre de papel", tomando la expresión de Mao Tse Tung. Señaló que la participación en el parlamento producía "desviaciones electoralistas", negando que éste pudie-ra llegar a ser factor de "transformaciones" y de "democratización". Esto último dependería según Altamirano, "en definitiva y casi exclusivamente de la correlación de fuerzas existentes entre la clase explotada y la clase explotadora", lo que era propio de una "revolución social".

Añadía que el parlamento, pilar de la "institucionalidad democrático-burguesa", no cumplía una función revolucionaria; "el poder revolucionario radica en las masas". Junto con señalar que la estrategia revolucionaria global debía consistir en la conquista del poder político, concluía lo siguiente: "La acción parlamentaria y la vía electoral sólo pue

den presentar una utilidad en la medida que logren insertarse en una estrategia general revolucionaria de toma del poder" 115/.

Pese a lo anterior, el Partido Socialista concentró sus esfuerzos en las próximas elecciones. Ellas tuvieron lugar en marzo de 1969 y los socialistas obtuvieron un 12% de la votación, porcentaje levemente superior a las de 1961 y 1965 116/. La división de 1967 costó a los socialistas 2 senadores y 4 diputados, pero aún así el partido logró mejorar levemente su votación anterior. Con todo, los resultados demostraban las escasas posibilidades de acceder al poder por la vía electoral.

Este último fue el espíritu que primó en el pleno del Comité Central de junio de 1969, tres meses después de las elecciones parlamentarias. La gran preocupación comenzaba a ser la próxima elección presidencial establecida para septiembre de 1970. Dicho pleno confirmó el rechazo a la "vía pacífica", una clara alusión a los comunistas, y llamó a la conformación de un "Frente Revolucionario", que reuniera a todas las fuerzas anti-capitalistas y anti-imperialistas. Estas deberían probar en los hechos este doble carácter. La unidad dependería, pues, de la "conducta rupturista frente a la institucionalidad burguesa y del compromiso con las luchas revolucionarias del pueblo chileno" 117/.

En el período comprendido entre el Congreso de Chillán (1967) y el Congreso de La Serena (1971) emergían, pues, todas las contradicciones propias de un partido socialista declaradamente marxista-leninista, que actuaba al interior de una institucionalidad democrática que se proponía remover. Al centro de la discusión estaba la cuestión de las "vías de acceso al poder" y poco se había avanzado en torno a la naturaleza del proyecto socialista una vez que el Partido lograra eventualmente, llegar al poder. La fuerza de los hechos lograba siempre imponerse a una retórica que, no obstante, iba permeando cada vez más la práctica política.

Lo cierto fue que la proximidad de las elecciones presidenciales impuso nuevamente la necesidad de volcarse a la lucha electoral. La cuarta candidatura presidencial de Salvador Allende fue, finalmente, coronada

con el éxito, al ser elegido Presidente de la República con una mayoría relativa del 37% de los votos 118/. En una elección a tres bandas el candidato de la Unidad Popular se impuso por estrecho margen al candidato de la derecha. Al ser sometida la decisión final al examen del Congreso, el que debía elegir entre las dos primeras mayorías relativas, de acuerdo a la Constitución, éste respaldó al candidato socialista con los votos del PDC, a cambio de suscribir un Pacto de Garantías Democráticas que se incorporó al texto de la Constitución.

No fue fácil proclamar a Allende candidato presidencial, lo que se hizo efectivo en enero de 1970. El dirigente era minoría en su propio partido y además necesitaba contar con el apoyo de los demás partidos miembros de la Unidad Popular, la coalición que lo llevó finalmente al poder. El Partido Comunista habría preferido apoyar a un candidato radical, como Alberto Baltra, reeditando, de alguna manera, el esquema del Frente Popular. Nuevamente la tesis del Frente de Liberación Nacional de los comunistas chocó con la tesis del Frente de Trabajadores de los socialistas 119/.

Estos últimos consideraban inaceptable la proposición de los comunistas, lo que habría significado contravenir abiertamente la posición ideológica del partido. No obstante, gracias a la labor de Allende, que desde su primera candidatura presidencial de 1952 se había entendido bien con los comunistas, y en consideración a que los radicales habían optado por una línea más bien de izquierda, según lo demostraban sus últimos congresos de 1967 y 1969, se logró constituir la Unidad Popular en torno a la candidatura de Allende. Ella incluyó también al "Movimiento de Acción Popular Unitario" (MAPU), partido que se había escindido del PDC en 1969. Aunque la UP no era precisamente la expresión más fiel del "Frente Revolucionario" acordado por el Partido Socialista en junio de 1969, esta fórmula, más próxima a la estrategia comunista que a la socialista, logró finalmente imponerse, culminando en la elección de Allende como nuevo Presidente de Chile (1970-1973).

Los principales elementos de la plataforma electoral de la candidatura de Allende estuvieron contenidos en el programa de la Unidad Popular 120/. Dicho programa señaló que Chile se encontraba en una "crisis profunda", que el reformismo era incapaz de resolver. Definido como un país "capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capitalismo extranjero", Chile era un lugar en que las recetas reformistas y desarrollistas impulsadas por la Alianza para el Progreso recogidas por el gobierno de Frei no habían logrado resolver los problemas básicos.

En síntesis, como señala Rojas, "el programa procuraba transformar una democracia que había estado limitada por relaciones sociales capitalistas" 121/. En efecto, dicho programa señaló que "el desarrollo del capitalismo monopolista niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia antipopular". La profundización democrática sólo era posible en base a la acción unitaria y combativa "de la inmensa mayoría de los chilenos". Para ello sería necesaria una "movilización social" en base a la creación de "Comités de la Unidad Popular", los que, junto con interpretar las reivindicaciones más inmediatas, "se prepararán para ejercer el Poder Popular".

Este Poder Popular, según el programa, estaba relacionado con la necesidad de que "el pueblo chileno tome en sus manos el poder y lo ejerza real y efectivamente". Junto con la necesidad de defender las "libertades y garantías democráticas", producto de un "largo proceso de lucha", y de "preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores", se hacía necesario "transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder". En este proceso de transformaciones y "profundización de la democracia", el gobierno "garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo".

Este proceso de democratización y movilización organizada de las masas, añadía el programa, dará lugar a una nueva estructura de poder, basada en una "Asamblea del Pueblo" que se constituiría en la máxima expresión de la soberanía popular. Tanto esta Asamblea como los demás órganos de poder deberían asegurar "sobre todo, el respeto a la voluntad mayoritaria".

En el área económica se proponían una serie de medidas las que tenían por objeto "iniciar la construcción del socialismo". Junto a un sistema nacional de planificación económica se impulsaba la creación de un "Area de Propiedad Social", con un área estatal dominante. Ello requeriría de expropiaciones y nacionalizaciones que se enunciaban en términos generales. También se reconocía la existencia de un área de propiedad privada y un área mixta. Se señalaban, adicionalmente, otras medidas en los campos de la justicia, defensa nacional, educación y política internacional.

Este fue el programa de la Unidad Popular que condujo a Salvador Allende a la Presidencia de la República en 1970, programa que contenía algunos de los aspectos básicos de lo que sería la Vía Allendista al Socialismo.

Una de las preocupaciones fundamentales del Partido Socialista era que las definiciones contenidas en los Congresos de Linares y Chillán fueran a ser implementadas efectivamente, y no fueran a desdibujarse bajo el nuevo gobierno popular, especialmente considerando la influencia decisiva del PC en la redacción del programa, así como su presencia hegemónica en la UP, y la inclinación electoralista del Allendismo. Para ello se convocó al Congreso de La Serena, que tuvo lugar sólo dos meses después que Allende asumiera el poder, en enero de 1971 122/.

Un intenso debate tuvo lugar en dicho congreso entre Aniceto Rodríguez, que aspiraba a la reelección, y Carlos Altamirano, que deseaba imprimirle un nuevo sello, revolucionario, a la dirección del partido. La primera derrota para Rodríguez estuvo constituida por la no aprobación

de la cuenta política que rindiera sobre su mandato reciente. Del total de 156 delegados que asistieron a dicho congreso, sólo 53 aprobaron la cuenta del secretario general. Un número de 79 delegados se abstuvo, lo que representaba un rechazo tácito de la cuenta. Es interesante señalar que 11 de los 15 parlamentarios socialistas apoyaban a Rodríguez en este congreso, lo que confirma lo dicho en cuanto a que la Brigada Parlamentaria socialista correspondía, en general, a una tendencia moderada al interior del partido.

La asamblea decidió elevar el número de miembros del Comité Central de 28 a 45, modificando el procedimiento anterior en el sentido de que, en adelante, el secretario general sería elegido por el Comité Central y no por la asamblea. En el momento de la elección del Comité Central los delegados de Aniceto Rodríguez (un tercio del total) se habían retirado, con lo cual los restantes delegados eligieron un comité que contaba con una mayoría aplastante de delegados partidarios de Altamirano. Este último fue elegido nuevo secretario general del partido, por decisión del nuevo Comité Central y de acuerdo a las modificaciones estatutarias recientes. Se eligió una Comisión Política de 15 miembros, en la que, junto a Altamirano como secretario general, fue elegido Adonis Sepúlveda como subsecretario general 123/.

El Congreso de La Serena marcó un punto de inflexión en esta última etapa de desarrollo del Partido Socialista. La nueva composición de la dirección superior del partido expresó el ascenso del nuevo elemento militarista que había surgido en la vida interna del partido desde mediados de los años 60, y demostró cómo las concepciones leninistas hacían presa de la estructura partidaria.

Aún cuando en ese momento no podía hablarse de "centralismo democrático" propiamente tal (cuestión que, más allá de las definiciones, nunca se hizo realidad en la vida interna del partido), y aunque subsistía una cierta heterogeneidad, el nuevo elemento militarista adquirió una presencia desequilibrante, lo que fue facilitando por el retiro del Congreso

de los delegados de Aniceto Rodríguez (los "chetistas"), dejando el terreno despejado para el ascenso de estos nuevos elementos.

En 1971, en el Congreso de La Serena, culminó un proceso que fue fraguado desde la segunda mitad de la década anterior por el polo leninista del partido. Este se expresó en cuatro niveles fundamentales, los que quedaron reflejados en la nueva composición de la estructura partidaria superior (un Comité Central de 45 miembros y una Comisión Política de 15).

El primer nivel correspondía al ámbito de la discusión ideológica y de las definiciones leninistas, y era controlado por elementos trotskistas. Sus representantes en el Comité Central quedaron constituídos por Adonis Sepúlveda, Subsecretario General del partido, Iván Núñez y Jorge Mac Ginty, representantes del regional Santiago Cordillera; Belarmino Elgueta y Julio Benítez, éste último proveniente del sector sindical. Sepúlveda, Mac Ginty y Elgueta tuvieron una influencia fundamental en el plano de las definiciones ideológicas que fue adoptando el partido desde 1965 en adelante. Adonis Sepúlveda había sido el redactor del voto político aprobado en el Congreso de Linares, y el autor de la reorganización del partido reflejada en los nuevos estatutos aprobados en el Congreso de Chillán y llevados a la práctica en el Congreso de La Serena.

El segundo nivel correspondía al de la estructura partidaria propiamente tal, que tenía que responder a las nuevas concepciones leninistas adoptadas en el plano ideológico. La influencia principal, a este respecto, la ejercieron los "Elenos", integrantes del "Ejército de Liberación Nacional", formado a mediados de los años 60, con entrenamiento militar en Cuba. Este nuevo elemento guerrillero se integró orgánicamente al partido en 1971. Algunos de sus integrantes habían luchado con el Ché Guevara en Bolivia. Uno de ellos, Elmo Catalán, muerto en combate, dio lugar al nombre del grupo de choque formado por el Partido Socialista después de 1970, la "Brigada Elmo Catalán". Formaba también parte de los "Elenos", Beatriz ("Tati") Allende, hija de Salvador Allende.

Los "Elenos" fueron planeando cuidadosamente la toma del poder in

terno en el Partido Socialista, lo que fue logrado en el Congreso de La Serena, cuando 16 de sus miembros se incorporaron a un Comité Central de 45 miembros. Rolando Calderón, quien había formado una estructura militar al interior del partido conocida como ORGANA, pasó a formar parte de la Comisión Política, junto a Exequiel Ponce (Subsecretario Nacional del Frente Interno), Hernán Coloma (Regional Santiago Cordillera, Jefe del Departamento de Propaganda y Comunicaciones) y Ricardo Lagos Salinas. Junto a ellos, Pedro Adrián, Eduardo Paredes, Rafael Merino, Arnoldo Camu (Regional Santiago Centro y uno de los principales líderes "Elenos"), Leonardo Hagel, Esteban Bucat, Ariel Ulloa (Secretario Nacional de Organización), Juan Avila, Eduardo Mella y Luis Madariaga, pasaron a formar parte del nuevo Comité Central. Por último estaba el caso de Carlos Lorca, jefe de la juventud socialista (FJS), quien integraba el Comité Central por derecho propio.

El tercer nivel recogía la gravitación de ciertos grupos de influencia, los que tuvieron mucha importancia en la vida interna del partido a comienzos de los años 70. Tal era el caso del Departamento Nacional Agrario y del Departamento Sindical, el primero de ellos a cargo de Rolando Calderón y el segundo a cargo de Exequiel Ponce, ambos "Elenos" y miembros del Comité Central.

El cuarto y último nivel estaba dado por ciertos regionales claves en la vida interna del partido, como eran el Regional Santiago Cordillera, representado en el Comité Central por Iván Núñez y Jorge Mac Ginty (trotskistas), Hernán Coloma ("Eleno") y Víctor Barberis (Altamiranista), y el Regional Santiago Centro, representado por Arnoldo Camu ("Eleno"), Luis Urtubia (Jefe del Departamento Nacional de Organización) y Néstor Figueroa. Estos dos últimos, junto a Nicolás García (regional Chillán), Héctor Olivares y Adolfo Lara (Regional Rancagua), Carlos Gómez (Regional Chañaral) y Dagoberto Aguirre (Regional La Serena, sede del Congreso) fueron co-optados por los "Elenos" y se plegaron a ellos, en el Congreso de La Serena.

Hemos querido referirnos en detalle a estos cuatro niveles de influencia para enfatizar la forma en que los "Elenos" -máximos exponentes de las tesis leninistas y militaristas- se fueron apoderando del partido, hasta culminar en el asalto final al poder, en 1971. Si sumamos a los anteriores a algunos que más adelante fueron atraídos hacia los "Elenos", como Hernán del Canto, María Elena Carrera, Gabriel Parada, Héctor Martínez y Luis Norambuena, todos ellos miembros del Comité Central, constatamos en toda su dimensión la presencia desequilibrante de las tendencias militaristas al interior de la nueva estructura superior de dirección. Ello, sin contar a los elementos trotskistas, que sin ser militaristas como los "Elenos", impusieron las tesis leninistas en el plano de las definiciones ideológicas.

A estos últimos hemos preferido incluírlos junto a los "Altamir^onistas" (Víctor Barberis, Alejandro Jiliberto y Luis Lobos), todos los cuales sostendrían la validez de las tesis insurreccionales, sin contar necesariamente con un elemento de tipo militarista. De hecho, la crítica inicial de Altamirano a los "Elenos" era que su estrategia ya había fracasado, desde que Allende accediera al poder a través de un proceso electoral. Ello, sin perjuicio de que la mayoría que llevó a Altamirano a la secretaría general estaba formada en gran parte por los "Elenos", y sin perjuicio también de la ulterior radicalización del propio Altamirano.

No debe creerse que la elección de Altamirano fuera un proceso fácil. En efecto, antes del Congreso de La Serena el candidato potencial para desempeñar como nuevo secretario general del partido parecía ser Rolando Calderón, de los "Elenos", jefe del ORGANA. No obstante, de prosperar esta iniciativa de la tendencia militarista lo más probable era que el partido se hubiera dividido. Así surgió la candidatura de Altamirano, representante de la tendencia revolucionaria insurreccional, pero no necesariamente militarista del partido, quien recibió, en definitiva, tanto el apoyo de "Elenos" y Trotskistas, como el del propio Allende, quien se

había mantenido relativamente alejado del conflicto interno.

En un hotel de La Serena, Altamirano fue recibiendo uno a uno de los grupos en pugna y fue conformando, tras un intenso proceso de negociaciones, la lista que en definitiva determinó la composición del nuevo Comité Central. Cuidó también de incluir a personas de su confianza, así como de la confianza de Clodomiro Almeyda -una figura prominente del partido- y del propio Allende. Ello significó incluir al propio Almeyda, a Edmundo Serani y Fidelia Herrera (Almeydistas), y a Erick Schnake, Carlos Lazo, Antonio Tavolari y Jaime Suárez (Allendistas).

Con todo, el intento de Altamirano por conformar una lista que incluyera a las diversas fracciones (más representativas de las cúpulas que de las bases, especialmente si consideramos el retiro de los delegados "chetistas" y el triunfo de las tácticas leninistas) dejó intacto el predominio de los elementos militaristas.

El siguiente cuadro nos muestra la composición y tendencias del nuevo Comité Central del Partido 124/:

COMITE CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA (CONGRESO DE LA SERENA, 1971) 1/

TENDENCIA MILITARISTA	TENDENCIA INSURRECCIONAL	TENDENCIA NO INSURRECCIONAL	NO-ALINEADOS
<u>"Elenos"</u>	<u>Trotskistas</u>	<u>Almeydistas</u>	
1. Rolando Calderón	29. Adonis Sepúlveda	38. Clodomiro Almeyda	46. Laura Allende
2. Exequiel Ponce (*)	(Subsecret. Gral.)	39. Edmundo Serani	47. Juan Rojas
3. Hernán Coloma	30. Belarmino Elgueta	40. Fidelia Herrera	
4. Gustavo Ruz	31. Jorge Mac Ginty		
5. Ricardo Lagos S. (*)	32. Julio Bénitez	<u>Allendistas 3/</u>	
6. Pedro Adrián	33. Iván Núñez	41. Eric Schnake	
7. Eduardo Paredes (*)		42. Carlos Lazo	
8. Rafael Merino	<u>Altamiranistas</u>	43. Antonio Tavolari	
9. Arnoldo Camu (*)	34. Carlos Altamirano	44. Chela del Canto (FMS)	
10. Leonardo Hagel	(Secretario Gral.)	45. Jaime Suárez	
11. Esteban Bucat	35. Víctor Barberís		
12. Ariel Ulloa	36. Alejandro Jiliberto		
13. Juan Avila	37. Luis Lobos		
14. Eduardo Mella (*)			
15. Luis Madariaga			
16. Carlos Lorca (FJS) (*)			
<u>Pro-"Elenos"</u>			
17. Hernán del Canto			
18. María Elena Carrera			
19. Gabriel Parada			
20. Héctor Martínez			
21. Luis Norambuena (*)			
<u>Regionales co-optados por los "Elenos" 2/</u>			
22. Luis Urtubia			
23. Néstor Figueroa			
24. Nicolás García			
25. Héctor Olivares			
26. Adolfo Lara			
27. Dagoberto Aguirre			
28. Carlos Gómez			

1/ Los miembros del CC son 45, pero hemos incluido a los representantes de los jóvenes (FJS) y de las mujeres (FMS), que participan por derecho propio en el CC, por lo que el total asciende a 47.

2/ Esto se logró en el Congreso mismo de La Serena y ante la necesidad de incorporar representantes de la estructura territorial.

3/ En general, incluimos bajo esta denominación a aquellos miembros del CC más próximos al proyecto Allendista propiamente tal.

(*) Muertos o desaparecidos después del 11 de Septiembre de 1973.

Fuente: Cuadro confeccionado por el autor en base a antecedentes proporcionados por dirigentes y militantes socialistas.

Del cuadro anterior se puede desprender que 28 de los 47 miembros del nuevo Comité Central (60%) correspondían a lo que podríamos denominar la tendencia "militarista" de la nueva dirección superior ("Elenos", pro-"Elenos" y co-oprtados por los "Elenos"). En términos más amplios, podemos sostener que 37 de los 47 miembros del Comité Central (79%) participaban de las tesis insurreccionales, si sumamos a los anteriores a Trotskistas y Altamiranistas. Finalmente, tenemos que sólo 8 de los 47 miembros del Comité Central (17%) descartaban las tesis militaristas e insurreccionales, para identificarse con el proyecto Allendista propiamente tal.

Ello nos muestra la ausencia total de los socialistas moderados ("chetistas"), la casi nula gravitación de los Allendistas, la presencia desequilibrante de las tendencias militaristas y la mayoría aplastante de las tesis insurreccionales. Hay que considerar que esta conformación inicial del Comité Central experimentó una radicalización aún mayor en los años siguientes.

Esa fue, pues, la composición de la nueva dirección superior del partido, a nivel de Comité Central y Comisión Política. Ella daba cuenta del ascenso a la estructura superior del partido del nuevo elemento militarista surgido al interior del mismo desde mediados de los años 60.

El documento leído por Altamirano en el Congreso de La Serena, para fundamentar su voto político, se tituló "El Partido Socialista y la Revolución Chilena" y en él estaban contenidos los principales lineamientos de su candidatura 125/. Una de las principales preocupaciones de Altamirano era que, en el pasado reciente, el partido se había dado directivas y había seguido una práctica política que no correspondía fielmente a sus definiciones ideológicas: "En el pasado, nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaron en los Congresos de Linares y Chillán" 126/.

Junto con señalar que el gran enemigo de la revolución era el reformismo, añadía que "el reformismo populista de la Democracia Cristiana no hizo más que postergar el enfrentamiento final entre la clase trabajada

dora y la burguesía nacional". Hacía a continuación una distinción entre la izquierda revolucionaria y la izquierda tradicional y señalaba que el cuestionamiento de la "vía electoral" era lo que caracterizaba a la primera. Rechazaba la "vía pacífica" y postulaba la vigencia del recurso a las armas: "Puesto que la historia no ha conocido hasta hoy revoluciones pacíficas y que el capital no renunciará a su poder voluntariamente, el enfrentamiento armado en términos continentales sigue manteniendo la misma vigencia de siempre". Aclaraba, finalmente, que "el Gobierno de la Unidad Popular no será un gobierno más que continúe la rotación partidista del ejercicio del poder dentro de las reglas burguesas de la democracia representativa".

El gran argumento del nuevo secretario general del partido era que había que asumir una mayor consistencia con las definiciones ideológicas perfiladas desde la década del 50, en torno a la tesis del Frente de Trabajadores, ratificada y profundizada en los Congresos de Linares y Chillán. Ello se hacía especialmente necesario en momentos en que el Partido Socialista formaba parte de una coalición de gobierno. La tarea por delante era de grandes proporciones y no bastaba para ello con un triunfo electoral en unas elecciones presidenciales: "hemos conquistado el gobierno pero no el poder" 127/.

Todas estas ideas quedaron reflejadas en la posición política aprobada por el Partido Socialista en el Congreso de La Serena. Allí se señaló que el triunfo de Allende creaba nuevas y favorables condiciones para una efectiva conquista del poder. Aunque dicho triunfo creaba una "correlación de fuerzas favorables" para los trabajadores, se advertía que la labor del gobierno se desenvolvía "entramada por la institucionalidad burguesa" y por la resistencia de la reacción. Se definía la etapa que se abría como un período esencialmente transitorio y se señalaba como objetivo convertir el proceso "en una marcha irreversible hacia el socialismo" 128/.

El partido reafirmó su carácter clasista y vanguardista, lo que

requeriría también del fortalecimiento de la unidad socialista-comunista en torno al Frente de Trabajadores. Advertía, asimismo, las contradicciones internas de la Unidad Popular, la que "refleja una composición pluriclasista". Estas contradicciones, que se expresaban también en el gobierno, "serán superadas por la dinámica revolucionaria de las masas trabajadoras encabezadas por sus partidos de clase".

No sólo el partido sino también el gobierno debían asumir un carácter de clase. Las "limitaciones de un estado burgués" no tenían que convertir al gobierno en "árbitro de la lucha de clases". Para velar por ello el partido debía convertirse en la "vanguardia revolucionaria", regida internamente por el principio del "centralismo democrático". De esta forma el partido podría prepararse a sí mismo y a las masas "para el decisivo enfrentamiento con la burguesía y el imperialismo".

Estos conceptos fueron confirmados por un manifiesto del nuevo Comité Central, complementario de las resoluciones anteriores. Este, junto con insistir en el rol de vanguardia revolucionaria del Partido Socialista, afirmaba su carácter de organización marxista-leninista. Es interesante, a este respecto, hacer notar que esta definición no sólo se adoptó en cuanto "método de interpretación de la realidad", sino también por "sus principios generales de lucha para conquistar el poder y construir la sociedad socialista" 129/. Ello era muy distinto a la Declaración de Principios de 1933, que aceptaba el marxismo (no el marxismo-leninismo) en cuanto método de interpretación de la realidad, "enriquecido y rectificado" por los aportes científicos del devenir social.

Finalmente, como "la obtención de la Presidencia de la República en el marco de la institucionalidad burguesa no puede producir el paso automático de un gobierno burgués a un gobierno de los trabajadores", dicho manifiesto llamaba a la "movilización general" de éstos últimos tras la consecución de dicho fin.

De esta manera, el Congreso de La Serena constituía un paso más en el proceso de leninización del partido, el que primero había adoptado

una posición clasista en torno a la tesis del Frente de Trabajadores para luego asumir, bajo la influencia de la revolución cubana, el leninismo como definición ideológica, lo que fue ratificado y profundizado en los Congresos de Linares, Chillán y La Serena. Ahora, bajo la dirección de Altamirano, era necesario preparar el "enfrentamiento decisivo" entre las masas y la burguesía, en un proceso "ininterrumpido hacia el socialismo". El conflicto se hacía inevitable.

Allende y el Partido Socialista

Hay dos realidades indiscutibles en la relación entre Allende y el Partido Socialista: la lealtad a toda prueba de aquél a éste, y el hecho de que Allende fue minoría en su propio partido. Entre 1970 y 1973 la Vía Allendista al Socialismo entró en pugna con la postura crecientemente insurreccional del Partido Socialista. Ello generó una tensión no resuelta entre ambos que contribuyó significativamente al trágico desenlace del 11 de septiembre de 1973.

Allende fue uno de los más jóvenes fundadores del Partido Socialista, llegando a ser elegido diputado por Valparaíso en 1937. Desde esa fecha y hasta 1970; esto es, durante 43 años, se desempeñó en forma prácticamente ininterrumpida como parlamentario; primero como diputado, y desde 1945 como senador. Llegó a ser Ministro de Salud bajo la administración de Pedro Aguirre Cerda. Fue secretario general del Partido Socialista en 1943 y miembro del Comité Central en 1944, 1948 y 1950. Sin embargo, desde la reunificación del socialismo en 1957, jamás ocupó cargos de dirección al interior del partido, a pesar de que era el líder de masas indiscutido de la izquierda, según lo corroboran sus cuatro candidaturas presidenciales (1952, 1958, 1964 y 1970).

Lo anterior no debe llevarnos a pensar que la evolución política de Allende transcurrió "a pesar" de su partido. Fue un militante leal y participó de las tesis centrales acordadas por dicha colectividad. Ello no estuvo, sin embargo, exento de tensiones. Aunque avanzó de la mano con su partido en torno a las tesis del Frente de Trabajadores, a la que

adhirió formalmente, Allende nunca ocultó sus simpatías por el Frente Popular de fines de la década del 30. La adhesión a la línea del Frente de Trabajadores tampoco le significó un distanciamiento con el Partido Comunista, con el que mantuvo una estrecha relación desde su primera candidatura presidencial en 1952. No debe olvidarse que dicha candidatura recibió el apoyo de los comunistas, mientras el PSP apoyaba a Ibáñez. Finalmente, con la inclusión de los radicales a su base de apoyo político en 1970, aunque esta vez en un rol secundario, Allende no dejó de advertir cierta línea de continuidad entre la Unidad Popular y el Frente Popular. Ya hemos insinuado que la Unidad Popular se acercaba más a las tesis de los comunistas que de los socialistas. Tampoco es un misterio que entre 1970 y 1973 la línea de Allende recibió más apoyo del Partido Comunista que del Partido Socialista.

No debe pensarse que Allende fue indiferente al proceso revolucionario latinoamericano o a las luchas de liberación nacional en el Tercer Mundo. Fue de los más entusiastas defensores de la revolución cubana y solidarizó con la revolución a nivel continental. Luego de la reunión Tricontinental en La Habana, en 1966, fue de los principales forjadores de la OLAS, de efímera existencia 130/.

Su punto era, sin embargo, que la estrategia armada, característica de la revolución latinoamericana en la década del 60, no era aplicable a Chile. Tal vez como ningún otro socialista Allende advirtió, desde muy temprano, la "especificidad" del caso chileno. Esta especificidad estaba dada, según su perspectiva, por un sistema político avanzado, de tipo democrático 131/. Jamás separó la democracia chilena de la lucha popular. Ello lo llevó a entender el socialismo como profundización y no como sustitución de la democracia. Para Allende, el socialismo era inseparable de la democracia. Así lo entendió hasta el día de su muerte, y tal vez éste fuera su principal rasgo político.

De ahí que, ya desde comienzos de la década del 60, Allende fue ra acusado al interior del Partido Socialista de sufrir un excesivo

"electoralismo". Esta fué la postura invariable de Raúl Ampuero, el que no dejaba de señalar las incompatibilidades entre dicha conducta y la línea del Frente de Trabajadores. Fue también la postura refrendada por los Congresos de Linares y Chillán. Durante todo este período Allende no sólo no alcanzó posiciones de dirección al interior de su partido, si no que se le negó expresamente, pese a haberlo solicitado, su inclusión en el Comité Central, en el Congreso de Chillán, en 1967 132/. El reflejo más claro, sin embargo, de su posición minoritaria, fue su designación como candidato presidencial por el Partido Socialista en 1970. En efecto, fue designado como tal por una minoría de votos del Comité Central, mientras que la mayoría se abstuvo 133/.

En el Congreso de La Serena, y especialmente en consideración a su permanente rivalidad con Aniceto Rodríguez, Allende apoyó a Altamirano. Dejó establecida, sin embargo, en forma muy clara su calidad de Presidente de la República, por encima de su partido. En conferencia de prensa ofrecida en Valparaíso, algunos días después de dicho Congreso, y en relación con la elección de Carlos Altamirano como nuevo Secretario General del partido, Allende señaló: "La elección del senador Altamirano no me inquieta ni me preocupa. El ha sido elegido legítimamente. Soy militante del partido e indiscutiblemente él sabe perfectamente cuál es mi obligación de militante y cuál es mi obligación de Presidente de Chile ... Nosotros hemos dicho que las transformaciones y los cambios van a ser dentro de la democracia burguesa. Y si el compañero Altamirano estima que debemos ir más rápido, yo le diré: ¿por qué vamos a ir más rápido? El Presidente de Chile soy yo". Añadió, finalmente, que no aceptaría "imposiciones de ningún jefe de partido y de ningún partido" 134/.

Los contendios básicos de la Vía Allendista al Socialismo, en "democracia, pluralismo y libertad", podemos encontrarlos en dos de sus documentos principales: el discurso del 5 de noviembre de 1970, pronunciado por Allende en el Estadio Nacional luego de asumir como nuevo Presidente de Chile, y su Mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971 135/.

En el primero de los discursos mencionados, Allende dio su propia visión de la especificidad del proceso político chileno o, lo que él denominaba, "la realidad concreta de las estructuras chilenas". Era en torno a la realidad chilena y en consideración a las peculiaridades de su evolución política, que planteaba la "Vía Chilena al Socialismo", que hemos denominado "Vía Allendista" para enfatizar el sello que el propio Allende le imprimió 136/.

Señalaba Allende que, mirando hacia la historia, "los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por vía política, triunfando sobre la violencia. Esta es una noble tradición. Es una conquista impercedera. En efecto ... hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuasión, con la acción política". Añadía que desde mediados del siglo XIX, la "estabilidad institucional de la República fue una de las más consistentes de Europa y América. Esta tradición republicana y democrática llegó así a formar parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos".

Señalaba que los antagonismos de clase se habían resuelto "en forma esencialmente política", y que los pocos quiebres institucionales registrados habían sido obra de las clases dominantes. Las libertades y derechos fundamentales no eran concesiones gratuitas de la burguesía sino producto del "combate ininterrumpido de las clases populares organizadas". Este proceso culminaba con el triunfo popular de 1970, expresión de "la vigencia y el respeto de los valores democráticos", y reconocimiento "de la voluntad mayoritaria".

Allende creía encontrar el fundamento teórico de la Vía Chilena al Socialismo, "sin precedentes en el mundo", en el propio Engels, quien habría anticipado esta posibilidad al declarar: "Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo con la Constitución, se puede hacer lo que se desea, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación".

Esto era lo ocurrido en Chile, según Allende, puesto que el ascenso al poder de la izquierda marxista se había producido, "sin haber sufrido la trágica experiencia de la guerra fratricida". Esto "condiciona la vía que seguirá este gobierno en su obra transformadora", en función de la "tradición democrática de nuestro pueblo". Esta era la responsabilidad que asumía lo que Allende denominaba el "Poder Popular", que "significa que acabaremos con los pilares donde se afianzan las minorías que, desde siempre, condenaron a nuestro pueblo al subdesarrollo".

Atacar pues el poder de las minorías y superar el subdesarrollo, en un proceso al socialismo en "democracia, pluralismo y libertad" era el gran desafío. Dicho camino constituía la "vía natural" para Chile, en atención a su "singularidad" como país políticamente desarrollado y de tradición democrática. Ello demandaría la creación de los mecanismos que, "dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político". Tal era, en síntesis, el contenido de lo que Allende denominó "la vía democrática hacia el socialismo".

Conceptos similares a los anteriores contenía su Mensaje al Congreso Nacional del 21 de mayo de 1971, cinco meses después de haber asumido como Presidente de la República, y un mes después de que la Unidad Popular obtuviera, en su conjunto, cerca del 50% de los votos en las elecciones municipales de marzo de 1971, lo que constituía un claro progreso comparado con el 37% de los votos obtenidos en la elección presidencial, seis meses antes.

En dicho discurso Allende señaló que la revolución Rusa de 1917 correspondía a "una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado". Añadía que esa vía había significado grandes progresos en países como la URSS y China, pero que Chile se encontraba "ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada". Era

lo que denominó "el segundo modelo de transición a la sociedad socialista". Se trataba, nada menos, que de "la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario".

Allende consignaba la existencia de todo un desafío de creatividad en torno a la Vía al Socialismo, pues "no existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo". Añadía que la creación de nuevas estructuras debía tener lugar sobre la base de cinco puntos básicos: legalidad, a la que consideraba "una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados"; institucionalidad, que implicaba realizar los cambios revolucionarios "respetando el Estado de Derecho"; libertades políticas, que "son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación"; exclusión de la violencia, "salvo que ésta se desate contra el pueblo por fuerzas contra-revolucionarias"; y socialización de los medios de producción, lo que implicaba la construcción de un "Área de Propiedad Social" como uno de los grandes objetivos. Esto último significaba la incorporación, a esta área estratégica, "de la mayor parte de nuestras riquezas básicas, del sistema bancario, del latifundio, de la mayor parte de nuestro comercio exterior, de los monopolios industriales y de distribución".

En estos dos documentos encontramos, pues, los contenidos fundamentales de la "Vía Allendista" al Socialismo. Junto con quedar en evidencia la adhesión de Allende a la democracia constitucional nos anticipamos a advertir dos debilidades inherentes a su proyecto, las que cobrarían cada vez mayor importancia. La primera era que la Vía Allendista requería en los términos planteados, necesariamente de un respaldo mayoritario, y Allende había sido elegido con sólo un tercio de los votos. La segunda era que no existía claridad acerca de las formas concretas que adoptaría su proyecto. El mismo Allende, en enero de 1971, había señalado que, "estamos aquí viviendo una etapa que podríamos decir que es laboratorio social" 137/. Bástenos por ahora señalar que había en el modelo de Allende un lenguaje, un discurso y un proyecto distintos al que,

hemos visto, correspondía a la evolución del Partido Socialista en la dé cada anterior.

Entre 1970 y 1973 podemos distinguir, en el interior de la Unidad Popular, tres visiones distintas sobre el proceso chileno: la del Partido Socialista, que procuró una combinación de vías político-institucionales e insurreccionales, lo que en la práctica significaba "acumular la fuerza política, militar y social, para la futura confrontación general que habría de producirse en el momento táctico adecuado" 138/; la del Partido Comunista, que procuraba una acumulación de fuerzas evitando la confrontación total en un largo proceso de búsqueda de la dictadura del proletariado; y la de Allende, que concebía el proceso revolucionario chileno como un "segundo modelo" de socialismo, entendido como profundización de mocrática, sin pasar por la dictadura del proletariado 139/.

Nos remitimos en esta parte a las tensiones entre el proyecto Allendista y la posición de su propio partido, el Socialista. Ya hemos visto que en el Congreso de La Serena el Partido Socialista había resuel to una de sus contradicciones recientes: la de haberse dado directivas que no correspondían a la línea del partido, fijada en los Congresos de Linares y de Chillán. Entre 1971 y 1973 había que resolver la segunda, y tal vez más importante contradicción, aquella entre esa línea política y la práctica política del partido, y ahora del gobierno popular. La nueva directiva debía, pues, velar por la consistencia entre las definiciones ideológicas y la conducta del gobierno de Allende.

En conferencia de prensa de mayo de 1971, ante una pregunta sobre la posible instauración de algo parecido a los Soviets en Chile, Allende negó que lo que se deseaba implantar fuera una "República de Obre ros y Campesinos". Se trataba, dijo, de un "gobierno de trabajadores", entendiendo por éstos últimos a "todos aquellos que viven de su propio trabajo". Aclaró que, "lo que nosotros estamos haciendo es un camino chileno, para una realidad chilena" 140/. Sobre el problema de las vías de acceso al poder, señalaba en conferencia de abril del mismo año, que

Vía Chilena al Socialismo era una "vía electoral" con "contenido revolucionario" 141/. Ese mismo mes, en carta pública a Patricio Aylwin, dirigente del PDC, Allende señaló: "el gobierno popular mantendrá inalterable nuestra tradición democrática, el respeto a la carta fundamental y al sistema legal, pero ... al mismo tiempo cumplirá estricta y fielmente el Programa de la Unidad Popular" 142/.

Lo anterior refleja fielmente la intención de Allende: realizar el programa de la Unidad Popular, de contenido revolucionario, dentro de los marcos de la democracia constitucional. Era contra esa postura que la dirección socialista fue paulatinamente, pero sostenidamente, levantando un enjuiciamiento frontal. Un pleno del Comité Central del Partido Socialista, en el mes de mayo de 1971, declaró que "el enfrentamiento es el problema central y básico de todo este período". Añadía que "la lucha de clases ha desembocado en un enfrentamiento permanente de clases, que tiende cada vez a agudizarse y desembocar en el conflicto armado". Concluía sosteniendo que a la agresión armada de la burguesía y el imperialismo "deberá responderse dándole al enfrentamiento un carácter masivo" 143/.

Estas palabras reflejan fielmente la nueva postura que fue asumiendo la dirección socialista, en el sentido de que la intensificación de la lucha de clases tornaría inevitable el enfrentamiento. En julio de ese año tuvo lugar una importante elección complementaria en Valparaíso, para elegir un diputado. En ella se dio el triunfo de un candidato del PDC apoyado por la derecha, lo que marcó el inicio de una alianza electoral que se fue formalizando en el tiempo. Para evitar la derechización del PDC, Allende y algunos miembros del PDC habían tratado de llevar un candidato en conjunto, pero la proposición fue rechazada por el Comité político de la Unidad Popular 144/. Decepcionado por lo que advertía como una derechización del PDC, un sector de este partido se escindió, luego de dicha elección complementaria, pasando a formar la "Izquierda Cristiana" (IC), la que luego se integró a la UP.

En agosto de 1971 tuvo lugar un nuevo pleno del Comité Central del Partido Socialista. En él se acordó "acelerar la gestión revolucionaria", a través del fortalecimiento del Area de Propiedad Social, la expropiación total del latifundio, la formación de la Asamblea del Pueblo y la no indemnización a las compañías norteamericanas a raíz de la nacionalización de la gran minería del cobre. Se llamó también a la formación del Poder Popular, a través de una "acción de masas" que permitiera romper el "empate político" entre gobierno y oposición. En algún momento, se señalaba, la situación desembocaría "en un enfrentamiento total de clases" 145/.

Ese mismo mes de agosto renunció al Partido Socialista el diputado Pedro Jáuregui, tras denunciar la presencia de focos guerrilleros en el sur y el ultra-izquierdismo del Partido Socialista. El renunciado manifestaba su apoyo a Allende y a la Brigada Parlamentaria socialista dirigida por Aniceto Rodríguez 146/. Otro "chetista" (llamado así por su adhesión a Aniceto Rodríguez), Antonio Tavolari, muy cercano a Allende, fue pasado en el mes de octubre al tribunal de disciplina del partido por razones similares 147/.

El año 1971 concluyó sin que aún se advirtiera un claro conflicto entre Allende y el Partido Socialista. El desempeño económico de este primer año arrojó, en general, un saldo muy favorable para el gobierno de la Unidad Popular, coalición que en su conjunto había obtenido cerca del 50% de los votos de las elecciones municipales de marzo. Al año siguiente, sin embargo, el conflicto se intensificó enormemente, tanto entre el gobierno y la oposición, como entre Allende y el Partido Socialista.

La alianza electoral entre el PDC y la derecha, que se había insinuado por primera vez en julio de 1971, comenzó a formalizarse cuando ambas fuerzas llevaron candidatos comunes en las elecciones complementarias por Colchagua, O'Higgins y Linares, en enero de 1972, consiguiendo sendos triunfos para la oposición. Esta alianza adquirió connotaciones

políticas más claras cuando tanto el PDC como el Partido Nacional (PN), que congregaba a la derecha, acusaron constitucionalmente al Ministro del Interior, José Tohá, en enero de 1972. El Secretario de Estado fue destituido de su cargo.

Para Joan Garcés, principal asesor de Allende, estos dos hechos constituyeron un punto de inflexión en el proceso político chileno. Garcés señala que, "a partir de enero de 1972 el proceso cambia de carácter. El movimiento popular por sí solo es incapaz de mantenerse en el gobierno con recursos exclusivamente políticos" 148/.

A raíz de estos hechos, y a lo largo de todo el año 1972, el Partido Socialista adoptó la consigna de "avanzar sin transar". Esta estrategia fue conduciendo sostenidamente a la "vía insurreccional", propiciada en adelante por dicho partido, con el apoyo del MIR y de sectores del MAPU y de la IC.

Allende, por su parte, y con el respaldo del Partido Comunista y el Partido Radical, fue adoptando la posición de "consolidar avanzando", lo que significaba mantenerse en el marco de la "vía político-institucional". Garcés señala que, "en la crisis de diciembre de 1971 y enero de 1972, Allende optó por reforzar los pilares de sustentación de la vía político-institucional" 149/. Esto se encuentra corroborado por el propio Allende, quien en conferencia de prensa de enero de 1972 señaló: "es el gobierno el que está empeñado en el más irrestricto respeto a la constitución. Todos nuestros pasos están dentro de los marcos constitucionales. No nos hemos salido ni nos saldremos de la constitución" 150/.

Un extenso documento aprobado para la discusión interna por el Comité Central y la Comisión Política del Partido Socialista, en febrero de 1972, hizo un detenido análisis de lo que había sido la acción del partido desde 1970 en adelante, en la línea de una crítica y auto-crítica radicales. Dicho documento constaba de dos partes y un anexo 151/.

En la primera parte, titulada "análisis del proceso revolucionario chileno", junto con recordar que fue la "convergencia dialéctica" del

PS y el PC lo que hizo posible un programa que pretendía realizar a la vez las tareas democráticas-burguesas y las tareas socialistas, se sostenía que la promesa de respetar la "institucionalidad burguesa", partía "de una contradicción de fondo al comprometernos a respetar los mecanismos burgueses que son justamente los que nos impiden realizar los cambios que necesitamos". Se señalaba la necesidad de avanzar "irreversiblemente" hacia el socialismo, a través de la "exacerbación de la lucha de clases" y la "movilización de masas", mecanismos que conducirían a la toma del poder. El proceso debía ser encabezado por la vanguardia marxista-leninista, "la expresión más alta de organización política de la clase obrera".

La segunda parte, titulada "la institucionalidad democrático-burguesa y los objetivos de la revolución", hacía ver las incompatibilidades entre ambos. Al respecto señalaba lo siguiente: "El Estado burgués en Chile no sirve para construir el socialismo y es necesario su destrucción. Para construir el socialismo, los trabajadores chilenos deben ejercer su dominación política sobre la burguesía, deben conquistar todo el poder y arrancarle gradualmente todo el capital. Es lo que se llama dictadura del proletariado. No lo hemos establecido así en el Programa de la Unidad Popular, pero el Partido Socialista no ha desestimado este aserto histórico leninista".

Para ello era necesario, según el documento, socavar el poder económico de la burguesía, punto fundamental, a través de la ampliación y el fortalecimiento del Area de Propiedad Social. Se trataba, pues, de arrebatarle a la burguesía "la totalidad del poder, avanzando efectiva e irreversiblemente al socialismo". Ello conducía al "momento inevitable" del enfrentamiento violento entre las masas y la reacción. Con estas afirmaciones, añadía el documento, "se hacen migajas las ilusiones evolucionistas de los reformistas. No hay posibilidad de transformación total del sistema actual sin quiebre, sin salto cualitativo, sin destrucción de la actual constitucionalidad".

Luego se asumía una muy radical auto-crítica sobre algunas incongruencias del proceso, entre las que se destacaban los conflictos entre

la Unidad Popular y el gobierno, entre éste y los funcionarios públicos, entre el Partido Socialista y el Partido Comunista, y entre la Unidad Popular y el "izquierdismo". Se enumeraban, finalmente, una serie de debilidades y errores en todos estos planos. La conclusión señalaba que era necesario "avanzar con mucho más rapidez y profundidad", lo que significaba ampliar el Area de Propiedad Social y expropiar la totalidad del latifundio. Reconocía también que, "en última instancia, será el enfrentamiento violento el que decidirá quién es el vencedor". Para ello se requería de un "gran partido, partido marxista-leninista, un partido proletario, partido revolucionario, disciplinado y ágil, dinámico y operante".

Una línea similar fue adoptada por el Comité Central del partido en su pleno de Algarrobo, en marzo de 1972. Refiriéndose a las conclusiones de dicho pleno, una declaración de la Comisión Política del Partido Socialista señaló que el programa de la Unidad Popular, "ha agudizado aceleradamente la lucha de clases, lo que se manifiesta en una feroz ofensiva política de la reacción". Consideraba que el parlamento era una "trincherá contrarrevolucionaria" y señalaba como problema fundamental "la subsistencia de una institucionalidad burguesa anacrónica y obstruyente por naturaleza". Concluía en que había que "conducir el proceso irreversiblemente al triunfo, lo que significaba la conquista total del poder por los trabajadores" 152/.

¿Cómo enfrentar un conflicto cada vez más polarizado como el que expresan estos documentos, y como el que los acontecimientos de 1972 se encargaron de confirmar? Mientras Allende era partidario de recurrir a un mecanismo democrático tradicional de resolución de conflictos, como el "referendum", el Partido Socialista y el comité político de la Unidad Popular se inclinaba más bien por la vía administrativa de ampliar el Area de Propiedad Social a través de la expropiación masiva de los medios de producción. Esto permitiría privar a la burguesía de su poder económico y, de esta manera, en concomitancia con una creciente movilización de masas tras la creación del Poder Popular, variar de manera radical la co

rrelación de fuerzas en favor del gobierno.

Como señala Garcés, la "vía político-institucional", defendida por Allende, exigía por definición que la transición al socialismo debía ser obra "de la mayoría de la sociedad" 153/. Añade el asesor de Allende que éste último estuvo consciente, desde el momento mismo de su elección, del hecho de que carecía de una mayoría clara. Por su parte, el ex-líder de las Juventudes Comunistas Alejandro Rojas, indica en un trabajo reciente, que ya el 14 de octubre de 1970 Allende había solicitado un informe sobre las posibilidades de llamar a un referendun que le permitiera disolver el congreso por una vez y llamar a elecciones. Habría sido rechazado por el Comité Político de la Unidad Popular. Este episodio, concluye Rojas, "demuestra la desconfianza que los partidos más importantes de izquierda sentían sobre los procedimientos democráticos" 154/.

Garcés corrobora el hecho de que, ya desde noviembre de 1970, Allende había sugerido al interior de la Unidad Popular la posibilidad de un referendun, consciente de que no podría gobernar con un parlamento mayoritariamente opositor. Agrega que, tras las elecciones complementarias de julio de 1971 y enero de 1972, en que triunfaron los candidatos de la oposición, Allende habría insistido en la necesidad de un referendun, opción que nuevamente habría sido rechazada por los partidos de izquierda. Insistiría nuevamente en junio de 1973, esta vez proponiendo que el referendun resolviera de una vez por todas la cuestión del Area de Propiedad Social que, según Allende, debió haber sido despejada a más tardar en junio de 1971. El 5 de septiembre de 1973 Allende habría propuesto por última vez la necesidad de realizar un referendun, alternativa que habría sido rechazada por el Comité Político de la Unidad Popular el 8 de septiembre. Sólo el 9 de septiembre el Partido Comunista habría finalmente accedido, y el 10 de septiembre Allende habría comunicado a sus principales asesores, contra la opinión de su propio partido, su decisión de convocar a un referendun. El 11 de septiembre un golpe de Estado de-

rocó al gobierno 155/.

Desechando la idea del referendun, el PS y el comité político de la UP se mostraron, en cambio, partidarios de actuar por la vía administrativa, a través de la ampliación y consolidación del Area de Propiedad Social. Ello era posible en virtud del mecanismo que la oposición denominó del "resquicio legal", que consistía en utilizar el Decreto Ley 520 de 1932, dictado bajo la República Socialista, que permitía la "requisición" de las empresas en determinadas condiciones y por la vía administrativa; esto es, por decreto del ejecutivo. A través de esta fórmula, acompañada de una activa movilización social, que permitiera a su vez la creación del Poder Popular como alternativa a la institucionalidad existente, estos partidos, y en especial los socialistas, estimaban que podrían ir avanzando en la dirección de las transformaciones revolucionarias, variando la correlación de fuerzas en su favor.

De esta manera, señala Rojas, el Area de Propiedad Social era vista como "el eje de las transformaciones revolucionarias" 156/. El propio Altamirano lo sintetizó muy claramente en una asamblea con trabajadores del cobre, en 1973, en donde señaló que, "en el Area Social nace el germen del Poder Popular" 157/. Esta era, pues, la clave a través de la cual los socialistas, y en forma creciente la mayoría de las fuerzas al interior de la Unidad Popular, veían la solución al conflicto político, rechazando así la fórmula del referendun propuesta por Allende.

Pero el Poder Popular no se agotaba en el Area de Propiedad Social. Suponía formas más concretas de lo que se denominó la "movilización de masas", una demostración más de la influencia trotskista en el Partido Socialista. Un ejemplo digno de destacar a este respecto, y que provocó la ira de Allende y de los propios comunistas, fue la llamada "Asamblea del Pueblo", realizada en Concepción el 26 de julio (fecha del aniversario del movimiento cubano del mismo nombre) de 1972, la que fue planteada como una forma alternativa a la institucionalidad existente. Dicha Asamblea fue convocada por el Partido Socialista, el MIR y el MAPU, partidos que más o

menos desde esa fecha, comenzaron a marchar juntos 158/.

Este episodio motivó una carta pública de Allende dirigida a los jefes de los partidos de la Unidad Popular. En ella señaló que rechazaba "cualquier intento de diseñar tácticas paralelas, espontaneistas... manifestaciones divisionistas que alientan personas o grupos dentro de la Unidad Popular". Condenó la llamada "Asamblea del Pueblo" de Concepción, a la que calificaba de "proceso deformado". Añadía que "el poder popular no surgirá de la minoría divisionista, de los que quieren levantar un espejismo lírico surgido del romanticismo político, al que llaman, al margen de toda realidad, 'Asamblea Popular'. Señaló que esto era "absurdo, si no crasa ignorancia o irresponsabilidad".

Allende fue enfático en señalar que no toleraría actos como este, y que "es mi deber defender sin fatiga el régimen institucional democrático". Los cambios debían realizarse en su interior "de acuerdo con la voluntad de la mayoría del pueblo, a través de los mecanismos democráticos de expresión pertinentes". Añadía que había que concentrar los esfuerzos en las próximas elecciones parlamentarias de marzo de 1973 159/.

Tres meses después de este acontecimiento tuvo lugar un episodio decisivo, el llamado "Paro de Octubre". Convocado por organizaciones gremiales, especialmente de transportistas y comerciantes, terminó sumando a todos los partidos de la oposición, lo que incubó la mayor crisis política vivida hasta ese momento por el gobierno. Ello contribuyó decisivamente a polarizar a las fuerzas políticas y a radicalizar aún más al Partido Socialista. Una declaración pública del Comité Central de ese partido, del 31 de octubre de ese año, señaló que, "aunque todas las superestructuras políticas de nuestra sociedad se pusieran de acuerdo para detener el avance de la historia, ello ya no es posible".

Allende encontró la solución a dicho conflicto a través de un cambio de gabinete, el que pasó a estar integrado por representantes de las Fuerzas Armadas, entre otros civiles partidarios del gobierno. Por primera vez los uniformados entraban al gabinete de gobierno, lo que tácticamente

mente significaba reconocer a las FF. AA. el rol de un árbitro político. Altamirano mostró su disconformidad con esta medida de Allende y con la forma de resolución del conflicto generado por el Paro de Octubre: "Debemos tener presente -señaló- que la clase obrera no empleó todas sus fuerzas, por una decisión del gobierno que comprendemos pero que no compartimos" 161/.

El año 1972 terminó en un conflicto desatado entre gobierno y oposición, y con una disputa cada vez más acentuada entre Allende y la dirección del Partido Socialista. Dos entrevistas de prensa resultan expresivas de este conflicto, la primera concedida por Altamirano al GRAMMA, órgano de prensa cubano, y la segunda concedida por Allende al EXCELSIOR, de México 162/.

Altamirano señalaba que, desde septiembre de 1970, el proceso chileno había experimentado un "permanente enfrentamiento de clases". Esto tendría que culminar, añadía, "en la batalla final por la disputa del poder pleno. En esta batalla final se decidiría si triunfa Chile o el imperialismo ...; si la victoria será de las fuerzas revolucionarias o de las fuerzas contrarrevolucionarias". Añadía que las Fuerzas Armadas estaban con el gobierno y que su incorporación al gabinete no afectaba al programa de la Unidad Popular, cuyos "objetivos se mantendrán inalterables". "Continuaremos profundizando el proceso", dice, "para hacerlo irreversible". Para ello era necesario "avanzar sin transar", en base a "la férrea e indestructible unidad de los partidos marxistas-leninistas, socialistas y comunistas, vanguardias de la clase obrera".

Allende, por su parte, en la entrevista mencionada, insistió en que el proceso debía darse en base a la vía político-institucional: "el proceso chileno lo hemos caracterizado como un movimiento social revolucionario dentro de los marcos de la constitución". Hizo manifiesta, así mismo, una evidente discrepancia acerca de la naturaleza de dicho proceso. Allende indicó que, "mi gobierno no es un gobierno socialista, sino un gobierno que se abre al socialismo".

En este clima de tensiones llegó el año 1973. Los primeros meses fueron marcados por la proximidad de las elecciones parlamentarias, fijadas para marzo. En un acto de proclamación de los candidatos socialistas en el Teatro Caupolicán, en el mes de enero, Altamirano calificó dichas elecciones como un "combate", en torno a la alternativa "socialismo o fascismo". Llamó a "avanzar sin transar" y a fortalecer el Poder Popular, enfatizando el rol que en su construcción cabía a los cordones industriales y los comandos comunales, entre otros. Señalaba que, en el proceso revolucionario chileno los cambios eran "irreversibles" y la lucha de clases "irreconciliable". Esta última, dijo, "sólo termina cuando una de ellas asume el poder total" 163/.

Esta línea fue refrendada por una declaración pública de la Comisión Política del Partido Socialista, de 25 de enero, donde se señalaba que "el enfrentamiento de clases en Chile sólo puede concluir con la toma del poder definitivamente por los trabajadores" 164/.

En esos mismos días Allende declaraba, en entrevistas para la televisión, que "el camino es, esencialmente, electoral", añadiendo que, "mientras sea Presidente habrá elecciones" en Chile. Insistía en que el proceso revolucionario chileno se haría "en democracia, pluralismo y libertad" 165/. En carta a El Mercurio, en ese mismo mes, señaló que el objetivo del programa de la Unidad Popular "es abrir el camino hacia una sociedad socialista sin transgredir los marcos constitucionales y legales" 166/.

Ese mes de enero también estuvo marcado por una polémica entre el Partido Socialista y el Partido Comunista, y el propio Allende, a raíz de un proyecto del Ministro de Economía, Orlando Millas (PC) sobre la constitución de tres áreas de propiedad en la economía, cuestión que había sido largamente discutida entre el gobierno y la oposición. Allende respaldó dicho proyecto, señalando que se trataba de delimitar el Area Social a 90 empresas. El proyecto proponía el traspaso a esa área de 49 empresas y procuraba buscar solución a 121 empresas que se encontraban

requisadas o intervenidas. Sugería, asimismo, el traspaso a sus dueños de las empresas no monopólicas. Todo ello formaba parte de la estrategia de Allende y el Partido Comunista de "consolidar avanzando".

En un acto en el Teatro Portugal, Altamirano reivindicó el derecho del Partido Socialista a criticar las acciones del gobierno "que a nuestro juicio no orienten el proceso en un sentido revolucionario". Consideró el proyecto Millas como "una concesión inaceptable a la burguesía", añadiendo que no existía "un mismo pensamiento revolucionario" en la Unidad Popular 167/.

En esos mismos días Allende había enviado una carta al Partido Socialista explicando el proyecto Millas y expresando su apoyo al mismo. El partido respondió diciendo que, en su oportunidad, la Comisión Política "rechazó categóricamente" dicho proyecto 168/.

En el mes de febrero, en un acto público del Partido Socialista en el Teatro Bandera, Altamirano señaló a la juventud que "nada ni nadie podrá impedir que este proceso se convierta en revolución. Nada ni nadie podrá impedir que esta revolución desemboque en el socialismo". Añadió que "no hemos sometido a plebiscito la revolución chilena. Las revoluciones no se hacen por votaciones" 169/.

En ese mismo mes, una carta de Altamirano a Corvalán ahondó en estas materias. Altamirano insistía en que el proyecto Millas "objetivamente ofrece nuevas garantías a la burguesía". Lo consideraba un "retroceso". Añadía que, pese a un acuerdo existente entre el PS, el MAPU y la IC al interior de la Unidad Popular, "en muchas oportunidades hemos quedado solos en la defensa de posiciones políticas fundamentales". Señalaba que existían diferencias con el MIR, pero aclaraba que éste último era una fuerza revolucionaria que "se pronuncia en lo esencial por defender y profundizar el proceso revolucionario chileno".

Añadía que el Partido Socialista concebía el proceso revolucionario "como una marcha ininterrumpida, sin etapas ni consolidaciones prematuras ... dirigida a conquistar la totalidad del poder por los trabajado-

res", para realizar simultáneamente las tareas democráticas y socialistas. Este proceso, decía, se guiaba por las "leyes generales de la revolución". Señalaba que la institucionalidad burguesa impedía los cambios revolucionarios: "nada se ha podido hacer para modificar el carácter del Estado, que sigue siendo burgues-capitalista". Oponía a esta institucionalidad burguesa el Poder Popular, lo que significaba fortalecer los cordones industriales y comandos comunales, completar el Area de Propiedad Social, controlar al área privada, acelerar la estatización y controlar la distribución, entre otras medidas importantes.

Era en este sentido que consideraba al proyecto Millas como un retroceso. Añadía su oposición al entendimiento con el PDC, a la devolución de ciertas empresas, a la conciliación y a transar el programa de gobierno. Cualquiera fuera el resultado de las elecciones de marzo, señalaba, "las fuerzas revolucionarias sostendrán en forma inquebrantable su voluntad de seguir avanzando en el cumplimiento del Programa, hasta desplazar definitivamente a sus enemigos del poder". "Bajo la guía del marxismo-leninismo -termina diciendo- la clase obrera debe reafirmar su papel dirigente de la revolución" 170/.

Conceptos similares a los anteriores expresó el mismo Altamirano en un acto de proclamación de los candidatos parlamentarios por Santiago, del Partido Socialista, en el mes de febrero. Allí señaló que "sólo existe un camino: avanzar hacia el socialismo sin concesiones, sin transacciones". Añadía que no existía solución "dentro de los límites de la institucionalidad burguesa" y que en las elecciones de marzo no se estaba "sometiendo a plebiscito el proceso revolucionario chileno". Concluía con las siguientes palabras: "marzo es para nosotros el campo de una nueva batalla en esta gran guerra de clases" 171/.

Todos estos elementos, a nuestro juicio, se recogen con mucha elocuencia en una entrevista concedida por Altamirano algunos días antes de la elección de marzo, en que señala que, aunque él mismo no lo desee, "el enfrentamiento es inevitable" 172/. Esta tesis, de la "inevitabilidad del

conflicto" fue desarrollada en forma más sistemática por el propio Altamirano, algunos años después, en su libro "Dialéctica de una Derrota", en que expresa sus reflexiones sobre el proceso político chileno y el rol del Partido Socialista 173/.

En dicho trabajo señala que fue un error irreparable el no haber implementado la tesis de la "vía armada", adoptada en el Congreso de Chillán, y el haber carecido de la "capacidad orgánica" para llevarla a cabo 174/. Añade que, desde la década del 50 en adelante, se hizo claro que no era "factible el tránsito pacífico al socialismo en el ámbito de la realidad concreta nacional y continental" 175/. En Chile, señala Altamirano, la fuerza social y política que apoyaba a la Unidad Popular no tenía un carácter "abrumadoramente superior", lo que hacía previsible el enfrentamiento armado. La Unidad Popular, sin embargo, no se preparó para ello; no señaló los "mecanismos concretos" para alcanzar los objetivos revolucionarios, y esto constituyó un "vacío inexcusable".

Todo esto habría contribuido a la derrota final: "la ruptura final, factor insoslayable en la subversión del dominio de clase, sólo podía lograrse -en Chile- en términos de fuerza militar. La ausencia de aquella previsión y la incapacidad para sustituir oportunamente la estrategia equivocada, determina -en definitiva- el fracaso de la experiencia chilena" 176/.

En otras palabras: dado que el conflicto era inevitable, era necesario prepararse para el enfrentamiento militar total y final, lo que la Unidad Popular no hizo. Esta sería, según Altamirano, la causa del fracaso de la experiencia de la Unidad Popular. Los errores fundamentales de la Unidad Popular habrían provenido de una "inadecuada percepción política de la inevitabilidad del conflicto interno y externo" 177/. Señala Altamirano que, "en algún tramo del itinerario el enfrentamiento debía producirse", por obra de las clases dominantes, y para ello se hacía necesario prepararse adecuadamente 178/.

Volviendo a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la

Unidad Popular, sacó en su conjunto, el 44% de los votos, contra el 55% de la oposición. El Partido Socialista, por su parte, logró aumentar su votación desde un 12% en 1969, a un 18% 179/.

Con 20 senadores y 63 diputados para la Unidad Popular, Altamirano llamó "a avanzar sin transar hacia la conquista del poder y la construcción del socialismo" 180/.

Un pleno del Comité Central del Partido Socialista, celebrado en marzo, apeló al "desarrollo acelerado de todas las formas de expresión del poder popular". Consideraba a este último como "alternativa de la institucionalidad burguesa", pero no en oposición sino como "complemento" del gobierno popular. Confirmaba la "irreversibilidad del proceso" y llamaba a convertir el Area de Propiedad Social "en el sector hegemónico de la economía". Señalaba que "la próxima gran batalla política por la conquista del poder se da imponiendo el control y la dirección efectiva de la clase obrera sobre la economía nacional". En este contexto, debía asegurarse para el Partido Socialista "el papel de destacamento de vanguardia marxista-leninista" 181/.

El 19 de abril de 1973 se celebró el 40° aniversario del Partido Socialista. Altamirano hizo un recuento de la evolución histórica del partido y señaló que desde la década del 30 a la década del 50 "el Partido Socialista vivió un confuso y accidentado período que deformó, en parte, sus principios de partido proletario. Fue un período de estampidas caudillistas y desviaciones oportunistas; de alianzas espúreas y asonadas divisionistas, de tendencias electoralistas y de antagonismos fratricidas". Añadía que sólo a fines de la década del 50 el Partido Socialista "retornó a su origen y naturaleza de clase", transformándose entonces en vanguardia marxista-leninista. Junto con reconocer el enorme impacto de Cuba y Vietnam, llamaba a "avanzar sin transar hasta lograr la conquista plena del poder para los trabajadores" 182/.

En el mes de abril, a propósito de una toma del Ministerio de Obras Públicas por parte de sus trabajadores, Allende se dirigió al lugar e hi-

zo ver a los funcionarios allí presentes que esta era una revolución distinta a la de "otros países que han llegado al socialismo y que han conquistado por las armas el gobierno y el poder". Les señaló que "este era el gobierno de los trabajadores y que los cambios que el país estaba viviendo los hacíamos en pluralismo, democracia y libertad". Añadió que se trataba de un proceso de cambios "dentro de la democracia burguesa". Ante las demandas de sectores de izquierda para cerrar el Congreso, Allende respondió: más fácil "sería que no hubiera Congreso, pero eso sencillamente este gobierno no puede hacerlo". Concluyó que, aunque el Congreso realizara la más enconada oposición, "tendríamos que seguir nosotros sencillamente dentro de la Constitución" 183/.

En el mes de junio tuvo lugar un intercambio de cartas entre Allende y la Corte Suprema, en el que el Presidente señalaba la existencia de lo que estimaba una "manifiesta incomprensión por parte de algunos sectores del Poder Judicial, particularmente de los Tribunales Superiores, del proceso de transformación que vive el país" 184/. La Corte Suprema, por su parte, interpretó la carta de Allende "como un intento de someter el libre criterio del Poder Judicial a las necesidades políticas del Gobierno" 185/.

El conflicto entre el gobierno y la oposición se hacía cada día más intenso, lo que contribuía a su vez a radicalizar aún más al Partido Socialista y a intensificar el conflicto entre Allende y su colectividad. Estas tensiones alcanzaron un nivel dramático con el "Tancazo" del 29 de junio, cuando algunas tropas del ejército, encabezadas por unos pocos oficiales, intentaron el derrocamiento del gobierno. Dicho intento golpista fue reprimido por las propias Fuerzas Armadas, dirigidas por el Comandante en Jefe del Ejército, General Carlos Prats. A los pocos días Altamira no declaró que, "llegado el caso en que algunos oficiales se alzaren, los oficiales, suboficiales, clase y soldados no tienen la obligación de prestarles obediencia" 186/.

Ante la gravedad de la situación y a raíz de una iniciativa de la

Iglesia de Santiago, el Presidente llamó a un diálogo con el PDC, a fin de buscar en conjunto una solución política a la crisis. En conferencia de prensa, Allende sostuvo que "es necesario que todos los sectores recapaciten y se busque el diálogo. Para el gobierno el diálogo no significa claudicaciones ni entreguismos". En manifiesta contradicción con la tesis de la "inevitabilidad del conflicto", Allende señalaba que "siempre tengo confianza en que, cualesquiera que sean las diferencias, evitaremos el enfrentamiento" 187/.

Por su parte, el Partido Socialista emitió una declaración pública en la que señalaba no aprobar el diálogo con la directiva demócrata-cristiana 188/. Sobre el diálogo con el PDC, Altamirano señalaba lo siguiente: "El Partido Socialista no aceptará jamás conciliar con los enemigos de Chile, del Gobierno Popular, de los trabajadores". Añadía lo siguiente: "es necesario decir que el Presidente de la República, compañero Salvador Allende, está desarrollando dicho diálogo con la aprobación de la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, y con la franca discrepancia del Partido Socialista" 189/.

Declaraciones como éstas erosionaban evidentemente las posibilidades de buen éxito del diálogo entre el PDC y Allende, puesto que éste último aparecía desautorizado por su propio partido. En un intento prácticamente desesperado por parte de Allende para hacer prosperar un acuerdo con el PDC, el Presidente procedió a reestructurar su gabinete a mediados de julio, nombrando como Ministro del Interior a Carlos Briones, persona de reconocida moderación.

Ya con anterioridad Allende le había ofrecido un Ministerio a Briones. Este último, sin embargo, le habría representado al Presidente la necesidad de clarificar su relación con la dirección del partido, pues allí existía un conflicto que debía ser resuelto. Ello se hacía necesario si lo que se quería era lograr un acuerdo con el PDC. Allende accedió finalmente a este enfoque, e incluso consiguió la aprobación de la Comisión Política y de Altamirano para la designación de Briones como Mi-

nistro del Interior, a mediados de julio. Briones consiguió el respaldo de socialistas tan claves como Almeyda, Rodríguez y el mismo Ampuero. Allende le dio todo su respaldo.

No obstante, cuando la dirección del Partido Socialista percibió que la estrategia de Briones iba dirigida a un entendimiento con el PDC, le restó todo apoyo. Briones presentó su renuncia a Allende, al sentirse desautorizado por la dirección socialista, a fines de julio.

Ante la situación planteada Allende se reunió con Almeyda y el propio Briones (Altamirano no participó), a fin de reestructurar el gabinete. Le pidió a Briones que siguiera como Ministro del Interior. Briones se inclinó por Almeyda para encabezar el gabinete, pues consideraba que tenía más respaldo en el partido. No obstante, Almeyda se negó y Briones aceptó reasumir como Ministro del Interior, solicitando a Allende poderes suficientes para negociar 190/.

El Presidente estaba consciente del peligro de dividir a su propio partido, cuestión que quería evitar a toda costa, pero decidió finalmente ratificar a Briones, a comienzos de agosto. Lo hizo sin pedir el pase del partido y haciendo uso de sus prerrogativas constitucionales. En efecto, Allende señaló, respecto de Briones, que éste "no tiene militancia política. No representará al Partido Socialista. Su designación es el ejercicio de un derecho que me otorga la Constitución Política, a la cual no he renunciado, ni renunciaré" 191/.

La respuesta del Partido Socialista no se hizo esperar. Frente a dicha designación la Comisión Política del partido, en declaración pública, confirmó que Briones no era militante del partido (la verdad era que no tenía las cuotas al día), y "deslinda toda responsabilidad de sus actuaciones" 192/.

Las conversaciones entre el PDC representado por Aylwin y Olguín, Presidente y Vicepresidente, respectivamente, y Allende, Almeyda y Briones por el gobierno, continuaron. No obstante, a poco andar el Partido Socialista dispuso el retiro de Almeyda y las conversaciones no prosperaron 193/.

Como ya hemos anticipado, Allende hizo un último intento por buscar una solución política, el 5 de septiembre. Con tal objeto, planteó a los partidos de gobierno la posibilidad de realizar un referendun sobre ciertas materias fundamentales, camino que fue rechazado por la dirección de la Unidad Popular el 8 de septiembre 194/.

No obstante, consciente de la gravedad de la situación, el 9 de septiembre, el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, envió una carta a Allende, en la que señaló que entregaba a éste la decisión del conflicto, de manera que cualquiera fuese la decisión, tendría el respaldo del Partido Comunista. La colectividad veía como inminente la guerra civil o el golpe de Estado.

El pase dio a Allende una última esperanza y, aún cuando estaba consciente de las divisiones que podían surgir en el interior del Partido Socialista, finalmente comunicó a sus asesores más cercanos, el mismo 10 de septiembre, su decisión de llamar a plebiscito 195/. Ello era, sin embargo, demasiado tarde, pues el 11 de septiembre el Presidente Allende fue derrocado por un Golpe de Estado, poniendo fin a su gobierno y a 140 años de vida republicana.

Ese día en la mañana, Allende tuvo el último contacto oficial con su partido. Dejemos que su propio asesor, Joan Garcés, testigo directo de los hechos, nos relate el encuentro 196/:

"La mañana del día 11 de septiembre, poco antes de las nueve, cuando ya el ruido de los vuelos rasantes de la aviación dificultaban las conversaciones, en el minuto escaso que Allende concedió a Hernán del Canto confluían tres años de interrelación entre la dirección del Partido Socialista y el Presidente de la República:

-Presidente, vengo de parte de la dirección del partido a preguntarle qué hacemos, dónde quiere que estemos.

-Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer -respon

dió secamente Allende-. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber.

Ahí terminó la conversación. Del Canto partió. Los demás partidos no enviaron a preguntar qué hacían".

Conclusión

En esta última parte hemos querido expresar el conflicto entre el proyecto Allendista y el Partido Socialista citando profusamente los dichos y declaraciones de los propios actores involucrados. Ello nos muestra con toda claridad la existencia de dos concepciones antagónicas: la de la Vía Allendista al Socialismo, en "democracia, pluralismo y libertad", y la representada por el Partido Socialista, que había evolucionado en la dirección de una postura crecientemente leninista e insurreccional, y que veía en las instituciones democráticas un obstáculo insalvable para la instauración del socialismo.

Aunque este no es un trabajo sobre el quiebre de la democracia chilena, proceso bastante más complejo que da cuenta de una serie de factores tanto internos como externos, esta tensión entre la Vía Allendista y la Vía Insurreccional propiciada por el Partido Socialista, contribuyó significativamente al desenlace del 11 de septiembre de 1973. Mientras la concepción socialista democrática de Allende aspiraba a crear las condiciones para una sociedad socialista a través de la transformación gradual del Estado y la profundización del régimen democrático de gobierno, lo que suponía contar con un apoyo mayoritario, la concepción crecientemente leninista del Partido Socialista lo llevó paulatina pero sostenidamente a plantear la destrucción del Estado "burgués" y la sustitución de la democracia "formal" por el llamado "Poder Popular", el que suponía el concurso protagónico del partido-vanguardia más que el apoyo de las grandes mayorías.

El que estos dos actores principales sustentaran dichas posturas antagónicas cobró especial importancia en momentos en que uno de ellos era el jefe del gobierno, y el otro -su propio partido- era la colectividad eje y mayoritaria de la Unidad Popular. La inexistencia al interior del Partido Socialista de una concepción socialista democrática

privó al proyecto Allendista de una base sólida de sustentación política al interior de la coalición de gobierno. El apoyo comunista, como hemos visto, era del todo insuficiente, pues a Allende y al Partido Comunista los separaban consideraciones estratégicas fundamentales.

A decir verdad, el único apoyo real con que contaba Allende era el del socialismo Allendista o, en términos aún más amplios, el del pueblo Allendista. De alguna manera el "Allendismo" -nos atreveríamos a decir hasta el día de hoy- fue mucho más que el Partido Socialista e incluso más que la propia Unidad Popular. Esta fue, entre otros factores, una clara consecuencia del régimen presidencial de gobierno imperante en Chile hasta 1973, en el marco de la Constitución de 1925. Ibáñez y los dos Alessandri, Frei y Allende, representaron mucho más que las coaliciones de partidos o los sectores que los apoyaron 197/.

En el caso del gobierno de Allende, y en el conflicto entre éste y su partido, esta característica del régimen presidencial chileno fue determinante. Allende, en efecto, a sabiendas que representaba más que su propio partido, confió en su capacidad personal para captar votos y apoyo popular, enfatizando pues el elemento electoral. El Partido Socialista, en cambio, se sentía cada vez más alejado de las consideraciones electorales, las que eran propias de un tipo de democracia "formal" o "burguesa" que aspiraba a superar. Para este último la política chilena se definía cada vez más en términos de "correlación de fuerzas" y no de "competencia electoral".

Fue así como en momentos de elecciones el Allendismo ganaba terreno, mientras que el Partido Socialista entendía que tenía que bajar la intensidad de su discurso a fin de no frustrar el resultado electoral. Pero, a la inversa, en momentos en que no era lo electoral lo que primaba, el partido volvía a arremeter con toda intensidad con su discurso radical.

Esta doble perspectiva antagónica podía subsistir con alguna probabilidad de éxito hasta 1970, pero hizo crisis cuando Allende y el Partido Socialista accedieron al poder. En efecto, en esa posición el Partido

Socialista tenía que jugarse el todo por el todo, sin consideraciones de ninguna especie. Tenía que hacer realidad las definiciones ideológicas de los congresos de Linares y Chillán para dar lugar a "un proceso ininterrumpido hacia el socialismo". La consigna era "avanzar sin transar" hacia "la conquista total del poder". De nada podían ya valer las consideraciones electorales. Fue así como el partido asignó a las elecciones parlamentarias de 1973 el carácter de un "combate", señalando que "las revoluciones no se hacen por votaciones".

En ese contexto, de poco servían las invocaciones de Allende al electorado, al pueblo Allendista. En vano insistiría Allende en llamar a un referendun en momentos en que la dirigencia de su partido postulaba que el conflicto era "inevitable". Por su parte, el socialismo Allendista había perdido posiciones -si es que alguna vez las tuvo- al interior del partido desde mucho antes de 1970. No sólo este sector, sino también el socialismo moderado, de corte parlamentarista (los "chetistas") habían perdido posiciones al interior del partido desde que una nueva dirección pasara a controlar el poder en el muy crucial congreso de La Serena, en 1971.

Desde ese Congreso, el secretario general ya no era elegido por la asamblea (la que había elegido a Aniceto Rodríguez en 1965 y 1967, en momentos en que el partido se definía como leninista) sino por el Comité Central. Este último, por su parte, pasó a contar con una mayoría desequilibrante de los nuevos elementos militaristas surgidos al interior del partido en los años 60. El retiro de los delegados de Aniceto Rodríguez, luego de que fuera tácitamente rechazada la cuenta de éste último, en parte contribuyó a ello. El nuevo Comité Central, aumentado de 28 a 45 miembros, pasaba a ser más representativo de la diversas fracciones internas 198/, crecientemente militarizadas, que de las bases, cuya posibilidad de influir habían disminuido, partiendo por la elección misma del secretario general (recordemos que habían sido las bases del partido -31 de un total de 34 regionales- las que habían decidido la designación de Allende

de como candidato presidencial en 1970, pese a que éste había recibido una minoría de votos en el Comité Central de aquel entonces).

De esta manera, el partido adquiriría un perfil diferente y se insertaba en una práctica cada vez más permeada por concepciones leninistas, contra un Allende que, a decir verdad, siempre había descuidado bastante la vida partidaria interna y la discusión ideológica, confiado en su ascendencia sobre el pueblo y el socialismo Allendistas, y su capacidad para atraer votos.

De alguna manera, el Congreso de La Serena, en 1971, representó la conclusión lógica de esta última etapa del Partido Socialista, cualesquiera fueren las tensiones y contradicciones internas, y las hubo muchas. Carlos Altamirano, no Aniceto Rodríguez, ni menos Salvador Allende, representó y recogió fielmente las definiciones ideológicas adoptadas por el partido en los Congresos de Linares (1965), Chillán (1967) y La Serena (1971). Allende, por su parte, no hizo sino expresar y representar una postura socialista democrática que había sido marginal desde los inicios del partido, en los años 30. Eugenio González, primero, y Salvador Allende después, éste último en un plano más intuitivo que intelectual, fueron voceros de un proyecto que no encontró, al interior del Partido Socialista, el correlato de una concepción socialista democrática claramente definida y articulada y, sobre todo, mayoritaria. El Partido Socialista había evolucionado desde una postura marcadamente populista, con una visión más bien instrumental de la democracia, hacia una postura crecientemente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones democráticas.

N O T A S

- 1/ Manuel A. Garretón, "El proceso político chileno" (FLACSO, Santiago, 1983).
- 2/ Enzo Faletto, "Génesis histórica del proceso político chileno", (Edit. Quimantú, Santiago, 1971), p. 30.
- 3/ Sobre este primer exilio de Grove en Isla de Pascua y, en general, sobre el período comprendido entre 1930 y 1932, etapa de gestación del Partido Socialista, ver Carlos Charlín, "Del Avión Rojo a la República Socialista" (Edit. Quimantú, Santiago, 1972).
- 4/ Ibid, p. 673.
- 5/ Ibid, p. 708.
- 6/ Sobre la República Socialista ver Jack Ray Thomas, "The socialist Republic of Chile", en JOURNAL OF INTERAMERICAN STUDIES (Vol. 6, 1964); Revista APSI (N°s. 163, 164 y 165, octubre y noviembre de 1985); el libro de Charlín, op. cit., y Paul Drake, "Socialism and Populism in Chile, 1932-1952" (University of Illinois Press, Urbana, 1978), p. 74 y siguientes.
- 7/ Dicha acta puede encontrarse en Julio César Jobet, "El Partido Socialista de Chile" (Ediciones Prensa Latinoamericana S.A., Santiago, 1971), p. 67 y siguientes.
- 8/ Paul Drake, "Socialism and Populism ...", op. cit.; p. 70.
- 9/ Carlos Charlín, op. cit.; p. 733.
- 10/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 73.
- 11/ Ibid, p. 69 y 74.
- 12/ Carlos Charlín, op. cit.; p. 751.
- 13/ Ibid; p. 867.
- 14/ Ibid; p. 868.

- 15/ Sobre esta elección se puede ver Jack Thomas, "Marmaduke Grove and the Chilean National Election of 1932" en THE HISTORIAN (Vol. XXIX, N° 1, November, 1966).
- 16/ Alejandro Witker, "Historia Documental del Partido Socialista de Chile, 1933-1983" (Univ. Autónoma de Guerrero, México, 1983), p. 24. Esta definición corresponde fielmente a lo que el Partido Socialista era y sería en la práctica. Pollack señala que el liderazgo del partido, sin embargo, estaba más orientado hacia una extracción social de clase media. Fue así como en el período 1933-1939 la composición social del liderazgo socialista era la siguiente: 75% de los más altos dirigentes nacionales (Comité Central) eran de clase media (intelectuales y profesionales), mientras que el 25% eran de origen obrero (artesanos, mineros y obreros industriales). (Benny Pollack, "The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its ideology and organization", en JOURNAL OF LATIN AMERICAN STUDIES (N° 10, Vol. I). Por su parte, Hockwald señala que de un total de 448 fundadores del Partido Socialista, 119 eran empleados, 109 trabajadores de la construcción, 29 artesanos, 21 profesores, 21 contadores, 21 profesionales, 12 obreros especializados, 10 oficinistas y 106 clasificados como "varios" (industria, comercio, estudiantes y dueñas de casa, entre otros), (Miriam Hochwald, "Imagery in politics: a study of the ideology of the Chilean Socialist Party" (UCLA, Ph.D. Thesis, Univ. Microfilms International, Ann Arbor, Michigan, USA, 1981) Apéndice 1.
- 17/ Julio César Jobet, "Teoría, Programa y política del Partido Socialista de Chile", en Julio César Jobet y Alejandro Chelén Rojas, PENSAMIENTO TEORICO Y POLITICO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (Edit. Quimantú, Santiago, 1972), p. 50.
- 18/ Esta tensión aparece en el centro del análisis de Hockwald, op. cit. También Drake centra sus análisis en el permanente dilema entre "fines revolucionarios" y "práctica reformista" (Paul Drake, "The Chilean Socialist Party and Coalition Politics, 1932-1946", en HISPANIC AMERICAN HISTORIC REVIEW (Vol. 53, N° 4, November, 1973).
- 19/ Esta declaración de Principios puede encontrarse en Fernando Casanueva y Manuel Fernández, "El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile" (Edit. Quimantú, Santiago, 1973). Al explicar dicha Declaración por qué no cree posible una transformación evolutiva por medio del sistema democrático señala que la clase dominante "se ha organizado en cuerpos civiles armados". Esto

dice relación con la creación de las milicias republicanas, creadas bajo el gobierno de Alessandri. Añade que tiene en cuenta también el hecho de que dicha clase "ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación". Se trata, pues, de un estado de clase, lo que es consecuente con el concepto mismo de estado allí señalado, al que se define como "un organismo de opresión de una clase sobre otra".

- 20/ Drake, "Socialism and Populism ...", op. cit., p. 98.
- 21/ El mejor trabajo sobre los rasgos populistas del socialismo chileno en este período es el de Paul Drake, "Socialism and Populism ...", op. cit. En una línea similar de argumentación también pueden mencionarse, del mismo autor "The Chilean Socialist Party and Coalition Politics ...", op. cit.; y de Pablo Higaldo, "Notas sobre la raíz populista del Partido Socialista", en KRITICA (2a. Epoca, N° 16, noviembre-diciembre, 1984), y "Pasado y Presente de los partidos de izquierda. Un ensayo interpretativo" (CED, Documento de Trabajo N° 109, septiembre 1985).
- 22/ Citado en Paul Drake, "Socialism and Populism ...", op. cit., p. 160. La mejor biografía política de Marmaduke Grove es, Jack Thomas, "Marmaduke Grove: a political biography" (Ph.D. DISSERTATION, The Ohio University, 1962).
- 23/ La frase es de Ramón Vergara. Jobet, por su parte, lo considera "espontaneísta, mesiánico y personalista". Ambas expresiones pueden encontrarse en Faletto, Ruíz y Zemelman, "Génesis histórica ...", op. cit., pp. 99 y 100.
- 24/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 94.
- 25/ En Faletto, Ruíz y Zemelman, op. cit.; p. 98. De Marx decía que "no lo conozco sino por fotografías" (Oscar Waiss, "Chile vivo; memorias de un socialista (1928-1970)", Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid, 1985); p. 49.
- 26/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 97.
- 27/ Faletto, Ruíz y Zemelman, op. cit.; p. 77.
- 28/ Sobre el Frente Popular se pueden ver, John R. Stevenson, "The Chilean Popular Front", op. cit.; Paul Drake, "The Chilean Socialist Party ...", op. cit.; p. 626 y siguientes, y David Corkill,

The Chilean Socialist Party and the Popular Front, 1933-1941", en JOURNAL OF CONTEMPORARY HISTORY (II, 1976; p. 261-173). Sobre el Partido Radical, digamos que éste era, a su vez, una alianza social entre agricultores de la zona sur y las capas medias.

- 29/ Un típico ejemplo de este tipo de análisis es el de Jobet, quien señala que el Partido Socialista se resistió inicialmente a integrar el Frente Popular pues "significaba abandonar su línea popular y revolucionaria para plegarse en una acción democrático-burguesa, reformista, orientada por el ala derecha del radicalismo" (Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 51).
- 30/ Drake señala que "más que nada, un frente popular ofrecía al Partido Comunista una manera de superar sus debilidades entre los trabajadores y el electorado en general" (Drake, Socialism and Populism ...", op. cit.; p. 173).
- 31/ John, R. Stevenson, "The Chilean Popular Front", op. cit.; p. 71.
- 32/ Drake, "Socialism and Populism ...", op. cit.; p. 177.
- 33/ Esta expresión está tomada de Faletto, Ruíz y Zemelman, op. cit.; p. 104.
- 34/ La verdad es que la "cuestión agraria" no ocupó un espacio muy central en ese período. Por un lado estaban los agricultores radicales, reacios a tratar el tema y, por otro lado, estaba la indiferencia de los sectores marxistas hacia los campesinos. Sólo en la década del 60 reemergería el tema a través de la industrialización campesina y la reforma agraria.
- 35/ El nombre de "incoformistas" se los había dado Aguirre Cerda, líder de la coalición del Frente Popular. Uno de sus exponentes, Oscar Waiss, justificaba el inconformismo acusando al PS de haberse asimilado "a las formas de la social-democracia, de la colaboración de clases antagónicas y de la capitulación más vergonzante" (Waiss, op. cit.; p. 74). El PST, formado por los incoformistas, tras su expulsión del partido, tendría una existencia muy efímera. En 1944, muchos de ellos (Godoy Urrutia, Orlando Millas y otros) ingresarían al Partido Comunista, mientras que el resto, Waiss entre ellos, volvería al PS (muchos de estos datos me fueron proporcionados por Oscar Waiss, en entrevista personal del 16.IX.86).

- 36/ Las razones del retiro del Partido Socialista del Frente Popular fueron similares a las esgrimidas inicialmente para rehusar ingresar al mismo, lo que confirma nuestra impresión de que fueron razones más de competitividad política que de tipo ideológico. El propio Jobet refiere el retiro del Frente Popular a la disputa entre socialistas y comunistas, relacionada en ese momento con la actitud del Partido Comunista chileno de apoyar el pacto Hitler-Stalin, pues demostraba que "el PC era capaz de actitudes desleales e innobles". No lo hacía confiable como socio y menos al interior de una coalición como el Frente Popular, en que ocupaba un lugar privilegiado (Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 152). Lo mismo opina Drake. No fue por el "reformismo" del Frente Popular que los socialistas se retiraron del mismo, sino por su rivalidad con los comunistas, que desempeñaron un rol cada vez más predominante al interior de dicha coalición (Drake, "The Chilean Socialist Party ...", op. cit.; p. 632). Una opinión similar puede encontrarse en Carmelo Furci, "The Chilean Communist Party and the road to Socialism" (Zed Books Ltd., London, 1984); p. 35.
- 37/ Stevenson, "The Chilean Popular Front", op. cit., p. 118. Mientras que Aguirre Cerda había sostenido que "gobernar es educar", Ríos sostenía que "gobernar es producir". Ello nos dice algo sobre los distintos enfoques de ambos mandatarios.
- 38/ Drake, "The Chilean Socialist Party ...", op. cit.; p. 633. Drake demuestra que fueron los trabajadores, vía "inflación e impuestos indirectos" los que pagaron por "la expansión de la industria y la burocracia". En general, señala Drake, el balance de los gobiernos radicales no fue muy alentador para los trabajadores. Fue así como, mientras el ingreso nacional real creció en un 40% entre 1940 y 1953, el ingreso de los trabajadores creció sólo en un 7% en el mismo período. Esto contribuyó a aumentar la brecha entre trabajadores y las clases medias, los grandes beneficiados por los gobiernos radicales.
- 39/ Hochwald, "Imagery in politics ...", op. cit.; p. 178.
- 40/ Una de las características del populismo latinoamericano de la época fue justamente el haber descansado en las posibilidades de acción del Estado, comprometido en una estrategia industrializadora. Como señala Faletto, "quizás si los grandes aportes de los populistas latinoamericanos son la valorización del Estado y el proceso de industrialización" (Enzo Faletto, "Sobre populismo y socialismo", en OPCIONES (N° 7, septiembre-diciembre, 1985), p. 70. Ver también a este respecto el trabajo de José

Aricó, quien señala que una de las cosas que unía a populistas y marxistas en este período era "la dimensión fuertemente estatista de sus visiones", José Aricó, "El marxismo en América Latina", en OPCIONES (N° 7, septiembre-diciembre, 1985), p. 83.

- 41/ Hochwald, "Imagery in politics ...", op. cit.; p. 105. Arrate señala que "en el mundo de la izquierda latinoamericana la relación con 'lo europeo' ha tenido ... aunque por razones diversas, una vida más bien azarosa" (Jorge Arrate, "La fuerza democrática de la idea socialista", Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1985; p. 80). En cuanto a Gramsci y al PCI, su influencia sólo llegó a América Latina desde los años 70.
- 42/ Faletto, "Sobre populismo y socialismo", op. cit., p. 66.
- 43/ Ibid, p. 64.
- 44/ Ver, Heraldó Muñoz, "La política internacional del Partido Socialista y las relaciones exteriores de Chile", en TEMAS SOCIALISTAS (VECTOR, Santiago, 1984), p. 14. La tesis central de Muñoz es que "la política internacional del PS ha tendido a ubicarse en un punto equidistante entre el populismo y el socialismo doctrinario" (Ibid, p. 10).
- 45/ Hayde la Torre definió el APRA precisamente como "la unión de trabajadores manuales e intelectuales", expresión utilizada en Chile tanto por Schnake como por Grove (citado en Boris Yopo, "El PS chileno y Estados Unidos", Documento de Trabajo, FLACSO N° 224, octubre 1984; p. 34).
- 46/ El mejor trabajo sobre las relaciones entre el PS y Estados Unidos es Yopo, ibid.
- 47/ Ibid, p. 36.
- 48/ Ibid, p. 40.
- 49/ Si sumamos los votos del PS en 1945 a los del PSA de Grove, obtenemos un 13%, pero aún así es notoriamente inferior al 18% obtenido en 1941. En cuanto a la elección presidencial de 1946 hay que aclarar que la mayoría de los socialistas votaron por González Videla. Un buen estudio sobre aspectos electorales puede encontrarse en Ricardo Cruz Coke, "Historia electoral de Chile" (Edit. Jurídica de Chile, Santiago 1984).

- 50/ El que Allende haya sido elegido secretario general en 1943 no significa que fuera anti-colaboracionista. Siempre -hasta el fin de sus días- tuvo en alta estima al Frente Popular. De hecho, en el Congreso de 1946, Ampuero se enfrentó a Allende, al que ganó por 7 votos. Los trotskistas fueron decisivos en el triunfo de Ampuero, pues de 14 delegados del tronco trotskista, 10 apoyaron a Ampuero y 4 a Allende (entre ellos, Manuel Hidalgo y Humberto Mendoza, ex-jefes del trotskismo, quienes se habían incorporado entusiastamente al Frente Popular). Sobre lo anterior se puede ver Oscar Waiss, "Chile vivo ...", op. cit.; p. 88, quien ratificó lo expuesto en entrevista personal.
- 51/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 199. Sobre este factor generacional en el liderazgo socialista, ver Arrate, op. cit., p. 110 y siguientes.
- 52/ Heraldo Muñoz, "La política internacional ...", op. cit.; p. 18.
- 53/ Junto al Programa de 1947, que se puede encontrar en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 67 y siguientes, encontramos dos documentos principales de Eugenio González: "El Socialismo frente al liberalismo" escrito en 1953 (ver Jobet y Chelén, op. cit.; p. 95 y siguientes) y, "El socialismo, único fundamento de la democracia", correspondiente a su discurso de despedida del Senado, en 1957 (ver, Actas del Senado, sesión del 14 de mayo de 1957).
- 54/ Sobre las tensiones sobre populismo, democracia y marxismo, ver los trabajos de Faletto y Aricó, ya citados.
- 55/ Faletto, "Sobre populismo y socialismo", op. cit.; p. 70.
- 56/ Ver Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 157 y 181, y Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 154.
- 57/ Drake, "Socialism and Populism ...", op. cit.; p. 151.
- 58/ En Hochwald, "Imagery in politics ...", op. cit.; p. 116. Debemos sí añadir que hacia los años 40 la democracia formal chilena presentaba aún serias limitaciones. Subsistía el cohecho en el sistema electoral (mediante la existencia de cédulas diferenciadas y el pago de una suma de dinero), el que sólo desapareció con la reforma electoral de 1957, que creó el sistema de cédula única. Por otro lado, el universo electoral era aún bastante reducido. Sólo desde fines de los años 50 este experimentó un aumento explosivo, a raíz de la reforma electoral señalada anteriormente, lo que aumentó considerablemente

con el establecimiento del voto obligatorio (1962) y la reforma electoral de 1970 que dió derecho a voto a todos los mayores de 18 años, incluyendo a los analfabetos y los no videntes. De esta manera, el universo electoral más que se triplicó entre 1957 y 1971 (Cruz Coke, op. cit.)

- 59/ Cuando no señalamos lo contrario, las citas que siguen son tomadas del Programa de 1947, en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 67 y siguientes. Sobre dicho Programa ver también, Alvaro Briones y Eduardo Ortiz, "Una visión de la evolución del pensamiento socialista en Chile", OPCIONES N° 7, p. 170, y Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 207 y siguientes.
- 60/ Eugenio González, "El socialismo frente al liberalismo", en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 104.
- 61/ Ibid, p. 106.
- 62/ Las siguientes citas, salvo que se indique lo contrario, son tomadas de dicho discurso (Actas del Senado, sesión del 14 de mayo de 1957).
- 63/ González, "El socialismo frente al liberalismo", op. cit.; p. 116.
- 64/ González, Programa de 1947, en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 86. Sobre el "Frente de Trabajadores" pueden consultarse los siguientes textos: Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 17 y siguientes; Jobet y Chelén, op. cit.; p. 461 y siguientes; Briones y Ortiz, op. cit.; p. 173; Salomón Corbalán, "El Partido Socialista de Chile", en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 181 y siguientes; Salomón Corbalán, "Por un Frente de Trabajadores", en Witker, "Historia Documental ...", op. cit.; p. 55 y siguientes; y Hochwald, "Imagery in politics ...", op. cit., p. 160 y siguientes.
- 65/ Salomón Corbalán, "El Partido Socialista de Chile", en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 193.
- 66/ Sobre el Partido Comunista, ver Carmelo Furci, "The Chilean Communist Party ...", op. cit.
- 67/ Hay que señalar que en este congreso de unidad, el concepto de clase trabajadora se tomó "en un sentido amplio, considerando en su seno a la clase obrera, los empleados, la pequeña burguesía empobrecida, los campesinos" (Jobet, ibid., p. 461). No obstante, el desarrollo posterior del concepto lo acercó cada

vez más a una acepción restringida. En cuanto al FRAP, contribuyó poderosamente a afianzar la unidad socialista-comunista el XX Congreso del PCUS celebrado ese mismo año en Moscú, el que llegó a cuatro conclusiones fundamentales: declaró que la guerra era evitable, reconoció distintas vías para llegar al poder (incluso la electoral), señaló que había distintos caminos para construir el socialismo (cuestión fundamental para los socialistas chilenos), y rechazó el culto a la personalidad, consecuencia lógica de la de-stalinización iniciada en dicho congreso.

- 68/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 33 y siguientes.
- 69/ Las cifras exactas para las elecciones parlamentarias de 1957, son: 6,3% para el PSP y 4,4% para el PSCH, con un total de 10,7% para los socialistas; y para las elecciones presidenciales de 1958 son: 31, 2% para Alessandri y 28,5% para Allende. La otra sorpresa fue Eduardo Frei, del PDC, quien obtuvo el 20,5% de los votos. (Cruz Coke, "Historia electoral ...", op. cit., p. 108).
- 70/ Muñoz, "La Política internacional ...", op. cit., p. 21.
- 71/ Sobre el impacto de la experiencia yugoslava, se pueden ver Muñoz, *ibid*, p. 21; Pollack, "The Chilean Socialist Party ...", op. cit., p. 148 y Oscar Waiss, "Amanecer en Belgrado" (Santiago, 1956). Tanto Muñoz como Yopo califican la política exterior del PS en la década del 50 como la "etapa yugoslava". Un análisis detenido del proceso yugoslavo puede encontrarse en la Revista ARAUCO, del Partido Socialista (1959-1966). Artículos sobre la experiencia yugoslava y su impacto en el socialismo chileno, pueden encontrarse en los siguientes números: 2 (noviembre de 1959), 4 (enero-febrero 1960), 10 (agosto 1960), 14 (diciembre 1960), 17 (junio 1961), 23 (diciembre 1961), 25 (febrero 1962), 63 (abril 1965) 66 (julio 1965), 67 (agosto 1965), 69 (octubre 1965), 70 (noviembre 1965) y 74 (marzo 1966). Sobre el conflicto sino-soviético y su impacto pueden consultarse Muñoz, op. cit.; p. 23 y Revista ARAUCO números 2 (noviembre 1959), 4 (enero-febrero 1960) y 14 (diciembre 1960). Es interesante que las referencias a los casos como Yugoslavia, China, Cuba y Vietnam, entre otros, generalmente forman parte de una sección de ARAUCO llamada "Los caminos del socialismo", lo que viene a enfatizar la permanente postura de los socialistas chilenos de desconocer que la URSS sea "el camino".
- 72/ Raúl Ampuero, "La Izquierda en Punto Muerto" (Edit. Orbe, Santiago, 1969), p. 33.

- 73/ ARAUCO, N° 1 (octubre 1959). Una editorial de octubre de 1964, señala: "quien quiera conocer la trayectoria del Partido Socialista en la vida política nacional, su teoría, su ideología y su acción práctica, puede encontrar en ARAUCO la fuente fidedigna de su mayor información", (N° 57, octubre, 1964; p. 7).
- 74/ Se pueden consultar especialmente los siguientes números: 1 (octubre 1959), 6 (abril 1960), 10 (octubre 1960), 12 (octubre 1960), 13 (noviembre 1960), 19 (agosto 1961), 20 (septiembre 1961), 21 (octubre 1961), 22 (noviembre 1961) y (diciembre 1961). Es interesante destacar que entre 1962 y 1964, período de elecciones (Municipales en 1963 y Presidenciales en 1964), la intensidad y frecuencia de las referencias a la revolución cubana prácticamente desaparecen. Al mes siguiente de la elección de septiembre de 1964 y tras la derrota de Allende, nuevamente reaparece un número dedicado especialmente a los 5 años de la revolución cubana (N° 57, octubre 1964). Nuevamente se encuentran referencias al proceso cubano en los números 60 (enero 1965), 67 (agosto 1965), 74 (marzo 1966) y 75 (abril 1966), entre otros.
- 75/ ARAUCO, N° 12, (octubre de 1960), p. 40.
- 76/ ARAUCO, N° 19 (agosto de 1961), p. 5 y siguientes.
- 77/ Raúl Ampuero, "Reflexiones sobre la revolución y el socialismo", en ARAUCO, N° 18 (julio 1961), p. 89.
- 78/ ARAUCO, N° 19 (agosto 1961), pp. 21 y 22.
- 79/ Salomón Corbalán, "Por un Frente de Trabajadores" en Witker, op. cit.; p. 60. También se puede encontrar en ARAUCO, N° 22 (noviembre 1961). Sobre el impacto de la revolución cubana también se pueden ver, Muñoz, "La política internacional ...", op. cit.; p. 24 y siguientes; Pollack, "The Chilean Socialist Party ...", op. cit.; p. 148 y siguientes; Yopo, "El PS chileno ...", op. cit.; Drake "Socialism and Populism ...", op. cit.; p. 302 y siguientes, entre otros.
- 80/ ARAUCO, N° 23 (diciembre 1961), p. 21.
- 81/ En Jobet y Chelén, op. cit., p. 563. La polémica comunista-socialista puede consultarse en este mismo libro, p. 524 y siguientes.
- 82/ ARAUCO, N° 25 (febrero 1962), p. 18.
- 83/ ARAUCO, N° 28 (mayo de 1962), p. 10.

- 84/ Ibid, p. 7.
- 85/ ARAUCO, N° 35, (diciembre 1962), p. 4.
- 86/ ARAUCO, N° 48 (enero 1964), p. 6.
- 87/ ARAUCO, N° 79 (agosto 1966), p. 23.
- 88/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 100.
- 89/ ARAUCO, N° 52 (mayo 1964), p. 5.
- 90/ ARAUCO, N° 55 (agosto 1964), p. 5 y siguientes.
- 91/ ARAUCO, N° 19 (agosto 1971), p. 6.
- 92/ Salomón Corbalán, "Por un Frente de Trabajadores", en Witker, op. cit.; p. 56.
- 93/ ARAUCO, N° 59 (diciembre 1964), p. 9.
- 94/ ARAUCO, N° 79 (agosto 1966), p. 33.
- 95/ ARAUCO, N° 53 (junio 1964), (editorial).
- 96/ ARAUCO, N° 82 (noviembre 1966), p. 32.
- 97/ El mejor trabajo sobre la materia es el de Arturo Valenzuela, "The breakdown of Democratic regimes: Chile" (The Johns Hopkins University Press, 1978). También se puede ver, en el plano teórico, el clásico trabajo de Giovanni Sartori, "The Case of polarized pluralism", en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), POLITICAL PARTIES AND POLITICAL DEVELOPMENT (Princeton University Press, New Jersey, 1966). Sobre este punto agradezco en especial los sugerentes comentarios de Waldo Fortín, en mi seminario sobre "Socialismos Democráticos Comparados", dado en Mendoza, Argentina, en enero de 1986, en el marco de la Escuela de Verano del Instituto para el Nuevo Chile, con sede en Rotterdam, Holanda.
- 98/ En Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 214.
- 99/ El voto presentado por Adonis Sepúlveda puede consultarse tanto en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 228 y siguientes, como en Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit., p. 107. Adonis Sepúlveda provenía del "Partido Obrero Revolucionario" (POR), creado en

los años 50, una pequeña agrupación que recogía elementos de la antigua "Izquierda Comunista"; esto es, del tronco trotskista (entrevista con Oscar Waißs).

- 100/ Estas resoluciones se pueden ver en Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 219; Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 112, y ARAUCO, N° 66 (julio 1965), y 79 (agosto 1966).
- 101/ Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit.; p. 106, y ARAUCO N° 79 (agosto 1966), p. 19.
- 102/ ARAUCO, N° 79 (agosto 1966), p. 44. Este fue la primera vez que oficialmente se hizo alusión al marxismo-leninismo, aunque ya en mayo de 1962, el secretario general de la FJS había señalado la necesidad de definir al PS como Partido "marxista-leninista" (ARAUCO, N° 28 (mayo 1962), p. 9).
- 103/ Sobre esta conferencia se pueden ver Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit., p. 115 y siguientes; Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 220; ARAUCO, N° 72 (abril de 1966) y Muñoz, op. cit.; p. 27.
- 104/ Muñoz, op. cit.; p. 27.
- 105/ ARAUCO, N° 77 (junio 1966), p. 55.
- 106/ Sobre esta Conferencia se pueden ver Jobet, "El Partido Socialista ...", p. 115 y siguientes y 215 y siguientes; y Briones y Ortíz, op. cit.; p. 178.
- 107/ Sobre este punto pueden verse "Punto Final" N° 34, (agosto 1967) y Raúl Ampuero, "La izquierda en punto muerto", op. cit.
- 108/ Ampuero, ibid, p. 188 y 222.
- 109/ En Furci, op. cit., p. 98.
- 110/ Sobre este congreso se pueden ver Jobet, "El Partido Socialista ...", op. cit., p. 127 y siguientes; y Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 223 y siguientes.
- 111/ Jobet, op. cit.; p. 128.
- 112/ Ibid, p. 130. El nuevo CC elegido en dicho Congreso dio a conocer, en conferencia de prensa del 3 de enero de 1968, un texto relativamente distinto al aprobado en dicho Congreso. Confirman do la adhesión al FRAP, y al Frente de Trabajadores, así como su

oposición tajante a radicales y demócrata-cristianos, insistía en definir al PS como "marxista-leninista", y en oponer la "violencia revolucionaria" a la "violencia reaccionaria". Enfatizaba el efecto en cadena de la revolución cubana y el desgaste en Chile del "régimen democrático-burgués". No obstante, en lo que se refiere al uso de "métodos pacíficos o legales", se les consideraba "factores complementarios" y no "instrumentos limitados" incorporados a la "lucha armada". Hay que recordar que ya estaban próximas las elecciones parlamentarias de 1969. En todo caso, se insistía en que ellos no conducían "por sí mismos a la conquista del poder". El texto íntegro dado a conocer en esta Conferencia de prensa puede consultarse en "El Siglo", 4 de enero de 1968.

- 113/ Estos antecedentes me fueron proporcionados por conversaciones con dirigentes socialistas y especialmente en entrevista personal con Ricardo Núñez, miembro del Comité Central del Partido Socialista entre 1967 y 1971, y Secretario General del mismo desde 1986 (entrevista del 4 de abril de 1986). Es necesario añadir que la Comisión redactora del voto triunfante en el Congreso de Chillán estuvo conformada por Clodomiro Almeyda e Iván Núñez (este último del ala trotskista) y Gustavo Ruz, representante de los "Elenos" (Ejército de Liberación Nacional), un grupo formado a mediados de los años 60, con entrenamiento militar en Cuba, el que más tarde se incorporaría orgánicamente al PS.
- 114/ Jobet, op. cit., p. 141.
- 115/ Carlos Altamirano, "El parlamento, tigre de papel", en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 308 y siguientes.
- 116/ Sumado el 12,2% del PS al 2,2% obtenido por la USP, daba un resultado de 14,4% lo que era bastante mejor que los años anteriores. El PC, por su parte, aún partidario de la "vía pacífica", alcanzó un 16% de los votos.
- 117/ Jobet, op. cit.; p. 151.
- 118/ El resultado fue de 36,5% para Allende, 34,9% para Alessandri, el candidato de la derecha, y 27,8% para Tomic, el candidato del PDC (ver Cruz Coke, op. cit.; p. 112).
- 119/ La "Unidad Popular" estuvo conformada por los partidos socialistas, comunista, radical, MAPU, social demócrata (un pequeño partido formado en 1967 que obtuvo un 0,9% de los votos en 1969) y la "Acción Popular Indendiente" (API), insignificante electoralmente. El Partido Comunista desconfiaba de una cuarta candidatura

de Allende y fue así como en algún momento, junto con barajar nombres como el del radical Alberto Baltra, propuso a la dirección del Partido Socialista designar candidato a Aniceto Rodríguez en vez de Allende, lo que fue rechazado por el PS. Esto último, pese a que, como veremos, el apoyo de Allende en la dirección de su partido era muy precario. Se trataba más bien de un problema de dignidad: no podía aceptarse que el PC designara al candidato que el PS debía llevar (entrevista personal con Ricardo Núñez).

- 120/ Este Programa aparece en Salvador Allende, "Nuestro Camino al Socialismo; la vía chilena" (Ediciones Papiro, Buenos Aires, 1971), p. 151 y siguientes. Salvo que se indique lo contrario, las citas que siguen corresponden a dicho texto.
- 121/ Alejandro Rojas, "The problem of democracy and Socialism and Chilean political process from the 1980s", (PH.D. Thesis, York University, Toronto, Canadá, 1984), p. 248. Garretón también habla en términos similares de una "democratización no-capitalista" (M.A. Garretón, "El proceso político chileno", op. cit).
- 122/ Sobre este Congreso pueden consultarse, Jobet, op. cit.; p. 169 y siguientes; Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 240 y siguientes; y los periódicos La Nación (2.2.71); El Siglo (2.2.71) y El Mercurio (2.2.71).
- 123/ Sobre el número de delegados y las votaciones hay una leve discrepancia entre los datos proporcionados por Jobet, op. cit.; p. 169 y los periódicos mencionados en la nota superior.
- 124/ Estos antecedentes me fueron proporcionados por distintos dirigentes socialistas, lo que me permitió llegar al cuadro que se indica
- 125/ Su texto se puede consultar en Carlos Altamirano, "El Partido Socialista y la Revolución Cubana", en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 332 y siguientes; ver también Casanueva y Fernández, op. cit.; p. 240 y siguientes; Jobet, op. cit.; p. 170 y siguientes y los periódicos La Prensa (6.2.71); La Nación (7.2.71); Clarín (18.2.71); El Mercurio (21.1.71) y La Última Hora (23.2.71).
- 126/ Altamirano, "El PS ...", op. cit.; p. 338.
- 127/ Altamirano, La Prensa (6.2.71). Esta frase se hizo muy popular.
- 128/ Ver Jobet, op. cit.; p. 172.

129/ Esta manifiesto puede verse en Jobet, op. cit.; p. 177.

130/ El "elemento cubano" estuvo siempre presente en la vida de Allende, hasta el día de su muerte (murió empuñando un fusil regalado por Fidel Castro). Tenía una gran admiración por la revolución cubana y mantenía una estrecha amistad con Fidel, relación que no estuvo, sin embargo, exenta de tensiones internas. Sentía especial afecto por sectores pro-cubanos de la extrema izquierda chilena (un sobrino suyo, Andrés Pascal Allende era alto dirigente del MIR) y tenían gran influencia en él su hija Beatriz, a la que nos hemos referido, casada a su vez con el jefe de seguridad de la embajada cubana en Chile, y su secretaria privada, Miriam Contreras. Ambas mantenían estrechos contactos con el régimen cubano (antecedentes proporcionados por distintos dirigentes socialistas).

131/ "De 1817 a 1972 los presidentes constitucionales elegidos permanecieron en sus cargos 136 años de un total de 155, o sea el 88% del tiempo total; el 74% de los cambios de presidente se hizo conforme a la regla vigente y el 83% de los presidentes electos según esas normas dejó su mandato al término regular del mismo. Por otra parte, en 163 años de vida como nación independiente y soberana (de 1817 a 1980) el desarrollo político y social de Chile se encuadró primero en una Constitución cuya vigencia fue de 102 años (de 1823 a 1925) y luego en otra que rigió por 48 años (de 1925 a 1973). Si se considera que en ambas se expresa un mismo principio constitucional, resulta que Chile fue normado por aquel único fundamento durante 150 años de sus 155 años de vida nacional (calculados estos entre 1818 y 1973)". Marcelo Schilling, "Hacia una crítica de la interpretación histórica de la izquierda en Chile", en TEMAS SOCIALISTAS (N° 2, VECTOR, Santiago, 1983), p. 32. Por su parte, la población electoral aumentó notablemente entre 1930 y 1970, según lo muestra el siguiente cuadro:

	1930	1952	1970
Población	4.287.000	6.303.000	9.717.000
Población con derecho a voto	1.662.000	2.686.000	4.295.000
Inscrito en el registro electoral	388.000	1.105.000	3.539.000

(Cruz Coke, op. cit.; p. 37).

- 132/ Jorge Arrate, asesor económico de Allende, y antiguo militante del PS, señala: "La exclusión de Allende del Comité Central elegido en el Congreso (Chillán), no obstante su deseo expreso de formar parte, reveló la magnitud de su derrota y su circunstancial aislamiento dentro del Partido Socialista" (Arrate, op. cit.; p. 63).
- 133/ Allende recibió 12 votos a favor, frente a 13 abstenciones. La disputa se dio principalmente entre Allende y Aniceto Rodríguez, secretario general del partido. También Altamirano tenía altas posibilidades, pero tenía una actitud de reticencia frente al proceso electoral, consecuente con la línea fijada en Linares y Chillán. Esto puede verse en Genaro Arriagada, "De la vía chilena a la vía insurreccional" (Edit. del Pacífico, Santiago, 1974), p. 67 y siguientes y p. 223. También puede verse Rojas, op. cit.; pp. 235 y 236. Hay que añadir que, pese a que la disputa entre Allende y Rodríguez fue estrecha, y pese a que éste último había recibido el apoyo de dirigentes tan importantes como Altamirano, Almeyda y Sepúlveda, fueron las bases del partido las que inclinaron la balanza en favor de la candidatura de Allende. En efecto, se hizo una consulta a las bases del partido para dirimir la contienda entre Allende y Rodríguez. El triunfo de Allende fue aplastante: ganó 31 de los 34 regionales consultados (entrevista con R. Núñez, op. cit. (confirmado por Homero Julio, militante socialista, en entrevista del 29.5.86). Esto demostraba al menos dos cosas importantes: (1) cierta distorsión en los órganos de dirección respecto de las bases partidarias, y (2) que Allende era, sin duda alguna, el hombre de masas del Partido Socialista -¿algo similar a lo que Grove había sido en su momento?-. ,
- 134/ Sobre esta conferencia de prensa, ver El Siglo (7.2.71); La Nación (6.2.71); y El Mercurio de Valparaíso (5.2.71).
- 135/ Salvador Allende, "Puesta en marcha del Gobierno Popular", en Witker, op. cit.; p. 67 y siguientes; y del mismo autor, "La vía chilena al Socialismo", en Jobet y Chelén, op. cit.; p. 489 y siguientes. Las citas que siguen son tomadas de estos dos textos. Carlos Altamirano reconoce que desde el Mensaje al Congreso Pleno, el 21 de marzo de 1971, Allende adopta un tono relativamente distinto al del Partido Socialista de la última década. Con ello enfatiza que Allende y el PS evolucionaron en la década del 60 por un mismo camino, pero desde que aquél fuera elegido Presidente de la República, y muy en especial desde el discurso ante el Congreso, Allende habría adoptado un discurso distinto de marcado constitucionalismo. Altamirano atribuye, entre otras cosas, una creciente influencia a Joan Garcés, teórico político catalán,

uno de los principales asesores de Allende (entrevista personal con Carlos Altamirano, los días 5, 6 y 7 de agosto de 1984).

- 136/ Preferimos la expresión "Vía Allendista" a "Vía Chilena" pues esta última suele identificarse con la postura adoptada por el Partido Comunista Chileno después del XX Congreso del PCUS, en 1956 (el que reconoció la posibilidad de distintas "vías" hacia el socialismo), la que no correspondía exactamente al proyecto Allendista, existiendo profundas diferencias entre ambos (ver nota 139).
- 137/ Allende, "Nuestro camino al socialismo ...", op. cit.; p. 96.
- 138/ Rojas, op. cit.; p. 252.
- 139/ Generalmente se suelen distinguir sólo dos tendencias, en este período, al interior de la UP, representados por el PS y el PC. A Allende suele incluirse más de cerca de éste que de aquél. Por nuestra parte, hemos preferido seguir la distinción tripartita de Rojas (op. cit.; p. 252 y siguientes), Arrate (op. cit.; p. 30 y siguientes) y Schilling (op. cit.; p. 26). Todos ellos señalan al proyecto Allendista como distinto al del PS y PC. Aunque con este último Allende tenía afinidades tácticas, hay diferencias importantes entre ambos. Desde luego, como lo señala Arrate, el PC "asumía como elementos tácticos algunos que el Presidente había formulado como estratégicos" (Arrate, op. cit.; p. 169). Fue así como la "vía democrática al socialismo" tenía para el PC sólo un interés táctico, mientras que para Allende tenía un sentido estratégico. El mismo Corvalán se encargó de rechazar, por parte del PC, la pretensión de Allende de que el camino chileno correspondía a un "segundo modelo", que no pasaba por la "dictadura del proletariado". Señala Corvalán, en un informe al pleno del CC del PC: "En relación a la orientación del Gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del PC con la política de Salvador Allende ... Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluía o hacía innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado" (Arrate, op. cit.; p. 46; ver también Rojas, op. cit. p. 252).
- 140/ La Nación (20.3.71).
- 141/ La Nación (22.4.71).

- 142/ El texto íntegro puede encontrarse en El Mercurio (15.4.71).
- 143/ Las conclusiones de este pleno y del pleno de Algarrobo, de agosto de 1971, pueden encontrarse resumidas en un documento para la discusión interna del PS, cuyo texto íntegro aparece en El Mercurio (12 y 13.3.72).
- 144/ Sobre la importancia de dicha elección complementaria, y los intentos de Allende por llegar a un acuerdo con el PDC, el que fue bloqueado por la UP, se pueden ver, Joan Garcés, "Allende y la experiencia chilena" (Ariel, Barcelona, 1976), pp. 207 a 212 y Rojas, op. cit.; p. 406.
- 145/ Ver La Nación (18.8.71) y El Mercurio (12 y 13.3.72).
- 146/ Ver La Prensa (8.8.71), con las declaraciones de Jáuregui.
- 147/ Las Ultimas Noticias (28.10.71).
- 148/ Ver Garcés, op. cit.; p. 184 y Paul Sigmund, "The overthrow of Allende and the politics of Chile, 1964-1976", (Univ. of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1977), p. 164.
- 149/ Garcés, op. cit.; p. 192.
- 150/ La Nación (15.1.72)
- 151/ Su texto íntegro puede encontrarse en El Mercurio de los días 12 y 13 de marzo de 1972. Las citas siguientes corresponden a este documento.
- 152/ El texto de dicho documento se encuentra reproducido íntegramente en El Mercurio (25.3.72).
- 153/ Garcés, op. cit.; p. 53.
- 154/ Rojas, op. cit.; p. 303.
- 155/ Estos antecedentes pueden encontrarse en diversos pasajes del libro de Joan Garcés, op. cit.; especialmente p. 107 y siguientes.
- 156/ Rojas, op. cit.; p. 329.
- 157/ La Nación (16.8.73).

- 158/ Rafael Merino, secretario general del PS en Concepción señala que la Asamblea del Pueblo se realizó de acuerdo a directivas del CC del PS y del propio Altamirano (El Mercurio 4.8.72). Esta Asamblea era algo muy distinto a lo planteado en el Programa de la UP, que se refería al parlamento y a la necesidad de contar con una Cámara Unica.
- 159/ El texto íntegro de esta carta aparece en La Nación (31.7.72).
- 160/ Esta declaración puede verse en La Tercera (31.10.72).
- 161/ Clarín (8.11.72).
- 162/ La entrevista a Altamirano del GRAMMA es del 25.11.72, reproducida en La Nación (16.12.72). La entrevista de EXCELSIOR a Allende fue reproducida en La Nación (2.12.72).
- 163/ La Ultima Hora (15.1.73). Los Cordones Industriales y Comandos Comunales eran algunas de las formas que iba adquiriendo el "Poder Popular", que aparecía como una alternativa a la "institucionalidad burguesa".
- 164/ Las Ultimas Noticias (26.1.73).
- 165/ La Nación (17 y 31.1.73).
- 166/ El Mercurio (15.1.73).
- 167/ El Mercurio (30.1.73) y Clarín (28.1.73).
- 168/ Puro Chile (30.1.73) y El Mercurio (30.1.73). Un intercambio de cartas tuvo lugar en esos días entre el PS y el PC, a raíz de esta discusión. El PS sostenía que el PC, a través de periódicos como El Siglo y Puro Chile, tendía a tergiversar sus posiciones (ver El Siglo 12.2.73).
- 169/ La Ultima Hora (10.2.73).
- 170/ Esta carta de Altamirano a Corvalán puede consultarse en El Clarín (17.2.73), La Tercera (16.2.73) y La Ultima Hora (15.2.73).
- 171/ La Ultima Hora (22.2.73).
- 172/ La Ultima Hora (1.3.73).
- 173/ Carlos Altamirano, "Dialéctica de una Derrota" (Siglo Veintiuno Editores, México, 1976). También pude escuchar personalmente su visión de los hechos en entrevista personal con Altamirano.

- 174/ Altamirano, "Dialéctica ...", op. cit.; p. 28. Ver p. 26 y siguientes sobre esta materia.
- 175/ Ibid, p. 34.
- 176/ Ibid, p. 59.
- 177/ Ibid, p. 182.
- 178/ Ibid, p. 214. Otras referencias a la "inevitabilidad del conflicto" pueden encontrarse en las pp. 196, 213, 215, 219 y 269.
- 179/ Arriagada, op. cit.; p. 271; y La Ultima Hora (9.3.73).
- 180/ La Ultima Hora (9.3.73).
- 181/ Las resoluciones de este pleno pueden consultarse en El Siglo (6.4.73).
- 182/ El discurso aparece en La Nación (19.4.73).
- 183/ Ver conferencia de prensa de Allende en El Mercurio (26.4.73). En ese mismo mes de abril, un grupo al interior del MAPU, se escindió del partido para formar el MAPU-Obrero y Campesino. Dicho grupo, dirigido por Jaime Gazmuri, pretendía dar un mayor apoyo a Allende y neutralizar la acción del MAPU, cada vez más cercano al PS y al MIR. Dicha división del MAPU habría sido realizada a instancias del propio Allende. Ello habría formado parte de un plan más vasto del Presidente que tendría por objeto remover al propio Altamirano del PS, a través de Clodomiro Almeyda, hasta entonces Canciller de Allende, a quien éste último le habría pedido una mayor actividad al interior del PS, tendiente a reemplazar a Altamirano. Este plan no habría prosperado y se habría quedado en la división del MAPU (estos antecedentes me fueron proporcionados por un alto dirigente del MAPU-OC, en entrevista personal, en enero de 1986, y han trascendido en forma más o menos abierta).
- 184/ La Nación (13.6.73).
- 185/ La Tercera (26.6.73). Junto a la Corte Suprema, la Contraloría General de la República, y la Cámara de Diputados, esta última en el mes de agosto, representaron al gobierno una serie de hechos que eran estimados inconstitucionales. Estos documentos pueden encontrarse en Luis Frei y Andrés Echeverría (eds.) "La lucha por la juridicidad en Chile (1970-1973)" (Edit. del Pacífico, Santiago, 1974).

- 186/ La Segunda (13.7.73). Al ser reprimido dicho intento golpista, se creó la sensación en el PS de que las Fuerzas Armadas estaban del lado del gobierno y que los sectores golpistas en su interior eran minoritarios. De allí que sectores del PS y de otros partidos de izquierda pensaron en el "contragolpe" como estrategia a seguir a fin de consolidar el proceso revolucionario (esto fue confirmado al autor por el propio Altamirano, en entrevista personal).
- 187/ Puro Chile (7.7.73). Sobre el diálogo con el PDC también se puede ver Sigmund, op. cit.; p. 223.
- 188/ La Ultima Hora (31.7.73). La declaración fue dada a conocer por la Subsecretaría de Medios de Comunicación del PS.
- 189/ La Ultima Hora (31.7.73). Sobre los intentos para llegar a acuerdos entre Allende y el PDC, en los años 1970/73, ver Garcés, op. cit.; p. 207 y siguientes y p. 284 y siguientes; y Rojas, op. cit. p. 406 y siguientes.
- 190/ Todos estos antecedentes me fueron proporcionados por el propio Carlos Briones, en entrevista personal del 7 de abril de 1986.
- 191/ El Siglo (29.8.73).
- 192/ El Mercurio (30.8.73).
- 193/ Según Briones, la intransigencia no provenía solamente de la dirección del Partido Socialista, sino también de la dirección del PDC, y del propio Eduardo Frei, los que daban a entender, según la percepción de Briones, que no había "nada que hacer" (entrevista con Briones).
- 194/ Garcés, op. cit.; p. 332 y siguientes. Garcés concluye en lo siguiente, sobre las relaciones entre Allende y la UP: "la dirección del aparato de los partidos políticos era independiente de Allende, y cada partido procedía de acuerdo con la voluntad de sus órganos de dirección específicos, en función de sus objetivos propios a corto y largo plazo" (Ibid, p. 386).
- 195/ Estos hechos me fueron relatados por el propio Briones, en la entrevista personal señalada anteriormente. Briones tuvo en sus manos y leyó esta carta del PC la que, no obstante, y a raíz del golpe militar, desapareció. Este hecho se encuentra corroborado por el valioso testimonio del diputado demócrata cristiano Eduardo Cerda, en ese entonces secretario nacional del PDC. (El Mercurio, 27.2.86). Cerda, no obstante, critica a Allende por su "in-

decisión" en momentos tan críticos. También puede consultarse la versión de Aylwin, en entrevista aparecida en la Revista Hoy, N° 472, del 4 al 10 de agosto de 1986.

196/ Garcés, op. cit.; p. 386.

197/ La excepción está dada por los gobiernos radicales del tipo del Frente Popular (Aguirre, Ríos y González), que respondieron a una fórmula muy sofisticada y compleja de coaliciones políticas, más explicables por una conjunción de factores externos e internos que por las características del régimen presidencial de gobierno.

198/ Oscar Waiss, viejo socialista, medio en serio, medio en broma, señala que "el Partido Socialista era el único partido que tenía una Comisión Política de 15 miembros en representación de 45 fracciones" (entrevista personal).

Bibliografía

- ALTAMIRANO, C. (1976), "Dialéctica de una Derrota" (Siglo Veintiuno Editores), México.
- _____ (1978), "El pensamiento Socialista Chileno" (Depto. de Difusión y Propaganda Partido Socialista de Chile, Ciudad de México).
- ALLENDE, S. (1971), "Nuestro camino al Socialismo (la vía chilena)" (Ediciones Papiro, Buenos Aires).
- AMPUERO, R., "El carácter de la revolución chilena" (s/f).
- _____ (1969), "La izquierda en Punto Muerto" (Edit. Orbe, Santiago).
- ARAUCO (1959-1966), Revista.
- ARICO, J. (1985), "El marxismo en América Latina; ideas para abordar de otro modo una vieja cuestión", en OPCIONES (N° 7, septiembre-diciembre).
- ARRATE, J. (1985), "La fuerza democrática de la idea socialista" (Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago-Chile).
- ARRIAGADA, G. (1974), "De la vía chilena a la vía insurreccional" (Edit. del Pacífico, Santiago).
- BRIONES, A. y E. ORTIZ (1985), "Una visión de la evolución del pensamiento socialista en Chile", en OPCIONES (N° 7, septiembre-diciembre).
- CASANUEVA, F. y M. FERNANDEZ (1973), "El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile" (Edit. Quimantú, Santiago-Chile).
- CRUZ COKE, R. (1984), "Historia electoral de Chile" (Edit. Jurídica de Chile, Santiago-Chile).
- CHARLIN, C. (1972), "Del Avión Rojo a la República Socialista" (Edit. Quimantú, Santiago-Chile).
- DRAKE, P. (1973), "The Chilean Socialist Party and Coalition Politics, 1932-1946" en HISPANIC AMERICAN HISTORIC REVIEW (Vol. 53, N° 4, November).

- DRAKE, P. (1978), "Socialism and Populism in Chile: 1932-1952" (University of Illinois Press, Urbana).
- ECHENIQUE, A. (1981), "El proceso de desarrollo y culminación del Estado oligárquico en Chile (1891-1932)" (Tesis de Maestría, FLACSO, México).
- FALETO, E. (1980), "Algunas características de la base social del Partido Socialista y el Partido Comunista, 1958-1973" (Documento de Trabajo, FLACSO, N° 97, septiembre).
- _____ (1985) "Sobre populismo y socialismo", en OPCIONES (N° 7, septiembre-diciembre, 1985).
- FALLETO, E.; E. RUIZ y H. ZEMELMAN (1971), "Génesis histórica del proceso político chileno", (Edit. Quimantú, Santiago-Chile).
- FURCI, CARMELO (1984), "The Chilean Communist Party and the Road to Socialism" (Zed Books Ltd., London).
- GARCÉS, J. (1976), "Allende y la experiencia chilena" (Ariel, Barcelona, España).
- GARRETON, M.A. (1983), "El Proceso Político chileno" (FLACSO, Santiago).
- GONZALEZ, E. (1957), "El socialismo, único fundamento de la democracia" (Actas del Senado, sesión del 14 de mayo).
- HIDALGO, P. (1984), "Notas sobre la raíz populista del Partido Socialista", en KRITICA (2a. Epoca, N° 16, noviembre-diciembre).
- _____ (1985), "Pasado y presente de los partidos de izquierda. Un ensayo interpretativo", (Materiales para Discusión, N° 109, Santiago, CED, septiembre).
- HOCHWALD, M. (1981), "Imagery in politics: A study of the ideology of the Chilean Socialist Party", (UCLA, Ph.D. Thesis, Univ. Microfilms International, Ann Arbor, Michigan, USA).
- JOBET, J.C. (1971), "El Partido Socialista de Chile" (2 tomos) (Ediciones Prensa Latinoamericana S.A., Santiago-Chile).
- MOULIAN, T. (1983), "Democracia y Socialismo en Chile" (FLACSO, Santiago).
- MUÑOZ, H. (1984), "La política internacional del Partido Socialista y las relaciones exteriores de Chile", en TEMAS SOCIALISTAS (N° 1, VECTOR, Santiago-Chile).

- PINTO, R. (1985), "La República Socialista de Chile" (3 partes), en APSI (N°s. 136, 164 y 165, octubre-noviembre).
- POLLACK, B. "The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its ideology and organization", en JOURNAL OF LATIN AMERICAN STUDIES (N° 10, Vol. I).
- ROJAS, A. (1984), "The problem of democracy and socialism in the Chilean political process from the 1880s to the 1980s" (Ph.D. Thesis, York University, Toronto, Canadá).
- SCHILLING, M. (1983), "Hacia una crítica de la interpretación histórica de izquierda en Chile", en TEMAS SOCIALISTAS (N° 2), VECTOR, Santiago-Chile.
- SIGMUND, P. (1977), "The overthrow of Allende and the politics of Chile, 1964-1970" (University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1977).
- STEVENSON, J.R. (1942), "The Chilean Popular Front" (Greenwood Press Publishers, Westport, Connecticut).
- THOMAS, J.R. (1966), "Marmaduque Grove and the Chilean National Election of 1932", en THE HISTORIAN (Vol. XXIX, N° 1, November).
- _____ (1964), "The Socialist Republic of Chile", en JOURNAL OF INTERAMERICAN STUDIES (Vol. 6).
- _____ (1962), "Marmaduque Grove: a political biography", (Ph.D. dissertation, The Ohio University).
- VALENZUELA, A. (1978), "The breakdown of Democratic Regimes: Chile" (Press, Baltimore).
- WAISS, OSCAR (1961), "Nacionalismo y socialismo en América Latina", (Ed. Iguazú, Buenos Aires).
- _____ (1985), "Chile vivo; memorias de un socialista (1928-1970)" (Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid).
- WITKER, A. (1983), "Historia documental del Partido Socialista de Chile; 1933-1983", (Universidad Autónoma de Guerrero, Chilpancingo, México).
- YOPO, B. (1984), "El Partido Socialista chileno y Estados Unidos: 1933-1946", (Documento de Trabajo, FLACSO, N° 224, octubre, Santiago-Chile).

CORPORACION DE
INVESTIGACIONES
ECONOMICAS
PARA LATINOAMERICA



Av. Cristóbal Colón 3494
Teléfono: 228 3262
Casilla 16496 Correo 9
Santiago - Chile